

P. C. Doherty

UNA CORONA EN TINIEBLAS



Detectives medievales



Lectulandia

A finales del siglo XIII, el rey Alejandro III de Escocia muere misteriosamente en una oscura noche de tormenta, durante el viaje que habría que llevarle junto a su bella esposa Yolanda.

El trono escocés queda vacante, pues el rey no ha dejado herederos, lo cual provoca la codicia de la nobleza local y de los grandes príncipes europeos.

En medio de este caos, Hugo Corbett es enviado a Escocia para descubrir la verdad en torno a la muerte del rey e informar sobre la situación en la corte. Su peligrosa misión le hará enfrentarse a las intrigas del emisario francés, y le llevará incluso a entrar en contacto con las últimas y misteriosas tribus de los pictos.

Lectulandia

Paul C. Doherty

Una corona en tinieblas

Hugo Corbett - 02

ePub r1.0

Titivillus 31.08.17

Título original: *Crown in Darkness*

Paul C. Doherty, 1988

Traducción: Carme Camps

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Carla, Grace y todos mis pequeños detectives.

En 1286, el rey Alejandro III salió del castillo de Edimburgo, cruzó el golfo de Forth y emprendió un imprudente viaje en una noche de tormenta hasta Kinghorn Manor, donde le esperaba su nueva esposa, la princesa Yolanda de Francia. Alejandro jamás llegó a su destino pues, supuestamente, su caballo resbaló y cayó con el jinete a las crueles rocas que se erguían en el fondo del precipicio. La muerte de Alejandro creó un vacío en la política escocesa. No dejó ningún heredero forzoso y los grandes nobles de Escocia empezaron a luchar por el poder, deseoso cada uno de ellos de alcanzar el trono. Las cosas estaban complicadas porque los grandes estados de Europa, Inglaterra bajo Eduardo I y Francia bajo Felipe IV, también veían en Escocia un área de influencia. A esta vorágine de política, intrigas, conspiraciones y asesinatos envió Roberto Burnell, canciller de Inglaterra, a su leal escribano, Hugo Corbett, para que averiguara la verdadera razón de la muerte de Alejandro y, de ser posible, viera si existía alguna relación entre la muerte de Alejandro y aquellos que ahora estaban deseosos de hacerse con la corona del rey fallecido. Corbett es ayudado por su fiel sirviente, Ranulfo, mientras desentraña el complicado misterio en los barrios bajos, las ruinas y las mazmorras del castillo de Edimburgo, la opulencia de las mansiones reales y el extraño y misterioso entorno del gran profeta escocés Tomás el Poeta, o Tomás de Learmouth. Corbett es amenazado, atacado y hecho prisionero pero, fiel a su tarea, al fin desentraña el fascinante misterio que rodea la muerte del rey escocés.

Capítulo I

El jinete espolé a su caballo, clavando las estrellas de las espuelas en las ijadas del animal hasta que aparecieron en ellas unas estrechas hendeduras rojas. El caballo, mirando al frente, salpicado de espuma de los ollares a la cruz, trataba de avanzar más deprisa, cargando contra el punzante viento como si se tratara de un enemigo. Era una noche de lo más oscura y desapacible; el viento aullaba, casi amortiguando el estruendo de las olas que rompían en el fondo del acantilado, pero al jinete no le preocupaban la tempestad ni el hecho de haber dejado atrás, aparentemente, a sus compañeros. La luna se deslizaba entre las nubes y el jinete volvió la cabeza para protegerse de una ráfaga particularmente violenta. Le pareció ver unas sombras que se movían más lejos, al otro lado del acantilado, pero pensó que eran fantasmas, consecuencia de una comida demasiado opípara y del vino tinto gascón. No, tenía que llegar a Kinghorn, donde Yolanda le esperaba. Pensó en su nueva reina francesa: el hermoso rostro de una Elena de Troya enmarcado por una cabellera negra como el azabache, la piel olivácea y perfumada y la figura menuda y curvilínea vestida y protegida con una profusión de satenes, terciopelos y encajes de Brujas. La quería en aquel momento; deseaba poseer aquel cuerpo suave y cálido haciendo caso omiso de sus protestas y pretextos. Quizá concebiría y pariría un hijo, dando un príncipe a Escocia. Un muchacho lleno de vigor que llevaría la corona y la protegería contra la pandilla de lobos y halcones de la nación y del extranjero. Tenía que llegar a Kinghorn y espolé furioso a su caballo. El animal, con el corazón a punto de estallar, hacía todo lo que podía, casi despeñándose por el borde del precipicio. De pronto tropezó, se ladeó y cayó de rodillas entre los fragmentos desprendidos de esquisto. El jinete salió despedido, con los dedos clavados en el aire mientras se hundía en la noche al caer hacia las rocas que le aguardaban.

Hugo Corbett, escribano, a Roberto Burnell, obispo de Bath y Wells y canciller de Inglaterra, saluciones. Mi escolta y yo hemos llegado a Edimburgo, sanos y salvos, aunque agotados tras un fatigoso viaje.

Corbett dejó la afilada pluma sobre la mesa y se frotó los doloridos muslos. Había sido, pensó, un viaje terrible. Él y una pequeña escolta habían salido de Londres a finales de marzo y viajado a caballo por Newark, Lincoln, Newcastle, Tynemouth y Berwick. El frío había sido penetrante y los vientos del este cortantes, y se había alojado en posadas infestadas de pulgas, efectuando alguna ocasional parada en un confortable monasterio o priorato donde podía lavarse las posaderas y los muslos, que le dolían de tanto montar. Su criado, Ranulfo, se había puesto enfermo y se quedó en el priorato de Tynemouth, corriendo otros peligros. Corbett volvió a su carta.

Tal vez le interese saber a su ilustrísima que la legislación promulgada el año pasado en el Parlamento reunido en Winchester tiene que aplicarse. Los caminos y carreteras no están exentos de peligro, y fuimos atacados en dos ocasiones por forajidos. Una de ellas fuera de Newark y de nuevo cerca de Tynemouth, en ambos casos por unos tipos ordinarios armados con ballestas, mazos y dagas oxidadas, pero les vencimos.

Corbett comprendía que se produjeran incidentes de esa clase: el campo estaba plagado de bandas de hombres sin tierras, desesperados. Él, escribano de los jueces reales del Tribunal Real, había visto hombres de esa clase juzgados y ahorcados, girando y pateando con la soga al cuello, cuya lengua fuera, rostro ennegrecido y ojos desorbitados resultaban advertencia suficiente para cualquiera que quisiera alterar la paz del rey. En especial, pensó Corbett, después de las nuevas medidas para hacer cumplir la ley y el orden introducidas por el rey Eduardo en el Parlamento de Winchester en 1285. Eduardo I de Inglaterra llevaba trece años en el trono y aún ansiaba hacer valer su autoridad en cada rincón y escondrijo de su reino. Dos años antes, él y su astuto anciano canciller, Roberto Burnell, habían empleado a Corbett para arrancar de raíz las rebeliones, las traiciones y los asesinatos que imperaban en Londres. Corbett, ayudado por su criado, Ranulfo, tuvo éxito en su empresa aunque la aventura le costó cara. Eduardo I y su canciller, Burnell, eran unos amos muy exigentes y no habían vacilado en enviar a la mujer a la que Corbett amaba a una muerte salvaje en las hogueras de Smithfield. Corbett suspiró y prosiguió su carta.

Cruzamos la frontera escocesa sin incidentes excepto el encuentro con un grupo de hombres, que vestían la indumentaria de los seguidores de lord Bruce, que nos hizo detener y examinó nuestra autorización antes de dejarnos continuar y entrar en Edimburgo.

Corbett interrumpió su tarea para afilar la pluma. ¡Escocia! Los hombres con los que se habían tropezado eran asaltantes fronterizos e iban vestidos con harapos pero bien armados con cascos de acero, justillos de cuero hervido, polainas y recias botas en los estribos de caballos pequeños pero de aspecto fuerte o ponis de montaña. Cada uno llevaba escudo, lanza y daga y parecía ansioso por utilizarlas. Corbett sospechó que habrían preferido cortarle el cuello. No comprendía su lenguaje, extraño y tosco, aunque su cabecilla, un joven bien afeitado con la mirada dura como el sílex, entendía francés y examinó con atención las cartas y autorizaciones que Corbett y su escolta llevaban consigo, antes de permitirles pasar a su extraño y salvajemente hermoso país.

El norte de Inglaterra había resultado una experiencia nueva para Corbett; este había servido en los ejércitos de Eduardo en Francia y Gales, pero Escocia era algo

diferente. Más tranquila, más solitaria, hermosa aunque amenazadora. Había observado el país con atención mientras viajaba hacia Edimburgo. Extensos bosques de pinos, oscuros e imponentes, donde reinaban el jabalí y el lobo; amplios y solitarios páramos, pantanos, montañas y lagos cubrían el terreno. En Inglaterra, las viejas carreteras romanas, a veces muy deterioradas pero con los cimientos aún sólidos, tenían su origen en Londres y constituían las principales rutas para viajar. En Escocia, aparte del Camino Real, la Via Regis, había pocas carreteras, solo caminos trillados. A Corbett le había resultado difícil llegar a la villa de Edimburgo y, cuando lo hizo, se preguntó amargamente si había merecido el esfuerzo. Asentada en su escarpada meseta, su fortaleza a kilómetro y medio de la abadía de la Santa Cruz, Edimburgo se había mostrado fría, húmeda y poco atractiva. Corbett y su escolta habían ido directamente al castillo a presentar sus credenciales y fueron despachados bruscamente para ser alojados en las frías, sórdidas y blanqueadas celdas de la hospedería de la abadía.

Había tardado dos días en escribir esa carta y era reacio a continuarla pues, tras siete semanas de viaje, aún tenía pocas noticias para su amo. Había conocido al jefe de la embajada especial del rey Eduardo en la corte escocesa, John Benstede, capellán de Eduardo I, que había ofrecido a Corbett los saludos más cordiales. A Corbett le había gustado; conocía de oídas a Benstede, por su fama de clérigo fanáticamente leal al rey Eduardo, quien le confiaba las misiones más delicadas. Benstede poseía una despierta mente de abogado que no casaba con su rostro sonrosado y angelical, pelo blanco y figura redonda. Afortunadamente, había aceptado sin vacilar la explicación que le diera Corbett de que Burnell le había enviado debido a la crisis existente en la corte escocesa.

Corbett se puso en pie, se envolvió con su capa y se paseó lentamente por la desnuda y sombría estancia. Burnell le había convocado en Westminster a finales de marzo y le había anunciado sin rodeos que, debido a la repentina y misteriosa muerte del rey Alejandro III de Escocia, Corbett tenía que viajar hasta Edimburgo y averiguar la verdadera causa de la muerte del rey escocés. Corbett había soltado maldiciones, llorado, suplicado y rogado, pero Burnell se mostró inflexible. El canciller permaneció sentado, imperturbable, tras su gran escritorio, y sin alzar la voz contó con los dedos —dedos pálidos, rollizos y enjorjados— las razones por las que le había elegido a él: Corbett era un escribano de la cancillería experto, conocedor de los asuntos legales, lo bastante joven (¿no tenía treinta y seis años?) para soportar los rigores de un viaje. Corbett poseía experiencia bélica, pues había peleado por el rey Eduardo en Gales y, añadió Burnell con voz suave, ya había demostrado que se le podían confiar asuntos secretos y confidenciales. Corbett había accedido de mala gana y Burnell le había entregado cartas de presentación para la corte escocesa y para Benstede, el enviado especial de Eduardo en Edimburgo.

Corbett dejó de pasear por la estancia, se sentó en el taburete y se encorvó sobre el pequeño brasero candente para calentarse los ateridos dedos. Después había

llegado la parte extraña, pues Burnell había dejado claro que Corbett era su emisario especial, no del rey. Tenía que informar solo al canciller, y sin duda no al rey ni a Benstede. Nadie debía saber la verdadera razón por la que Corbett se hallaba en Escocia. Tenía que escribir directamente a Burnell y utilizar como emisarios solo a los miembros de la escolta que le acompañaría a Escocia. Corbett habría preguntado la razón pero Burnell le despidió bruscamente.

Corbett volvió a coger la pluma y se puso a escribir.

He conocido a Benstede y me ha contado un poco lo que está sucediendo en Escocia. La noche del 18 de marzo, el rey Alejandro III celebraba un banquete con su corte en el castillo de Edimburgo (el propio Benstede se encontraba allí). De pronto Alejandro anunció que, a pesar de la fuerte tormenta, tenía intención de ir a caballo a su finca de Kinghorn, donde su nueva reina, la princesa francesa Yolanda, le esperaba. Alejandro III de Escocia, hombre sanguíneo, se negó a escuchar todo consejo y partió de palacio, apresurándose por el camino hacia Dalmeny, donde esperaba tomar una barca para cruzar el golfo de Forth. Allí, el barquero también trató de disuadirle, pero Alejandro insistió y el barquero llevó en su barca al rey y a dos de sus escuderos a través de cinco kilómetros de agua hasta la villa de Inverkeithing, donde le esperaba el proveedor real con caballos. Una vez más se intentó que Alejandro cambiara de opinión y no emprendiera el impetuoso viaje, pero el rey se negó a escuchar y, junto con sus escuderos, se alejó galopando en la profunda oscuridad. Al parecer, el pequeño grupo perdió contacto y a la mañana siguiente el rey fue hallado muerto en la orilla del mar, en el fondo del acantilado, con el cuello partido.

Corbett mordió el extremo de la pluma antes de proseguir.

Naturalmente, acuden de inmediato a la mente algunas preguntas.

Primero: ¿Por qué Alejandro insistió en acudir al lugar donde se encontraba su esposa en una noche tan desapacible, desafiando el muy peligroso cruce del golfo de Forth y un viaje a caballo igualmente arriesgado hasta Kinghorn?

Otrosí: ¿Por qué esa prisa repentina y el viajar con una escolta tan reducida?

Otrosí: Si se trataba de lujuria por su joven esposa, sin duda habría podido esperar. Alejandro III de Escocia había estado casado con la difunta y llorada princesa Margarita, hermana de nuestro buen Señor el rey Eduardo. La princesa Margarita murió en 1275 y el rey Alejandro III no se casó con su segunda esposa, Yolanda de Dreux, hasta octubre de 1285. En ese intervalo de

diez años el rey escocés no fue un hombre casto y estaba acostumbrado a perseguir a las mujeres. Según el decir popular, desafiaba el peor tiempo para visitar a matronas y monjas, vírgenes y viudas, de día o de noche según se le antojara, a veces disfrazado, a menudo acompañado por un solo criado. Lo hizo la noche de su muerte. Pero ¿por qué? Ya no era el joven novio, pues él y la reina Yolanda llevaban unos cinco meses casados. En realidad, corre el rumor de que la reina está encinta.

Otrosí: Si el deseo acuciaba tanto al rey, seguro que había otras damas de la corte que le habrían ayudado en este menester. En realidad, se dice que cuando llegó a Inverkeithing el proveedor real dijo: «Mi señor, quedaos con nosotros y os proporcionaremos todas las damas deseables que queráis hasta que llegue la mañana». Benstede me informó de ello para señalar el humor lujurioso del rey. No entiendo por qué rechazó semejante oferta y emprendió tan peligroso viaje, en especial cuando se rumorea que el rey Alejandro y la reina Yolanda no estaban apasionadamente unidos.

Otrosí: Al parecer Alejandro tomó la decisión espontánea de partir hacia Kinghorn, pero en ese caso, ¿por qué el proveedor le esperaba al otro lado del golfo?

Corbett suspiró y leyó sus notas antes de proseguir:

No cabe duda de que todas estas preguntas han de tener respuesta, y trataré de descubrirlas y comunicároslas sin levantar sospechas, aunque esto resultará difícil. La situación general en Escocia se ha estabilizado. Alejandro no dejó heredero inmediato pero los barones ya han jurado lealtad a la joven princesa de Noruega. Ella reclama el trono a través de su madre, la hija de Alejandro, que se casó con el rey Erico de Noruega. No es más que una niña y se halla ausente del país, por tanto se ha creado un Consejo de Regencia. Este consta de sus ilustrísimas Stewart y Comyn, los condes de Buchan y Fife y los obispos de San Andrés y Glasgow. Volveré a escribir. Dios os guarde. Escrito en la abadía de la Santa Cruz, a 16 de mayo de 1286.

Corbett repasó la carta antes de enrollarla y sellarla torpemente con cera. Tenía los dedos entumecidos a causa del frío y de tanto escribir. Se levantó y se sirvió una copa de vino barato, bastante amargo, y fue a sentarse en el estrecho jergón de paja que servía de cama. Había dicho a Burnell que todo iba bien. Sin embargo, no era así. Había tensión, una sensación de solitaria amenaza en el palacio real de la Santa Cruz. Demasiadas profecías de la muerte de Alejandro y aunque la pequeña Margarita de Noruega era la heredera reconocida, otros reclamaban el trono y había muchos más dispuestos a aprovecharse de la confusión causada por un trono en disputa, por no

mencionar las familias escocesas con poder a quienes Alejandro había mantenido tan firmemente bajo control durante su largo reinado. Corbett colocó las piernas sobre el jergón y pensó en la pregunta que el gran Cicerón solía hacer en referencia a cualquier asesinato: *¿Cui bono?*, ¿quién se beneficia? ¿Quién ganaba con la caída del rey Alejandro en la negrura aquella oscura noche? ¿La caída había sido un accidente o el brutal asesinato de un príncipe real, ungido por Cristo? Corbett seguía pensando en esto cuando le venció un sueño intranquilo.

Capítulo II

El día después de que Corbett terminara su carta a Burnell, se sintió lo bastante refrescado para iniciar la búsqueda de algunas respuestas a las preguntas que había planteado en ella. Empleó su tiempo en recuperarse hablando con los monjes del monasterio, visitando su pequeña biblioteca y el *scriptorium* donde algunos monjes, exentos del deber de las horas Tercia, Sexta y Nona, trabajaban durante todo el día para aprovechar la escasa luz natural. A Corbett le encantaban las bibliotecas, el olor del pergamino, la vitela y el cuero, los ordenados estantes y la entrega absoluta al estudio. Se sentía a sus anchas sentado ante un pequeño pupitre rodeado de la parafernalia que tanto le gustaba de un escribano laborioso: tinteros, plumas bien afiladas, delgados cuchillos y pequeñas piedras pómez de color gris para alisar el blanco pergamino restregado. Corbett charlaba con los monjes; no comprendía su lengua nativa pero muchos hablaban latín o francés con fluidez. Informaron a Corbett de las divisiones existentes en su país, la diferencia entre las Tierras Altas del norte, dominadas por los antiguos celtas, y las Tierras Bajas del sur, dominadas por las familias anglo-normandas como los Bruce, Bromyn, Stewart y Lennox, muy similares en su conducta a las grandes familias de Inglaterra que servían al gran rey Eduardo I. En verdad, como señaló el prior, un hombre alto y de aspecto austero con un sentido del humor seco y sardónico, muchos monjes no eran diferentes de Corbett en cuanto a nacimiento, educación y tradición. El escribano estuvo de acuerdo y pronto se sintió cómodo en la Santa Cruz, ofreciendo ayuda a los hermanos en su *scriptorium*, intercambiando ideas y alabando sin cesar lo que veía.

Corbett poseía suficiente tacto para no hacer comparaciones ni criticar. En privado, era más que consciente de las profundas diferencias entre los dos países. Existía más riqueza en Inglaterra y, por tanto, una mayor sofisticación, ya en el uso y tratamiento del pergamino, ya en la construcción de castillos e iglesias. Recordaba la inmensa pureza de la abadía de Westminster con sus arcos ojivales, su obra de sillería enrejada, sus grandes ventanales y vidrieras de color y veía el contraste con la primitiva y más bien oscura simplicidad de la abadía de la Santa Cruz, con sus sólidas columnas, pequeñas ventanas biseladas y relieves en la piedra hechos con diente de perro sobre una sencilla nave cuadrada con coro y presbiterio. No obstante, había en los monjes una energía y franqueza que calaron en la actitud hastiada y suave sofisticación de Corbett. Además, a los monjes, igual que a los de Inglaterra, les gustaba hablar, charlar y discutir. La abadía registraba una crónica y a Corbett le resultaba fácil desviar la conversación a los sucesos recientes en Escocia y así recabar datos útiles, aunque se basaran en los chismes que circulaban en una biblioteca monástica. Los monjes le informaron acerca de la corte, de los escándalos del momento y, de un modo más especial, de que la joven princesa francesa, la viuda de Alejandro III, aún residía en Kinghorn Manor. Corbett decidió visitarla y el prior le ofreció un guía. Corbett declinó agradecido este ofrecimiento aunque aceptó una

gruesa capa de sarga con capucha pues, aunque se encontraban en el mes de mayo, el tiempo aún era frío; y así, vestido de esa guisa, Corbett salió del monasterio en la jaca más dócil que jamás había montado. El escribano utilizó un mapa dibujado toscamente por uno de los monjes para guiar a su caballo desde la escarpada meseta de Edimburgo por la carretera hasta la barca en Dalmeny. La misma ruta, pensó Corbett, que Alejandro había tomado aquella fatídica noche unos dos meses atrás. Ahora el tiempo estaba más calmado; el cielo era de un diáfano color azul y una fuerte brisa empujaba las blancas nubes. A lo lejos, Corbett vio el destello del sol en las aguas del golfo y, alrededor, el final de la primavera se hacía notar en los racimos de flores silvestres blancas, la hierba de color verde pálido y el constante gorjeo de los pájaros.

Corbett volvió su rostro largo y cansado hacia el cielo y por un momento comprendió la alegría y la belleza del «Cántico al sol» de Francisco de Asís. Luego llegó a donde el camino lleno de baches que seguía cruzaba otro y vio las tres horcas, cada una con su ennegrecida carga picoteada por los pájaros. El humor de Corbett dio un violento giro y sintió desesperación, un aterrador sentimiento del pecado del mundo, una profunda malevolencia en los asuntos de los hombres. «Y la serpiente penetró en el Edén», murmuró Corbett para sí, y espoleó a su caballo por el débil puente y el camino que conducía a Dalmeny. Esta era realmente poco más que una aldehuela, una colección de largas casas construidas con madera, zarzos y barro sobre calles adoquinadas y con techos de paja que cubrían tanto los alojamientos como los establos. Estos se hallaban diseminados en un gran prado donde un ganado flaco comía hambriento la escasa hierba primaveral. Unos bebés semidesnudos jugaban en el polvo, vigilados por un grupo de mujeres pelirrojas y de ojos verdes. Estas se limitaron a mirar fijamente a Corbett antes de reanudar sus conversaciones en un dialecto rápido y gutural. Corbett siguió su camino bajando una empinada colina que le proporcionó una espléndida vista del golfo y el pequeño embarcadero. Los monjes le habían descrito la ruta con detalle, añadiendo que el embarcadero a menudo era denominado Queen's Ferry, pues era la ruta que utilizaba santa Margarita, la reina inglesa del gran rey Malcolm Conmore, cada vez que cruzaba el golfo.

La jaca avanzaba con tiento por el camino de esquisto fragmentado y se aproximó a la cabaña con techo de paja y construida con zarzo y barro que se erguía cerca de un tosco muelle. El barquero esperaba clientes; se trataba de un tipo corpulento y calvo, con el rostro curtido por la intemperie y una perpetua sonrisa sin dientes. Era un marinero que entendía inglés y pronto accedió a cruzar a Corbett, agregando unas monedas al precio por cuidar de su caballo y silla de montar. Pronto se hallaron de camino en el agua; Corbett se sentó en popa mientras el tipo utilizaba los remos con esfuerzo y respiraba con dificultad. Corbett preguntó con aire indiferente si había llevado al difunto rey al otro lado del golfo; el barquero asintió, se volvió y escupió en el agua.

—¿Podrías decirme qué ocurrió? —preguntó Corbett.

Su compañero gruñó, se volvió y escupió de nuevo, así que Corbett dejó una moneda de oro sobre la tabla que tenía delante y el hombre sonrió.

—Era una noche cruda —dijo, aflojando los remos y dejando que la barca danzara en el suave oleaje—. Hacía días que soplaban un fuerte viento del este que hizo subir el agua del golfo. Yo estaba en mi casa, comiendo con mi mujer, cuando llamaron a la puerta. Vi desde la ventana que eran dos escuderos vestidos con la librea real, empapados y sucios, que dijeron que Su Excelencia el rey de Escocia pedía paso. Abrí la puerta y entraron. El rey iba detrás de ellos. Supe enseguida que era él, corpulento, pelirrojo, con los ojos y la nariz de un águila. Le había visto muchas veces cruzar el golfo. —El barquero se interrumpió, sonrió maliciosamente y fue a recoger la moneda; Corbett sacó la larga daga de debajo de la capa. El barquero se encogió de hombros, se rio y prosiguió—: Me puse de rodillas pero el rey rugió que me levantara y preparara mi barca. Intenté razonar con él, pero el rey preguntó si tenía miedo a morir. Respondí que sí, aunque estaba más que dispuesto a morir con él.

—¿Qué hizo el rey? —preguntó Corbett.

El barquero hizo una mueca.

—Soltó una carcajada y me arrojó una bolsa de monedas. Así que preparé la barca.

—¿El rey estaba bebido? —preguntó Corbett con voz suave.

—No —respondió el barquero—. Había bebido mucho pero no estaba borracho.

—¿Qué sucedió entonces?

—Los llevé a él y a sus dos escuderos al otro lado. Bajaron, esperé a que se hiciera de día y luego regresé.

—¿Por qué esperaste hasta la mañana? —preguntó Corbett.

—Por la tormenta —respondió el barquero cáusticamente—. Aquella noche murió un barquero, Simon Taggart —señaló la orilla que acababan de dejar—. Hallaron su cuerpo en los bajíos. Ahogado. Su viuda dice que él también intentó cruzar el golfo aquella noche pero murió. —Se volvió y escupió por la borda—. ¡Pobre bastardo! ¡Debería haber sabido que no era prudente!

—Así que aquella noche alguien más cruzó, ¿no? —preguntó Corbett.

El barquero se encogió de hombros.

—No necesariamente. Es posible que Simon intentara transportar mercancías. De todos modos, en el golfo muere mucha gente.

—Cuando tú cruzaste —insistió Corbett—, ¿viste u oíste algo anormal?

—¿Como qué? —preguntó el barquero a su vez—. ¿Por qué debería haberlo hecho? No —prosiguió—, en cuanto entramos en los bajíos, el rey, seguido por sus escuderos, saltó de la barca y se acercó a la orilla. Había alguien esperando. Oí voces, relinchos y movimiento de caballos. Luego se fue. Cuando llegué a la orilla con la barca solo encontré al proveedor real, empapado, maldiciendo en voz alta las descabelladas escapadas del rey.

—¿Y qué sucedió luego? —volvió a interrumpir Corbett.

—Nada —respondió el barquero—. El proveedor desapareció en la oscuridad, yo até mi barca y fui a dormir a una cabaña.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo —respondió firmemente, y cogió los remos y se puso a remar hacia la distante costa.

Corbett se hundió en la popa, procurando hacer caso omiso del balanceo de la barca para concentrarse en lo que acababa de descubrir. Por fin llegaron a la orilla y el barquero indicó a Corbett dónde alquilar un caballo en la cercana aldea de Inverkeithing. Un asunto realmente desagradable, pues en realidad se trataba de un animal no más grande que una mula y Corbett se sentía ridículo cabalgando con los pies a pocos centímetros del suelo. No obstante, el animal tenía el paso firme. Eso resultó una gran ventaja cuando Corbett empezó a ascender los riscos que se alzaban sobre él. Cuando llegó a la cima, miró alrededor y comprendió por qué Alejandro había tomado aquella ruta; con el mar a su derecha, el rey tenía una guía segura a lo largo de la costa, preferible a adentrarse en el terreno y perderse en los agrestes páramos que se extendían desde lo alto del acantilado hasta el lejano horizonte. Algo muy fácil en una noche oscura y azotada por la tempestad. Corbett levantó la vista al cielo, supuso que debía de ser la tarde y dejó que su montura avanzara mientras él se cercioraba de que se mantenía lejos del borde del precipicio. Dejó atrás la aldea de Aberdour, donde el borde del precipicio empezaba a ascender, y Corbett se dio cuenta de que se estaba aproximando al promontorio de Kinghorn, el escenario de la muerte del rey Alejandro. Ahora no hacía frío, pero al sentir el fuerte viento en el rostro y oír el mar batir en el fondo del acantilado, Corbett se preguntó por qué un hombre en su sano juicio seguiría una ruta tan peligrosa en plena noche y en medio de una furiosa tempestad.

Por fin llegó a la cima. El camino del acantilado era estrecho; a un lado el precipicio caía en picado, al otro había un macizo de espesos espinos. Corbett desmontó, ató la bestia y miró alrededor: el camino del acantilado ahora estaba sembrado de esquisto y se hallaba en su punto más alto, antes de descender bruscamente hacia lo que Corbett apenas distinguió como la residencia real y fortificada de Kinghorn Manor. Era fácil que un caballo resbalara y enviara a su jinete rocas abajo, hasta las arenas plateadas y bañadas por el mar. Corbett se puso de rodillas y se acurrucó como un perro para acercarse al borde del precipicio. Pasó los dedos por el saliente, palpando la robusta maleza que crecía a lo largo del borde rocoso. Las hierbas eran duras, resistentes, y se aferraban rencorosamente a la vida. Excepto una, medio arrancada de raíz, que tenía unas delgadas hebras raídas de una cuerda aún atadas a ella. Corbett retrocedió en cuclillas, se levantó y se acercó a los espinos; alguien había estado entre ellos. Vio las ramas aplastadas y dobladas donde la persona en cuestión había permanecido agazapada. No obstante, sabía que cualquiera de los curiosos atraídos a ese lugar por la muerte de Alejandro o por la

cuerda, utilizada cuando por fin levantaron el cuerpo de Alejandro de las rocas, podía haber sido el causante.

Satisfecho, Corbett desató el caballo, montó y descendió con gran cuidado el escarpado camino del acantilado hacia Kinghorn. Los monjes lo habían denominado fortaleza, el barquero un palacio. En realidad se trataba de una casa solariega fortificada, una torre de piedra con un edificio de piedra de dos pisos rodeado por construcciones de madera y protegido por un enorme y largo muro y un profundo foso. Corbett se acercó a la puerta principal y de inmediato fue advertido por una enorme flecha de ballesta que cayó con un golpe sordo en el suelo ante él. Se paró en seco, desmontó y alzó las manos, gritando que venía en paz a presentar sus respetos y los del lord canciller de Inglaterra a la viuda del rey, la reina Yolanda. Corbett dudaba que el guardia siquiera le hubiera oído y mucho menos comprendido. Al cabo de un breve intervalo de tiempo, apareció una figura en el parapeto sobre la puerta principal que le hizo señas de que cruzara el estrecho puente que se extendía sobre el foso. La puerta principal se abrió lo suficiente para dejarle pasar y una vez dentro Corbett se encontró con el griterío y bullicio habituales en cualquier patio de castillo, salvo por la inusual presencia de tantos soldados armados, vestidos todos ellos con el uniforme que exhibía un león blanco rampante, la insignia real de Escocia. Un capitán con media armadura y casco de acero en la cabeza, inspeccionó las autorizaciones de Corbett, le quitó la daga y escuchó atentamente las presentaciones del escribano. El capitán asintió y se marchó, haciendo señas bruscamente a Corbett de que le siguiera por el patio lleno de polvo, alejando a patadas a los perros que se le acercaban y casi pisando las gallinas que escarbaban hambrientas en busca de comida. Pasaron por cocinas abiertas, establos y una herrería con sus sudorosos empleados tiznados de negro, entraron en el edificio principal y ascendieron una empinada escalera de piedra. En lo alto el capitán de la guardia llamó a una puerta tachonada de clavos con unos leves golpes de los nudillos. Una voz suave exclamó «*Entrez!*» y Corbett fue introducido en una sala pequeña pero lujosa con colgaduras de bucarán de terciopelo en las paredes, suaves esteras sembradas de hierbas en el suelo con pequeños braseros perfumados colocados a lo largo de las paredes. En el centro de la estancia se hallaba una mujer sentada con porte regio en un hermoso sillón de madera tallada, examinando un pergamino que sostenía sobre el regazo. Un grupo de damas se sentaban a media distancia bajo la única ventana de la pieza, bordando ostensiblemente un tapiz extendido sobre un soporte.

El capitán hincó una rodilla y murmuró una presentación en un francés atroz. La mujer del sillón levantó la vista, le miró fijamente y luego pasó la mirada a Corbett. La reina Yolanda era hermosa; tenía un rostro menudo, ovalado, la piel de un tono dorado oscuro, la nariz pequeña, los ojos grandes y negros. Solo la boca, que parecía hacer pucheros, echaba a perder el efecto, pues le daba un aspecto de persona arrogante y más bien consentida. Llevaba un vestido de seda negra aunque Corbett observó que realzaba, en lugar de ocultar, sus rollizos senos y estrecha cintura, y la

piel de zorro blanco de los puños del vestido atraían la atención hacia sus delgadas muñecas y largos y blancos dedos cubiertos de joyas. Habló con el capitán en francés, le despidió e hizo señas a Corbett de que se sentara en un pequeño taburete situado frente a ella. Corbett se sintió ligeramente ridículo y oyó una risa ahogada por parte de una de las damas, una mujer pelirroja, bastante marchita, igualmente vestida de negro, que se hallaba en el centro del grupo que bordaba.

La risa fue acallada por una mirada imperiosa de la reina Yolanda antes de volverse para interrogar a Corbett en francés. Él respondió con cortesía, mintiendo con tacto acerca de su llegada a Escocia y explicando que había acudido con las condolencias personales del señor canciller de Inglaterra. La reina Yolanda le escuchó aunque parecía hacerlo solo a medias. Poco a poco, Corbett desvió la conversación hacia la muerte de su esposo.

—Es una lástima, mi señora —comentó Corbett cortésmente—, que su alteza emprendiera ese viaje en una noche de tormenta. —Se inclinó hacia ella con gesto elegante—. Comprendo que aún estáis de luto y el tema os resulta de lo más doloroso, pero la idea se me ha ocurrido hoy cuando realizaba el mismo trayecto.

La viuda real se limitó a encogerse de hombros.

—¿Su alteza siempre era muy impetuoso! —exclamó—. No debiera haber viajado con tan mal tiempo. Apenas podía dar crédito al mensaje que me envió ese mismo día diciendo que iba a venir.

—¿Su alteza os comunicó que esa noche iba a venir? —preguntó Corbett a modo de prueba—. ¿Cuándo os envió ese mensaje?

—¿A vos qué os importa? —espetó Yolanda, mirando con dureza a Corbett—. Ese día un mensajero entregó una carta. ¡No sé quién la trajo! ¡Solo lo recuerdo porque me hizo arder de exasperación!

Corbett sonrió con aire comprensivo y fue desviando la conversación hacia otros temas. Había hecho suficientes preguntas y Yolanda le había sorprendido tanto que decidió ocultar sus sentimientos tras la máscara de la diplomacia. Se sentía intranquilo. Yolanda era la viuda de un rey; en cierto modo, la pasión de su esposo por ella había causado la muerte de este; sin embargo, Yolanda parecía resentida, incluso daba la impresión de odiar a su esposo muerto. ¿Era esta, se preguntó Corbett, la mujer que había inducido al rey Alejandro III de Escocia a jugarse la vida? Corbett no podía concretar ni expresar las razones de las conclusiones que sacaba pero se sentía incómodo, percibía algo insustancial, como un perfume que emanara de aquella hermosa y consentida mujer.

Corbett dejó que la ahora vaga conversación prosiguiera antes de interrumpir discretamente.

—Señora, mi amo y su alteza, el rey Eduardo, estará encantado con la noticia de que estáis *enceinte*. Un pequeño consuelo en estos momentos de gran consternación...

Yolanda casi sonrió con satisfacción mientras se daba unas suaves palmadas en el

estómago.

—No siento afecto por vuestro rey, maese Corbett, pero sí por un posible futuro rey de Escocia.

Corbett oyó una risa ahogada procedente de la dama de honor pelirroja, pero hizo caso omiso. La reina Yolanda, no. Se giró en redondo, miró furiosa a la mujer y se volvió para tender la mano a Corbett en señal de que la audiencia había terminado. Corbett se inclinó, besó la fría y blanca mano de la reina y se retiró, sin hacer caso de la mirada cínica de la dama de honor que había provocado tan brusco final de su entrevista.

Capítulo III

Fuera, Corbett encontró al capitán de la guardia que le esperaba, un poco más calmado ahora que había comprendido que Corbett resultaba grato a la reina viuda.

—¿Tenéis intención de partir esta noche? —preguntó con un acento inglés cerrado y gutural.

—¿Por qué? —Corbett le sonrió—. ¿Puedo elegir?

El soldado se encogió de hombros.

—Podéis quedaros y coger la barca al amanecer, cuando cruce, pero vos decidiréis.

—Bien, gracias —respondió Corbett cortés—. Me quedaré. Pero decidme —añadió—, ¿quién es la dama de honor pelirroja? ¿Parecía una desvergonzada!

El soldado sonrió, mostrando los dientes amarillentos y rompiendo la gravedad de su rostro.

—¿Os referís a Agnes Lennox? —preguntó—. Tenéis razón. En verdad es una desvergonzada. Entre ella y la reina no se pierde el amor. ¿Por qué?

—Por nada —murmuró Corbett—. Pero, decidme, ¿estabais de guardia la noche en que el rey murió?

—Desde luego. Pero no me moví de aquí. Un mensajero trajo la noticia de su muerte.

—¿El mismo mensajero —preguntó Corbett— que trajo la noticia de que el rey tenía intención de viajar hasta Kinghorn?

—Oh, no, señor —respondió el soldado—. Eso fue una simple carta entregada en la puerta justo antes del anochecer. Dios sabe quién la trajo. Será mejor que se lo pregunte al proveedor.

Corbett sintió que el corazón se le aceleraba.

—¿El mismo proveedor que saludó al rey cuando bajó de la barca?

—Oh, sí —respondió el soldado—. Alejandro, se llama igual que el difunto rey. ¿Por qué lo preguntáis? —Entrecerró los ojos y miró con dureza a Corbett—. Hacéis muchas preguntas, maese escribano de Inglaterra.

Corbett sonrió.

—Lo siento —se disculpó—. Pero la corte inglesa quedó tan sorprendida por la muerte de vuestro rey que apenas podían creerlo. Mis amos esperan que les lleve noticias.

El soldado se tranquilizó y dio unas palmadas a Corbett en el hombro.

—Sí, lo sé. Todos obedecemos órdenes. A mí también me cuesta creer que el rey esté muerto y tengo la impresión de que no es más que un rumor. Pero venid, os presentaré a Alejandro; ha contado su historia muchas veces. Apuesto a que le encantará volver a hacerlo.

Corbett siguió al capitán por la tortuosa escalera de piedra y entró en el comedor

principal. En tiempos mejores, más felices, tal vez había tenido un aspecto principesco, incluso regio, con el estrado levantado al fondo bajo un enorme tapiz adornado con la insignia real de Escocia. Ahora estaba deslucido. Las esteras del suelo no se veían demasiado limpias: hambrientos perros lobos rebuscaban restos de comida entre ellas y Corbett oyó el chillido y la huida precipitada de las ratas. Las mesas de caballete a ambos lados estaban manchadas de vino y sembradas con las sobras rancias de varias comidas. En las paredes, las antorchas, desatendidas, chisporroteaban con fuerza en sus candelabros y Corbett se dio cuenta de que los criados se estaban aprovechando de un rey muerto y de su solitaria y aislada viuda. A un extremo de una mesa se hallaba sentado un grupo de hombres rodeados de copas y jarros, jugando a los dados entre gritos y maldiciones. El capitán cogió a Corbett de la manga, le condujo hacia ellos y dio unos golpecitos en el hombro a uno de los jugadores.

—Alejandro —dijo—. Aquí hay un hombre al que le gustaría escuchar tu historia.

Alejandro se volvió; tenía el rostro alargado y caballuno, los ojos azules bulbosos y una boca floja bajo una melena negra.

—¡Estoy con los dados! —gruñó, y miró enojado a Corbett.

—Lo sé —replicó dulcemente el escribano inglés—, pero —agitó las monedas que llevaba en la bolsa— puedo compensaros las pérdidas.

Alejandro había bebido demasiado para percibir el sarcasmo, pero miró a Corbett, se humedeció los labios con codicia y, agarrando una copa llena, se puso en pie e hizo señas a Corbett de que le siguiera hasta el fondo de la sala. El capitán de la guardia hizo un gesto de asentimiento a Corbett para que le siguiera y enseguida ocupó el asiento vacío del jugador.

—Ah —exclamó detrás de Corbett—, cuando haya terminado de contar su historia, acostaos aquí. Os traeré una capa; no es gran cosa, pero estaréis más caliente y más cómodo que si pasáis la noche al raso.

Corbett asintió, sonrió agradecido y se aproximó a donde se encontraba Alejandro, hundido en el estupor de la semiembriaguez.

Corbett se presentó, ofreciendo la misma razón por su curiosidad que antes. Alejandro estaba demasiado ebrio para que le importara y Corbett tuvo que escuchar con atención para entender el modo de hablar indistinto del hombre. Igual que él, Alejandro era un escribano que servía al rey, que incluso le había seguido a Inglaterra cuando el difunto rey escocés había ido al sur para asistir a la coronación de Eduardo I. Corbett le dejó divagar mientras el grupo de jugadores se separaba entre fuertes gritos y despedidas y un criado preocupado traía a Corbett una capa. Luego el escribano inglés formuló amablemente sus preguntas al aturdido Alejandro, aunque no se enteró de nada nuevo. El día en que el rey murió, justo antes del anochecer, un mensajero desconocido había entregado una carta en la puerta. Esta fue llevada directamente a la reina Yolanda, que había requerido a Alejandro y le había indicado que llevara el caballo favorito del rey, una yegua blanca guardada en Kinghorn, al

embarcadero. Alejandro obedeció con enojo, furioso porque el rey pudiera causarle tantas molestias en una noche de tormenta y amargamente fría.

—Hice lo que me pedían —gruñó—. Esperé allí durante horas hasta que llegó su alteza. Le reconvine pero él no quiso escuchar. Tenía que estar con la reina y por tanto se alejó a caballo.

—¿Y vos qué hicisteis?

Alejandro eructó y se rascó la barbilla.

—Fui a una taberna de Inverkeithing donde uno de los escuderos del rey se reunió conmigo.

—¿Que hicisteis qué? —preguntó Corbett—. ¿Uno de los acompañantes del rey?

—El mismo —respondió Alejandro, tratando de concentrarse en ese curioso escribano inglés—. El pobre bastardo había sido arrojado del caballo y había tenido que regresar a pie a la aldea. Los dos nos quedamos allí hasta bien entrado el día siguiente. —Miró con malicia a Corbett—. Estuvimos bebiendo. Hasta que salimos de la taberna no nos enteramos de lo ocurrido al rey.

Corbett hizo un gesto de asentimiento y dejó unas monedas en las manos flojas del proveedor.

—Entonces, ¿quién halló el cuerpo del rey?

—Ah, un grupo del castillo del otro lado del golfo; lo recogieron y se lo llevaron en una barcaza real.

Corbett asintió en gesto de comprensión mientras escuchaba atento una secuencia de los acontecimientos que rodearon la muerte del rey escocés. Ocurría algo, había algo que no encajaba pero no podía saber qué era.

—Decidme —dijo con lentitud—, ¿un escudero se quedó con vos? ¿Y no llegó a la casa?

Alejandro asintió.

—Entonces, ¿qué le ocurrió al otro? —Corbett prosiguió—: Si llegó a la casa, ¿por qué no volvió atrás para buscar a su amo? En realidad —Corbett ahora trató de aclarar sus propias dudas—, ¿por qué la reina no mandó un grupo de rescate en busca de su esposo? Al fin y al cabo, ¿no le esperaban?

El proveedor clavó la mirada en la mesa tratando de concentrarse.

—No lo sé —murmuró—. El tipo que se quedó conmigo regresó y también lo hizo el otro escudero. Es evidente que cabalgaba más avanzado que el rey y llegó a la casa. Por qué él o la reina no pensaron en enviar a buscar al rey es un misterio. —Miró a Corbett con ojos vidriosos—. Todo el asunto es un misterio, maese escribano, y quizá deberíais ser vos quien respondiera a las preguntas. El deseo del rey de reunirse con la reina es un misterio, pues —añadió con amargura— habría obtenido poco placer de ella.

—¿A qué os referís? —preguntó Corbett—. ¿La reina Yolanda odiaba a su esposo?

Alejandro hizo una mueca, eructó y se desplomó hacia adelante cayendo en un

sueño provocado por la embriaguez. Corbett soltó una maldición y se puso en pie. Cogió la sucia y raída capa, buscó el rincón más limpio de la sala y se tumbó dispuesto a dormir.

A la mañana siguiente, Corbett despertó con la sensación de estar sucio y con todas las articulaciones doloridas. Se levantó, salió al patio a mear y se dirigió hacia la cocina, donde pidió un vaso de cerveza aguada y una rodaja de grasiento tocino para acallar las punzadas de hambre que sentía en el estómago, pues no había comido nada desde que saliera de la abadía de la Santa Cruz el día anterior. Corbett quería marcharse pronto de Kinghorn, antes de que el capitán o Alejandro empezaran a interrogarle, así que en cuanto terminó de comer fue al establo, ensilló el caballo y lo condujo hacia la puerta principal. Corbett casi había llegado cuando oyó que una voz le llamaba. Al volverse vio a la mujer pelirroja llamada Lennox que salía del edificio principal con una jarra de barro en las manos. Corbett gruñó en voz baja y se detuvo cuando ella se le acercó.

—¿Tan pronto se marcha, maese escribano inglés? —preguntó ella con aire sugerente, examinando descaradamente a Corbett de la cabeza a los pies.

—Sí, me marchó —respondió el escribano—. Tengo que irme. ¿Quizá la próxima vez?

—La próxima vez —susurró Agnes con voz ronca— tenemos que hablar, conocernos mejor.

—Sí —coincidió Corbett—, pero no ahora. ¡Adiós!

—Hasta entonces, maese escribano —fue la descarada respuesta.

—¡Hasta la próxima!

Corbett suspiró, hizo dar la vuelta a su caballo y, tras una breve discusión con un guardia adormilado, salió de Kinghorn en dirección al embarcadero.

Llegó allí sin contratiempos, pero tuvo que esperar un poco, observando comenzar el día, hasta que llegó el barquero. Este saludó calurosamente a Corbett, se aseguró de que el caballo era llevado de vuelta al establo de Inverkeithing y luego remó para llevar a Corbett al otro lado del golfo. Esta vez fue él quien hizo preguntas, pues sentía curiosidad por la reina y los actos de los grandes de la tierra. Corbett, muerto de frío y hambriento, respondió entre dientes y estuvo más que complacido cuando llegaron a Queensferry. Estaba a punto de marcharse para ir a recoger su caballo en los establos cuando recordó algo y se apresuró a volver junto al barquero.

—Dime —urgió—, ¿llevaste a alguien más al otro lado del golfo el día en que murió el rey?

El barquero meneó la cabeza.

—No, no —respondió—. La tormenta duró todo el día. Solo llevé al rey.

—Pero alguien más debió de cruzar —insistió Corbett.

—Sí. Quizá alguien más lo hizo —respondió el barquero—. Pero no fui yo.

—¿Quién, entonces?

El barquero sonrió.

—Tal vez Taggart. Pero está muerto, ¿no?

Corbett giró sobre sus talones, furioso, recogió el caballo y, fatigado, regresó a la abadía de la Santa Cruz.

Corbett no cruzó Edimburgo sino que tomó la misma ruta que ya había seguido anteriormente, rodeando la ciudad, abriéndose paso entre los pantanos y ciénagas hasta que llegó a la limpia y blanca santidad de la abadía. El prior le recibió con aire burlón, pero Corbett vio que los monjes se alegraban sinceramente de volver a verle. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió querido y se dio cuenta de que iba cobrando simpatía a aquellos hombres sencillos aunque muy cultos, tan entregados a su rutina de oraciones, trabajo y estudio que consideraban a todo visitante una señal visible de la gracia de Dios. Le interrogaron acerca de su viaje, acerca de Kinghorn y de la reina Yolanda, hasta que intervino el prior señalando que su visitante necesitaba descansar.

Corbett se bañó en la única bañera de la hostería antes de vestirse y bajar a la despensa a buscar cerveza y un plato de pan y pescado hervido en leche. Luego fue a la biblioteca. Estaba anocheciendo, pero el viejo bibliotecario había encendido las antorchas y dio a Corbett lo que este le pidió, una vela y un estropeado ejemplar del *Sic et Non*, la brillante sátira de la teología escolástica escrita por el erudito parisino Abelardo, que había perdido a su familia así como sus testículos por ridiculizar a los teólogos y luego agravar su pecado enamorándose de una mujer. A Corbett le gustaba la brillante lógica presentada con tanta ironía que solo se sintieran ofendidos los que deseaban serlo. Lo leyó con atención, y el lenguaje lúcido y la poesía del argumento le aclararon la mente. Anocheció. El bibliotecario, temeroso del fuego, hizo salir amablemente a Corbett, de modo que el escribano salió a pasear por el pequeño herbario del monasterio mientras analizaba con rigor todo lo que había descubierto en su viaje a Kinghorn. Corbett caminó y discutió consigo mismo hasta que la llamada a Completas le llevó a la iglesia de la abadía de elevado techo, arcos ojivales y columnas redondas. Cruzó la nave y entró en el cuadrado que incluía el coro y el presbiterio donde se hallaban reunidos los monjes, sentados en bancos a ambos lados. El primer cantor se puso en pie e inició la plegaria, advirtiéndole a los hermanos que Satán merodeaba por el mundo como un león hambriento en busca de víctimas a las que devorar. Corbett, soñando amablemente en el extremo de un banco, podía muy bien creerlo y se preguntó si esta vez Satán le buscaría a él.

Capítulo IV

Satán se paseaba por Escocia y en ningún lugar más de lo que lo hacía por las cámaras y corredores del castillo de Edimburgo. El rey Alejandro había muerto. Su cuerpo yacía pudriéndose bajo las frías losas grises de una abadía, desaparecido su fuerte dominio y, en todo el castillo, los nobles que se reunían para el Consejo conspiraban e intrigaban. Las amistades morían, se formaban nuevas alianzas y las antiguas se traicionaban a medida que los poderosos barones, cortesanos y oficiales importantes olían el poder, la influencia y la riqueza ahora asequibles pues el trono se hallaba vacío y no existía ningún heredero forzoso. Alejandro los había mantenido sujetos, reprimidos y controlados, pero ahora los principales nobles estaban como ebrios de una sensación de poder y libertad.

En su cámara, lord Bruce exhibía estos sentimientos pero era un hombre práctico que simplemente creía que había que tomar el poder y ejercerlo. Se sentó, con una copa de vino firmemente asida con sus manos, mientras miraba fijamente por una ventana hacia la oscuridad creciente. El rey había muerto. ¡Gracias a Dios!, pensó. ¡Adúltero! ¡Lascivo! Un buen guerrero, pero los Bruce merecían el trono tanto como él, y ahora el trono estaba vacío. Bruce se agitó y se envolvió con firmeza en su capa. Habría confusión, pensó, y de ella habría de surgir un gobernante fuerte. Un hombre que supiera gobernar con mano de hierro, que supiera subyugar a los salvajes hombres del norte, los marineros de las islas y los ricos barones normandos del sur. Bruce se alegraba de que Alejandro hubiera muerto. Se sentía culpable por los pensamientos que acudían a su mente. Tendría que expresarlos en voz alta, confesarlos, pues incluso pensar en la muerte del rey era traición. Durante un rato, la mente de Bruce se preguntó cuánta culpa tenía, ya que él no había deseado la muerte del rey. Casi había danzado de alegría cuando el cuerpo real fue trasladado desde Kinghorn. Debería ocultar estos pensamientos, pues podían muy bien hacer regresar a Alejandro del infierno para vengarse.

En otras cámaras, caballeros, lores y sus criados se sentaban y murmuraban acerca de lo que sucedería a continuación. Alejandro había dejado un heredero, una débil princesa que vivía en la corte noruega. Pero ¿estaba preparada para gobernar? ¿Y quién más había? ¿Los Comyn? ¿Los Balliol? Y, por supuesto, Eduardo de Inglaterra. El obispo Wishart, canciller de Escocia, también consideró esos nombres. Se hallaba sentado ante su escritorio, envuelto en su gran capa, ajeno a las frías corrientes de aire que pasaban por debajo de la puerta o por las rendijas de los postigos de madera de la ventana. Las velas de los candelabros de hierro arrojaban alguna luz, pero Wishart prefería la oscuridad, incluso el frío, para pensar con claridad, con lógica, para planear y conspirar.

Wishart tenía un gran amor: Escocia. No le importaba quién gobernara el reino siempre que el príncipe fuera fuerte, valiente y estuviera dispuesto a defenderla de los enemigos. Wishart era un hombre con educación. Había trabajado en Europa y

presenciado lo que sucedía. Los grandes reyes, Felipe de Francia y Eduardo de Inglaterra, estaban construyendo estados-nación. Estaban allanando carreteras, reuniendo ejércitos, erigiendo castillos, aprobando leyes, imponiendo justicia, mientras que Escocia seguía dividida en castas. Solo un puño de hierro, la mano de acero de un rey despiadado los mantendría controlados e instauraría la paz en todo el país.

Wishart lloraba en secreto a Alejandro. Jamás le había gustado el hombre. El rey fallecido había sido un libertino que codiciaba a las esposas, hijas y hermanas de otros hombres como un perro en celo. No obstante, Alejandro había sido fuerte. Ahora había muerto, de un modo repentino y misterioso. Wishart se agitó, inquieto. ¿Debería examinar ese problema? Dios sabía que había muchos que deseaban ver muerto a Alejandro. Los Bruce, los Comyn. Los hombres cuyas mujeres habían sido sus amantes. Todos tenían sus motivos. Wishart entrecerró los ojos y contempló el resplandor de la vela. Habían corrido rumores, avisos de la muerte de Alejandro mucho antes de que ocurriera. En este castillo, meses antes de la tragedia, se había celebrado un banquete. Alejandro estuvo rodeado de sus amantes y amigos, bebiendo y comiendo. Wishart se hallaba ausente pero más adelante oyó relatar la historia de que Alejandro de pronto había mirado hacia el otro lado del comedor, dejado caer la copa y palidecido de terror.

—¿Qué ocurre, mi señor? —habían preguntado los cortesanos.

Alejandro meneó la cabeza y, alzando una mano, señaló hacia la oscuridad.

—Veo a un hombre —respondió con voz suave—. Un monje. Un hombre envuelto en una mortaja. ¿No lo veis?

—No, mi señor —fue la respuesta.

Alejandro, ahora completamente sobrio, había seguido con la mirada fija en la aparición que solo él veía.

—Me está previniendo de mi muerte —anunció Alejandro con voz suave—. ¡Será violenta y ocurrirá pronto!

La supuesta visión había estropeado el banquete y deprimido al rey durante semanas, antes de que su natural buen humor y espíritu alegre lo desechara como un fantasma debido al exceso de bebida.

Wishart se mordió el labio. Él no confiaba en las visiones. No creía que Dios tuviera tiempo para interferir en los asuntos insignificantes de los hombres. ¿Había sido algún truco de la luz? ¿O alguien había metido esa idea en la mente de Alejandro? Había otros sucesos misteriosos. Las profecías de Tomás el Poeta, o Tomás de Learmouth, el autoproclamado vidente que afirmaba que en sueños veía la muerte de Alejandro y constantemente precavía al rey de ello en malos versos de cuatro líneas. Wishart soltó un gruñido. Un día sus inquisidores cogerían a maese Learmouth y le someterían a interrogatorio. ¿Era un profeta? ¿O un hombre que se entrometía en las artes negras? De cualquier modo, sus profecías acerca de la muerte de Alejandro habían resultado brutalmente correctas.

Wishart se sentía como en una encrucijada con dos caminos que conducían a la oscuridad. A la izquierda, el problema de resolver la muerte del rey, de encontrar al asesino. A la derecha, el problema aún más acuciante de quién iba a suceder a Alejandro. Los barones habían jurado defender la causa de su nieta en Noruega, pero ¿una niña de tres años podía gobernar Escocia? ¿O lo haría otra persona? Tal vez si seguía uno de los dos caminos descubriría el punto donde se unían. Quizás Alejandro no había sido asesinado, quizás había sido un accidente. Quizá la consecuencia de los celos, de algún hombre harto de que el rey sedujera o persiguiera a una mujer. Sin embargo, podían existir otras razones. ¿Alguno de los que reclamaban el trono había organizado el asesinato?

Wishart había tenido en cuenta a Eduardo de Inglaterra, pero lo había descartado. Eduardo se hallaba en Francia. No había indicios de que se hubiera entrometido en los asuntos de Escocia, aparte de mandar a su enviado, Benstede, y a aquel inquisitivo escribano, Corbett, al otro lado de la frontera. Benstede había llegado antes de que Alejandro muriera y a Corbett, eso le habían dicho sus espías, no le había enviado el rey sino el canciller de Inglaterra, aquel astuto viejo zorro, Roberto Burnell. Wishart tenía a Corbett vigilado de cerca pero todos los informes indicaban que no había sido enviado oficialmente por Eduardo. Wishart se preguntaba qué estaba sucediendo en la corte inglesa. ¿Acaso existía alguna desavenencia? No obstante, el obispo estaba firmemente seguro de que, de momento, el inglés no representaba ninguna amenaza. Wishart se levantó y cruzó la oscura cámara para cerrar uno de los postigos de madera. Se volvió y se calentó las manos sobre un pequeño brasero de carbón. Los franceses, pensó, eran harina de otro costal; su enviado, llamado De Craon, ya se encontraba en Escocia, conspirando e intrigando con aquella zorra de reina viuda. Wishart se frotó las manos e hizo chasquear los nudillos tratando de controlar la ira. Nunca le había gustado la reina Yolanda, con su aire arrogante y modales remilgados, que se encerraba en Kinghorn Manor y se mantenía alejada del rey. Supuestamente, Alejandro estaba chiflado por ella; pero algo no iba bien. Se suponía que estaba encinta y quizá Escocia aún pudiera tener su heredero, pero ¿sería un príncipe?, y ¿quién le protegería durante los siguientes años? Wishart exhaló un hondo suspiro. Luego, por supuesto, estaban los Bruce; lord Bruce, que debería estar preparándose para su propia muerte en lugar de meterse en la política como si fuera un joven cortesano decidido a llegar tan alto como pudiera.

Wishart volvió a pensar en lo que había oído de aquella fatídica noche en el banquete. Bruce estaba presente, así como los enviados inglés y francés. De Craon parecía inquieto. Benstede, impasible, se había retirado temprano, mientras Bruce apenas se había molestado en disimular su mirada asesina cada vez que esta se cruzaba con la del rey. El soberano había estado muy taciturno al llegar, pero luego, de repente, de manera inusual incluso en él, su humor cambió y pasó a la alegría, bebió en abundancia, alardeó de que estaría con la reina antes de que cayera la noche y luego se marchó a caballo en aquella tormenta terrible que le conduciría a la muerte

en lo alto del acantilado de Kinghorn. ¿Le esperaba alguien?, pensó Wishart. No. No era posible que ninguno de los asistentes al banquete hubiera cruzado con tanta rapidez el golfo con aquel mal tiempo, y sabía por sus propios espías que solo el rey lo había cruzado aquella noche. En el fondo, Wishart creía que el rey había sido asesinado pero no sabía cómo ni por qué ni por quién. El viejo obispo se rebulló inquieto mientras el viento aullaba golpeando con fuertes ráfagas el castillo y, aunque nunca se habían encontrado, habría estado de acuerdo con Corbett: Satán se hallaba fuera, acumulándose su maldad como el pus en una herida abierta.

Capítulo V

A la mañana siguiente, Corbett durmió hasta tarde, sordo al tañido de las campanas de la abadía y al bullicio normal de los monjes mientras realizaban sus diversas actividades. Le despertó justo antes de mediodía el maestro de novicios, quien le anunció que había llegado un mensaje de John Benstede en el que pedía que Corbett se presentara ante él en el castillo inmediatamente. Corbett se apresuró a vestirse, declinó la amable oferta de un caballo pero aceptó los servicios de un guía que le llevara por Edimburgo hasta el castillo. Partieron bajo la llovizna y ascendieron el empinado sendero que discurría a través de las rocas y que los monjes le dijeron se conocía popularmente como la «sede de Arturo». Edimburgo era completamente diferente de Londres; ciudad real, estaba construida de acuerdo con alguna clase de plan: calles largas y estrechas con casas de enmaderado y de piedra a ambos lados, algunas juntas, otras separadas por estrechos callejones que desembocaban en un pequeño jardín o parcela detrás de cada vivienda. Había tiendas, sencillos establecimientos con la fachada abierta, cabinas y numerosas cervecerías. Corbett consideraba que Londres estaba sucia, pero Edimburgo estaba inmunda; basura, restos de comida, orinales rotos, incluso cadáveres de animales llenaban las calles.

El ruido era intenso debido a los carros que rodaban pesadamente por las calles llenas de baches o callejones como los describió el guía de Corbett. Los negocios iban bien, los tenderos incluso salían corriendo para agarrar a Corbett del brazo y ofrecerle una tarta, un trozo de tela, pescado fresco del golfo, almendras, nueces y uvas traídas del cercano puerto de Leith. Corbett apenas comprendía su acento y daba gracias por el sólido bastón que llevaba su guía y que empleaba de modo tan experto para abrirse paso a través de la multitud. Pasaron por delante de la antigua iglesia de San Gil y cruzaron un amplio espacio cubierto de hierba que el guía llamó el Lawnmarket, la gran explanada que en general se utilizaba para mercados o ferias. También era el lugar donde se efectuaban las ejecuciones y los cuerpos en descomposición de cuatro criminales colgaban de la horca improvisada.

Siguieron adelante, subiendo la empinada cuesta, y entraron en el castillo. En el interior, la escena era de frenética confusión: criados yendo a toda prisa de un lado a otro, gritando y gesticulando. Carros cargados de provisiones peleando para entrar o para salir. Caballos encabritándose y relinchando mientras los mozos de cuadra trataban de calmarlos y los apartaban. Hombres de armas, vistiendo el uniforme real de Escocia, intentaban imponer orden, pero la situación no mejoró con una horda de cortesanos que se hallaba alrededor dando también sus instrucciones a un amplio ejército de criados, todos ellos con diferentes uniformes. Corbett se volvió a su guía para preguntar qué sucedía, pero el hombre tuvo la sensatez y discreción suficientes para alejarse lo más deprisa posible. Corbett cogió un mozo de cuerdas que intentaba conducir un caballo a los establos del fondo del recinto amurallado pero el muy tonto

no le entendió y Corbett no obtuvo más que una mirada de incompreensión seguida de un encogimiento de hombros y un murmullo de maldiciones.

El escribano inglés se quedó quieto, preguntándose si debía quedarse o irse, cuando una mano le tocó suavemente en el hombro; al volverse vio a John Benstede, luciendo en su amable rostro arrugado una sonrisa de disculpa.

—Maese escribano —dijo con voz suave—. Qué bien que hayáis llegado tan pronto. Vamos, salgamos de este caos.

Corbett le siguió por el patio mientras el enviado inglés se abría paso con cuidado a través de la muchedumbre; luego subieron un tramo de empinados escalones y entraron en el edificio principal del castillo. Subieron otra escalera y Corbett siguió a Benstede al interior de una cámara pequeña y lúgubre con un jergón de paja en el rincón, una mesa de caballetes, un brasero mal encendido y unos toscos taburetes para sentarse. Benstede suspiró e indicó a Corbett que se sentara mientras él se derrumbaba, con las manos en la cabeza, en un taburete cerca de la mesa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Corbett—. ¿Por qué se me hace venir y a qué viene toda esa confusión?

—El Consejo de Regencia —respondió Benstede con aire cansado— ha convocado una reunión del Gran Consejo. A nosotros no se nos pide que asistamos pero sí que participemos en el gran banquete que se celebrará después. El canciller, el obispo Wishart de Glasgow, ha dado instrucciones a todos los enviados extranjeros para que asistan a esta fiesta. —Sirvió una copa de vino aguado a Corbett y luego una para él, de la que bebió cuidadosamente mientras examinaba al escribano inglés—. ¿Habéis estado ocupado, maese Corbett? —preguntó.

—Sí —respondió Corbett con tacto—. He estado tratando de averiguar qué sucede en Escocia. Nuestro rey y el canciller —mintió— agradecerán cualquier información.

—¿Y habéis descubierto algo?

—No —volvió a mentir Corbett—. Alejandro III murió cuando recorría a caballo el promontorio de Kinghorn. He presentado la condolencia del canciller a su viuda y ahora debo quedarme hasta que reciba nuevas instrucciones.

—¿Os interesa la muerte de Alejandro III? —insistió Benstede—. ¿Creéis que alguien intervino en ella?

—Creo —respondió Corbett con cuidado— que la muerte del rey fue misteriosa y merece ser estudiada.

Benstede frunció los labios y dejó escapar un largo suspiro.

—Tened cuidado, maese escribano —advirtió—. Los escoceses no están en buena disposición para que los extranjeros interfieran en sus asuntos, pero por lo que más queráis, informaos de lo que está sucediendo. Nuestro soberano el rey —comentó con ironía— siempre está listo para escuchar chismes de otras cortes.

Corbett decidió pasar por alto el tono sarcástico y se negó a caer en la provocación. Miró fijamente el rostro querúbico y los brillantes ojos azules de su

compañero y comprendió que Benstede solo trataba de hacerle conversar.

—¿Por qué se reúne el Consejo? —preguntó.

Benstede se levantó y se acercó a la cama situada en el rincón del fondo. Levantó el colchón de paja y sacó una bolsita de cuero que Corbett reconoció como de uso común entre los escribanos de la cancillería o enviados en sus viajes. Benstede la miró y luego rompió el sello y entregó un pequeño rollo de papel vitela a Corbett.

—Leed esto —indicó—. Es un borrador de mi informe al rey. Describe la situación en que se halla Escocia tal como yo la veo y no contiene nada confidencial. —Sonrió con ironía a Corbett—. Al menos, todavía no. Adelante. ¡Leedlo!

Corbett desenrolló la carta y pasó por alto las frases introductorias usuales:

John Benstede a su alteza, etcétera, etcétera. Las noticias de la corte escocesa son estas. Su alteza, el rey Alejandro III, murió cuando cayó del promontorio de Kinghorn la noche del 18 de marzo. Se rumorea que el rey se dirigía a una residencia real cercana para estar con su nueva esposa, la reina Yolanda. Un gran pesar ha invadido el reino y existe un profundo temor por el futuro. Como sabe su alteza, Alejandro estaba casado con la difunta y lamentada hermana de su alteza, Margarita. Los descendientes fruto de ese matrimonio, Alejandro y David, están muertos. La única superviviente es una nieta, Margarita, comúnmente llamada la Doncella de Noruega, hija de Erico de Noruega, que se casó con la única hija superviviente de Alejandro III. Margarita solo tiene tres años, edad insuficiente para hacerse cargo de este reino. No obstante, el 5 de febrero de 1284, en Scone, Alejandro hizo que todos los estados de Escocia se comprometieran mediante juramento a reconocer a la Doncella de Noruega como su heredera, a falta de cualquier hijo que Alejandro pudiera tener en el futuro. Ya se han enviado delegados a la corte noruega para informar al rey Erico de las circunstancias y para rogarle que envíe a la Doncella a Escocia lo antes posible.

Sin embargo, la situación aún es peligrosa. Ninguna mujer ha gobernado jamás Escocia y se cuenta entre murmullos la vieja tradición celta de que cuando un rey moría el pariente varón más próximo tomaba las riendas del poder. Esto es lo que está sucediendo ahora en Escocia y el reino empieza a aceptar una u otra de las dos familias poderosas que reclaman el trono. Estas son los Comyn y los Bruce, que pueden contarse entre los miembros varones de sangre real, pues cada uno reclama el trono como descendiente de David, conde de Huntingdon, tío abuelo de Alejandro III y nieto de un rey. Siempre ha existido mala sangre entre estas familias, pero ahora son como dos sabuesos que se persiguen mutuamente con los pelos de punta y enseñándose los dientes, vigilándose atentamente el uno al otro, dispuestos a lanzarse a la guerra si el rival efectúa algún movimiento. La única fuerza que les separa es la Iglesia, la sola organización coherente en este país que une como argamasa

los diferentes estamentos y pueblos de esta nación. Dos de los principales eclesiásticos, los obispos Wishart de Glasgow y Fraser de San Andrés, han convocado una vez más en Scone a los prelados, abades, condes, barones y a todos los hombres de bien del país para renovar su lealtad a la nueva reina de allende el mar, la Doncella de Noruega. Todos juraron, bajo pena de excomunión y condena eterna, proteger y mantener la paz de la tierra. Sus ilustrísimas, los obispos, han alcanzado sus fines, estableciendo una regencia que represente a toda la comunidad del reino, compuesta por los condes de Buchan y Fife, *sir* James Stewart y John Comyn y, por supuesto, los dos obispos. Tres de estos llamados tutores son responsables de Escocia al norte del golfo y los otros tres, en particular Wishart, ostentan la autoridad al sur de esta línea. Los hombres aceptan las cosas tal como son, aunque preferirían que fueran como deberían ser. A pesar del Consejo de Regencia, los diferentes lores están reclutando tropas y fortificando los castillos, preparándose para la guerra por si falla la paz. Su alteza, el rey, conoce personalmente a los Bruce. Los tres, abuelo, padre e hijo, llamados Roberto, jamás dejan de recordar a la gente que ellos llevan la sangre real en las venas y reclaman el trono escocés. En 1238, como tal vez sepa su alteza, cuando no existía un sucesor claro al trono, el entonces rey escocés reunió a sus magnates y, en su presencia y con su consentimiento, designó a la casa de Bruce como su presunta heredera. Esta promesa resultó ilusoria cuando apareció el heredero adecuado. No obstante, la casa de los Bruce, por un breve período de tiempo, alcanzó la realeza y muchos afirman que ello solo sirvió para despertarles el apetito.

En estos momentos el reino se encuentra tranquilo, pero mantendré informada a su alteza de los acontecimientos que se produzcan. La corte escocesa nos acepta, pues somos amigos de todos y aliados de nadie. Nos complace dar la bienvenida a Hugo Corbett, escribano de la cancillería, enviado al norte por vuestro canciller. Su presencia en la corte será una gran ayuda para nuestra misión. Dios guarde a su alteza. Escrito en Edimburgo en mayo de 1286.

Corbett examinó el documento y se lo devolvió a Benstede.

—Un análisis justo —comentó— de la situación de Escocia. ¿Creéis que habrá guerra?

Benstede negó con la cabeza.

—No, todavía no. Alejandro mantenía fuerte su reino. Se necesitarían meses, quizá un año, para que esta fuerza desapareciera. En gran parte depende de la llegada de la Doncella de Noruega y de quién consiga su mano en matrimonio. Entonces —asintió con lentitud— podría haber guerra.

Su conversación pasó entonces a tratar de otros asuntos. Corbett habló de sus primeros años de vida, sus guerras en Gales y su trabajo en la cancillería. Benstede,

hijo único de un respetable granjero de Sussex, le habló de su vocación eclesiástica, su interés por la medicina y su rápida promoción en el servicio real. Corbett captó la referencia a la medicina.

—¿Queréis decir —preguntó— que habéis estudiado en la Escuela de Medicina?

—Sí —respondió Benstede—. En otra época creí que mi vocación era ser cirujano o médico. Estudié un tiempo en París, Padua y Salerno. —Benstede miraba fijamente a Corbett—. Por eso os he preguntado antes si os interesaba la muerte del rey Alejandro. Yo mismo interrogué al médico real que vistió el cadáver para ser enterrado en la abadía de Jedburgh, Duncan MacAirth. Él fue quien me habló de las heridas del rey. Se encuentra aquí, en el castillo. Quizá pueda presentároslo.

—¿Guarda algún secreto respecto a la muerte del rey? —preguntó Corbett.

Benstede hizo una pausa.

—No —respondió—. Alejandro se rompió el cuello al caerse del caballo. ¡Nada tienen que ver las estúpidas profecías y sus maldiciones! La primera esposa de Alejandro murió, sus dos hijos murieron; dados el modo en que bebía para olvidarlo todo y sus arriesgados viajes a caballo por la noche para satisfacer su lujuria, solo era cuestión de tiempo el que se produjera un accidente así.

—Entonces, ¿la muerte de Alejandro no fue ninguna sorpresa para sus súbditos?

—¿Qué queréis decir? —preguntó Benstede con aspereza.

—Quiero decir —empezó Corbett despacio— que la casa de Comyn y la de Bruce debieron... bueno... —el escribano inglés se interrumpió, buscando las palabras adecuadas— no debieron de disgustarse —prosiguió— ante semejante ocasión de presentar sus respectivas reclamaciones del trono de Escocia.

—¡Cuidado con lo que decís, Corbett! —replicó Benstede—. Los Comyn apenas vienen a la corte y aunque Bruce era íntimo de Alejandro, el difunto rey nunca se había molestado en considerar sus reclamaciones del trono. Sin embargo —concluyó con voz lenta—, están los que ahora observan a Bruce de cerca. Él quiere la corona, maese Corbett, igual que cualquier otro hombre quiere la vida eterna. Pero cuidado con lo que decís o hacéis. Los Bruce son violentos y no recibirían con agrado lo que estáis insinuando.

Corbett asentía indicando su conformidad cuando un golpe en la puerta les interrumpió y entró una figura rechoncha y de baja estatura. Corbett sintió repugnancia de inmediato. El hombre tenía cara de necio, con los ojos verdes saltones y el pelo largo, graso y de color castaño. Hizo señas con las manos y los dedos y Corbett observó fascinado a Benstede responder con idénticos gestos. El hombre miró a Corbett y Benstede se volvió.

—Le ruego me disculpe, maese escribano. Le presento a Aaron, un convertido de otra fe, sordomudo, que solo puede comunicarse por señas. Es mi criado personal desde mis días de estudiante en Italia. Ha venido a comunicarnos que el banquete está a punto de comenzar y que debemos bajar de inmediato.

Corbett asintió y salió de la habitación detrás del enviado y su extraño

compañero, encaminándose a la sala principal del castillo.

Capítulo VI

El banquete, en realidad, resultó una frenética confusión para Corbett. El largo comedor estaba brillantemente vestido con telas de París y costosos tapices y profusamente iluminado con antorchas que ardían en incontables candelabros a lo largo de las paredes. En el fondo, sobre un estrado, había una larga mesa en torno a la cual se sentaban unos hombres de aspecto fiero ataviados con rico armiño y capas con bordes de marta cebellina, aunque, desde donde se encontraba, Corbett solo veía el relucir de la armadura que muchos de ellos llevaban bajo la capa. Aun así, el Consejo de Regencia tenía intención de mantener la paz; las armas estaban prohibidas y en los sombreados rincones del comedor estaban apostados grupos de funcionarios del orden. Bajo la gran lámpara con incrustaciones de plata se alineaban las largas mesas en torno a las cuales se sentaban los criados, escribanos y oficiales de los grandes lores. El ruido era intenso, la conversación constante, las voces alzadas discutiendo; se percibía un aire de expectación, incluso tensión, pues todos fingían participar en lo que sucedía alrededor pero en secreto observaban a los grandes que se sentaban en la mesa principal.

Benstede cruzó el comedor y con tacto se presentó ante este despliegue de los más poderosos magnates de Escocia. También presentó a Corbett, a quien le pareció que muchos de los lores estaban demasiado ocupados para saludarle aunque observó que el obispo Wishart de Glasgow, un hombrecillo marchito con la cara arrugada y de color tostado como una nuez seca, le examinaba con atención por debajo de sus gruesos párpados. Había otro hombre, un gigante con el pelo gris como el acero, penetrantes ojos azules y boca de aspecto cruel. Benstede más tarde le nombró como lord Roberto, el caudillo de la facción de los Bruce. También él examinó a Corbett con atención antes de volver a mirar fijamente hacia el otro lado del comedor.

Benstede y Corbett se sentaron entonces al extremo de una mesa que se hallaba directamente frente al gran estrado, justo cuando sonaba un coro de trompetas. El obispo Wishart bendijo la mesa y el festejo comenzó. Un grupo de músicos con flauta, rabel y tambor intentaron hacer música, pero pronto su sonido fue ahogado por el rumor de la conversación mientras se servían los platos. Corbett había oído decir que los escoceses eran una raza tosca pero que su cocina era una de las mejores de Europa. Cada invitado tenía un tajadero de pan duro que servía de plato para una serie de ricos alimentos que eran servidos por muchachos preocupados y sudorosos que tenían que alimentar a incontables bocas y, al mismo tiempo, evitar las lujuriosas manos de algunos de los invitados. Había carne en gelatina, una carne hervida con azúcar y clavos, espesada con canela y jengibre y aderezada con costillas de verraco. Cerdo fresco adornado con yema de huevo, piñas, uvas, azafrán y pimienta y cocido en hojaldre; tartas de pescado; lampreas asadas; cordero, chorlito, zarapito, agachadiza y faisán. El vino era escanciado de la jarra a la copa y luego a menudo se bebía de un solo trago. Corbett comió frugalmente, como siempre. Ver a uno de los

muchachos frotarse una oreja ulcerada mientras llevaba una fuente con comida también contribuyó a disminuir su apetito. Bebió vino a pequeños sorbos, intercambiando dichos graciosos con Benstede, quien llevó la conversación a las complicaciones de la política escocesa.

—Mirad alrededor, Corbett; este comedor está lleno de hombres a los que les encantaría cortarse el cuello uno a otro. Alejandro les tenía sujetos con mano dura. ¡Quién sabe qué ocurrirá ahora!

—¿Qué opináis vos? —preguntó Corbett.

—Lo que temo es —respondió Benstede— que bajo el gobierno de un rey inadecuado esta violencia pueda traspasar la frontera del sur.

Corbett coincidió con él, recordando los desiertos campos que había cruzado al dirigirse hacia Escocia. Amplias extensiones de terreno sin defender, vulnerables al ataque repentino para el saqueo o incluso la conquista. Benstede se inclinó sobre la mesa para seguir hablando pero, consciente del cada vez mayor interés de sus vecinos, miró a Corbett fijamente y permaneció en silencio. Las conversaciones fluían y se arremolinaban en torno a ellos. Corbett apenas podía entender algunos de los acentos y se contentó con mirar alrededor. Otro grupo de hombres al otro lado del pasillo, en la mesa de enfrente, se mostraba igualmente indiferente, y uno de ellos tenía la vista fija en la espalda de Benstede con tanto odio que Corbett se alarmó. Se inclinó sobre la mesa y agarró a Benstede del brazo.

—¡Ese grupo que hay detrás de vos...! —le susurró.

—El grupo que está detrás de mí —interrumpió Benstede con severidad— lo forman los enviados franceses con su cabecilla, Armando de Craon. Un hombre menudo, moreno y fuerte con barba y un bigote caído, que probablemente me está mirando como si quisiera clavarme una daga en la espalda.

Corbett asintió.

—¡Bien! —Benstede sonrió—. Me he sentado adrede de espaldas a él. De Craon jamás resiste un insulto.

—¿Por qué está aquí? —preguntó Corbett.

—Por la misma razón que nosotros —Benstede respondió—. Para observar la situación e informar a ese hipócrita bastardo de Felipe IV de Francia. Por supuesto, hay otras razones. —Benstede miró alrededor y se inclinó sobre la mesa con aire conspirador—. De Craon debe de estar preguntándose de qué hablamos. A su amo, Felipe IV de Francia, le gustaría mucho que ocurrieran dos cosas ahora que Escocia ha perdido a un rey fuerte. En primer lugar, efectuar una alianza con los escoceses y con ello desviar las reivindicaciones de nuestro lord de Lieja sobre las tierras de los ingleses en Francia. En segundo lugar —Benstede pasó un dedo por el borde de su copa de vino—, en segundo lugar, Felipe espera que Eduardo reclame Escocia y por tanto se vea sumergido en una larga y complicada guerra.

—¿Y lo hará? —preguntó Corbett con inocencia.

Benstede hizo una mueca.

—¡No! —exclamó—. Eduardo de Inglaterra solo comerá lo que pueda digerir.

Corbett hizo un gesto de asentimiento e iba a seguir con el tema cuando, de pronto, un alboroto en el otro extremo de la mesa atrajo la mirada de todos y acalló el vocerío que reinaba en el comedor. Dos hombres jóvenes, el rostro cetrino enrojecido por el vino, estaban de pie, con el cuchillo en la mano, esperando cada uno que el otro se abalanzara o se defendiera. Corbett pensó que no se trataba más que de una bravata de borrachos cuando uno de ellos se abalanzó sobre la mesa y se produjo un gran estrépito al desparramar comida, copas y jarras de vino. Los invitados se levantaron de su asiento, empujándose unos a otros. Se sacaron cuchillos y parecía como si fueran a satisfacerse infinidad de antiguos rencores. Corbett se abrió paso entre la multitud para escapar y se quedó de pie apoyado en una columna. Jamás entendió realmente lo que sucedió a continuación excepto que fue una de esas casualidades, el movimiento de la rueda de la fortuna, o la súbita intervención de la gracia divina. Pero se oyó el fragor de una trompeta y Corbett, al volverse para mirar, sintió que la daga le rozaba la mejilla y se estrellaba contra la columna. El escribano, desconcertado, miró alrededor pero no vio a ningún atacante manifiesto en la multitud que le rodeaba. Se agachó y recogió la cruel daga que había estado a punto de cortarle el cuello. Posiblemente era una de los cientos que se utilizaban para comer en aquel comedor. Corbett la dejó caer cuando las trompetas volvieron a sonar con estrépito y los funcionarios del orden, blandiendo garrotes, entraban en el comedor y empezaban a imponer orden. Las mesas y los bancos fueron levantados, los cuerpos inconscientes reanimados y los dos jóvenes que habían iniciado la refriega fueron sacados, ensangrentados y despeinados, del comedor.

El banquete continuó pero la refriega había enrarecido el ambiente. Corbett tomó asiento, procurando hacer caso omiso de De Craon, que sonreía como si de pronto algo le divertiera. Benstede, que regresó a su sitio con la cara llena de suciedad, masculló que había sido maltratado, probablemente por los franceses, y que tenía intención de marcharse lo antes posible. Otros invitados se levantaron para abandonar la sala y los dos enviados ingleses se pusieron en pie y avanzaron entre los diferentes grupos. Aaron, el criado personal de Benstede, apareció de la nada y ambos, él y su amo, se alejaron mientras Corbett se volvía para ver marcharse a los franceses, De Craon sin dejar de sonreír. Benstede había dicho a Corbett que no era necesario que regresara a la abadía sino que podía acostarse en el comedor con los criados y él aceptó agradecido la oferta. Se sentía cansado, un poco bebido y asustado; si algún asesino le perseguía, las oscuras calles de Edimburgo de noche le proporcionarían muchas oportunidades. Corbett estaba buscando un lugar adecuado mientras la multitud empezaba a dispersarse cuando Benstede volvió, acompañado por una figura delgada y encorvada de ojos acuosos, la nariz enrojecida del bebedor y una tenue barba. El recién llegado vestía ostentosamente una túnica de tafetán amarillo atada con un cordón dorado muy similar a uno utilizado por Benstede, aunque el de este tenía una hilera de nudos para impedir que le resbalara.

—Maese Corbett —dijo Benstede—, quiero presentaros al gran maestro de medicina y médico real, Duncan MacAirth.

Corbett miró el viejo rostro de borracho y comprendió que Benstede hablaba con sarcasmo. MacAirth sería un charlatán como muchos de su clase, que ocultaba su ignorancia tras una actitud arrogante, extraños brebajes, astrología y horóscopos. Sin embargo, se inclinó en señal de respeto; Benstede dijo a Corbett que esperaba volver a verle y, tras hacer un guiño y un rutinario gesto de asentimiento con la cabeza, se marchó.

Corbett condujo a MacAirth a la mesa más cercana, despejó una parte de ella y le indicó con un gesto que se sentara.

—Maese MacAirth —dijo, sirviendo dos copas de vino—, os agradezco vuestra atención en este asunto. Tengo entendido que vestisteis al difunto rey para ser enterrado. Me preguntaba...

—No os extrañéis, Corbett. —MacAirth respondió casi con un chirrido, cogiendo la copa que el otro le ofrecía y sorbiendo ruidosamente de ella—. No os extrañéis. El rey fue hallado por una patrulla de agentes montados enviados por el obispo Wishart. Le encontraron en las rocas del promontorio de Kinghorn; su caballo, su yegua blanca favorita llamada *Tamesine*, se hallaba cerca. Tanto el caballo como el jinete tenían el cuello roto. El cadáver del rey, junto con la silla de montar y la brida fueron trasladados al castillo.

—¿Tenía otras heridas? —preguntó Corbett.

—Claro que sí —respondió MacAirth, echando a la cara de Corbett un rancio aliento que olía a vino—. El rey tenía las piernas rotas y heridas de la cabeza a los pies. Daos cuenta de que el rey no solo cayó desde gran altura sino que el mar arrastró su cuerpo arriba y abajo golpeándolo contra las rocas. —Bajó la voz—. La cara era una masa de carne desgarrada, casi irreconocible.

—¿Estáis seguro de que era el rey?

MacAirth miró a Corbett con fijeza, una extraña mirada en su rostro embrutecido por el alcohol.

—Sí, era el rey. —Se rio, produciendo un sonido agudo como un relincho—. Os advierto que a Alejandro eso le hubiera gustado. Le encantaban los disfraces y las máscaras. —Suspiró—. Pero este juego ha durado demasiado. No, Corbett, Alejandro murió de una caída por un acantilado. Su cuerpo fue hervido, la carne separada de los huesos, rellenado con especias y sellado en un ataúd de plomo y trasladado a la abadía de Jedburgo para reposar entre sus antepasados.

—¿Cuándo fue el funeral? —preguntó Corbett.

MacAirth miró con los ojos entrecerrados la mesa manchada de vino y murmuró como para sí:

—El rey murió el 18 de marzo y el entierro tuvo lugar once días más tarde, el 29 de marzo.

—¿No fue un poco apresurado? —sugirió Corbett.

MacAirth hizo una mueca y dibujó unas formas sobre la mesa con el vino derramado.

—No —respondió—. El aspecto del rey no era agradable. El mar había hinchado su cuerpo; aun con las especias fue difícil mantenerle presentable.

—¿La reina vino a inspeccionar el cadáver?

—No —la respuesta fue escueta—. Nunca ha salido de Kinghorn. ¿Por qué —preguntó, tratando de enfocar a Corbett con sus ojos legañosos— hacéis todas esas preguntas?

—Curiosidad —respondió Corbett con tono tranquilizador—. Simple curiosidad, maese MacAirth. Pero decidme, maese médico, pues veo que sois un hombre astuto, ¿qué les ocurrió a los dos escuderos, los ayudas de cámara, que acompañaban al rey?

—Es extraño que mencionéis eso —murmuró MacAirth—. Patricio Seton cabalgaba muy por delante del rey y llegó a Kinghorn. Cuando el rey fue hallado muerto regresó aquí, al castillo, y se encerró en su aposento. —MacAirth exhaló un suspiro—. Fue interrogado y visitado por todos, incluido maese Benstede, el enviado francés, Bruce, Comyn, Wishart, pero él parecía tonto. Ni siquiera yo pude hacer nada. Se limitaba a permanecer sentado murmurando para sí.

—¿Qué decía? —preguntó Corbett.

—Nada importante, solo balbuceaba hablando de sombras, sombras en el promontorio de Kinghorn. ¿Tiene sentido?

—No —respondió Corbett—. Pero ¿y el segundo escudero? ¿Qué le ocurrió?

MacAirth bostezó y se levantó.

—He de retirarme —espetó—. Vuestras preguntas me agotan. El segundo escudero, Tomás Erceldoun, sigue aquí. También él ha sido interrogado pero no es el más inteligente de los hombres ni el mejor de los jinetes. Su montura le arrojó al suelo y él permaneció en la playa, eso juran los testigos. Me temo que es el hazmerreír de la corte, despreciado por los pocos que escuchan sus constantes alegatos de inocencia. Debo irme. Mañana os enviaré a Erceldoun. ¿Os quedáis en el castillo esta noche?

Corbett hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, aquí, en el comedor —respondió—. Os agradezco vuestra cortesía, maese MacAirth.

El médico asintió e hizo un breve gesto de despedida. El escribano se puso en pie, se desperezó y miró en torno al desierto salón, ahora en penumbra a medida que las antorchas se iban apagando con un chisporroteo. Eligió un lugar entre dos criados que roncaban y se echó a dormir, ajeno a la figura que le observaba desde las sombras.

El silencioso observador escrutó la oscuridad hacia el lugar donde Corbett se había acomodado para dormir. Le habría gustado clavar su daga en la garganta de aquel escribano entrometido pero sabía que no era el momento ni la ocasión. Lamentó amargamente que el cuchillo arrojado durante el banquete no hubiera dado en el blanco, pues había reconocido en Corbett a un hombre peligroso. Tranquilo,

discreto, pero siempre haciendo preguntas, reuniendo información, Corbett debía de haberse enterado de algo a través del necio de MacAirth. El hombre maldijo para sí al entrometido escribano que podía desbaratar el gran plan de su amo. No obstante, habría otros momentos, otros lugares. Escocia era un país desolado, con caminos desiertos y solitarios brezales. Un día encontraría a Corbett expuesto y vulnerable y se ocuparía de él con su estilo refinado.

Capítulo VII

A la mañana siguiente alguien zarandeó a Corbett hasta despertarle. Se volvió, rígido y sintiendo el frío en los huesos, y vio a un ansioso joven con el pelo rubio, ojos preocupados y rostro picado de viruelas.

—Maese Corbett —llamó—. ¡Maese Corbett, despertad!

Corbett se puso en pie con dificultad y miró alrededor de la sala, donde el resto de durmientes se levantaban con gestos lentos, algunos quejándose de dolor de cabeza, otros pidiendo a gritos vino y comida. Corbett se volvió al joven que le había despertado.

—¡Por los clavos de Cristo!, ¿quién eres?

—Tomás Erceldoun —respondió el joven—. Maese MacAirth me ha dicho que deseabais hablar conmigo. —Señaló la mesa más próxima—. Os he traído un poco de cerveza y pan de centeno.

Corbett le dio las gracias, se frotó la nuca para aliviar la rigidez y se sentó.

—¿Estabas con el difunto rey la noche en que murió?

Erceldoun tragó saliva, nervioso.

—Sí —respondió—. Estaba con el rey. He contado mi historia muchas veces.

El joven se interrumpió para recuperar el aliento y Corbett, solo medio despierto, sintió lástima por el muchacho cuya vida y energía se veían limitadas a justificar su conducta en una noche de entre un millar. Corbett se frotó los ojos, cansado, bostezó y luego vio la expresión dolida en los ojos de Erceldoun.

—Lamento molestaros —balbuceó Erceldoun—. Pero el médico que trabaja en la casa real ha dicho que queríais verme de inmediato. Temía que os marcharais. Yo...

—Tonterías —le interrumpió Corbett con tono amable—. No tienes que excusarte. —Bebió unos sorbos de cerveza con agua—. Cuéntame lo que sucedió esa trágica noche, por favor.

Erceldoun se lanzó enseguida a relatar su historia: que el rey había decidido en el banquete regresar a Kinghorn y les llamó a Seton y a él para que le acompañaran. Los dos habían reconvenido al rey cuando este se retiró a sus aposentos privados del castillo con intención de vestirse para el viaje.

—Estaba muy excitado —explicó Erceldoun—. Dijo que tenía que marcharse aquella noche y nos llamó cobardes. Así que fuimos con él. Cabalgamos hacia el norte para llegar al embarcadero y, Dios sabe cómo, cruzamos el golfo. El proveedor real nos esperaba con monturas nuevas; el caballo blanco del rey, *Tamesin*, ya estaba ensillado y su alteza partió de inmediato con Seton. Como sabéis, yo tuve problemas con mi caballo en cuanto dejamos la playa.

Corbett se acordó del proveedor bebido.

—¿El proveedor también trató de frenar al rey? —preguntó.

Erceldoun asintió.

—Sí, pero el rey no quiso saber nada.

—¿El rey comprobó su silla de montar y las cinchas?

—No —respondió Erceldoun—. El rey y Seton partieron enseguida. Mi caballo estaba nervioso. No podía controlarlo. ¿Por qué? —preguntó esperanzado—. ¿Creéis que *Tamesin* no estaba bien ensillado?

—Tal vez —mintió Corbett, pues sabía que de haber sido así, el accidente habría podido ocurrir antes—. ¿Y Seton? —prosiguió Corbett—. ¿Qué le ocurrió?

—Llegó a Kinghorn —respondió cansado Erceldoun—. Luego regresó aquí al día siguiente, después de que la muerte del rey se hiciera pública. Se retiró a su aposento; cuanto más le interrogaban, más atontado parecía, hablando en murmullos de sombras en el promontorio de Kinghorn.

—¿Era leal al rey?

Erceldoun miró fijamente a Corbett.

—Por supuesto que sí —casi espetó—. Igual que yo. Pero otros opinan de otro modo —añadió con amargura—. Afirman que abandonamos al rey porque teníamos miedo. ¡Olvidan nuestro viaje a través del golfo!

—¿Cómo murió Seton?

—No lo sé —respondió Erceldoun—. Quizá de dolor. Comía poco y no hablaba. Le encontraron muerto en su aposento y le hicieron un funeral apresurado.

—¿Su cuerpo no mostraba señales de violencia? —preguntó Corbett con cautela.

Erceldoun entrecerró los ojos.

—Yo también pensé en eso pero no, inspeccioné el cadáver.

—Entonces, ¿tal vez le administraron veneno?

—No —respondió Erceldoun con énfasis—. Comía poco y yo le llevaba la comida. Las visitas le enviaban o traían pequeños regalos.

—¿Quién? —preguntó Corbett.

—Miembros del Consejo. En especial después de que el obispo Wishart le visitara y anunciara que Seton no era culpable de haber participado en la muerte del rey.

—¿O sea que hubo sospechas? —preguntó Corbett.

Erceldoun tragó saliva y miró alrededor, nervioso.

—El rey Alejandro —susurró inquieto— era un hombre de fuertes apetitos. Seton era un ayuda de cámara. Corrían rumores de que...

—¿De que el rey utilizaba a Seton? —interpuso Corbett.

Erceldoun asintió.

—El rey hacía diez años que era viudo —prosiguió—. Seton estaba celoso y dolido por la pasión que sentía el rey por la reina Yolanda. Pero jamás le habría hecho daño. De todos modos —concluyó malhumorado—, se verificó que había llegado a Kinghorn a la hora esperada.

—¿O sea que a pesar de que el rey montaba un caballo mejor, Seton iba delante de él? —preguntó Corbett.

—Claro. Seton conocía mejor el terreno. Sospecho que al rey le resultó difícil y,

por un rato, se perdió en la oscuridad. Seton habría cabalgado delante creyendo que el rey no estaría lejos. Siempre viajábamos así, la misión de Seton era asegurarse de que no había ningún obstáculo. —Erceldoun se interrumpió—. La mía era seguir detrás.

—Estas cosas suceden —quiso tranquilizarle Corbett—. Pero dime. ¿Quién más visitó a Seton?

—Todo el mundo —murmuró Erceldoun—. El obispo Wishart, lord Bruce, miembros de la corte. El enviado francés y, por supuesto, maese Benstede. Envió a Seton un cuenco con almendras y uvas y unos guantes de terciopelo como regalo.

—¿Seton se comió todo eso?

—Comió un poco —dijo Erceldoun—. Como hacía con todo, yo me comí el resto.

—Entonces, ¿por qué esos regalos?

—Oh —exclamó amargamente Erceldoun—, antes de que el rey muriera, Seton era un hombre popular. Cualquiera que deseara ver al rey a menudo se acercaba a Seton. Benstede no fue el único que le envió regalos.

Erceldoun miró alrededor, hacia los criados que ahora se hallaban ocupados limpiando con lentitud los restos de comida fría dejados en el banquete de la noche anterior. Oficiales y maestros de ceremonias daban órdenes a gritos. Del patio entraron unos perros, ladrando ruidosamente, y no pararon de husmear entre los desperdicios. Erceldoun se levantó y miró a Corbett.

—Debo irme —dijo—. Tengo obligaciones que cumplir.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza hacia Corbett y salió del comedor.

El escribano inglés le observó marchar y se dio cuenta de que también él debía regresar a la abadía. Se había enterado de muchas cosas, de muchos datos, de muchos sucesos. Le dolían las piernas y la espalda, necesitaba la tranquila, limpia y pura atmósfera del monasterio para ordenar sus ideas y profundizar en todo lo que había descubierto. Recogió la capa y salió al patio, en el que reinaba más tranquilidad que el día anterior. Sacó agua del pozo, se salpicó la cara y las manos y se marchó del castillo, una figura solitaria y fatigada en la que nadie se fijaba. Cuando estuvo fuera se detuvo y se dio cuenta de que tendría que desandar el camino. Recordó la daga que le habían lanzado durante el banquete y decidió que sería más seguro regresar cruzando la atestada ciudad que aventurarse por el pantanoso campo. Conocía el camino vagamente por el viaje del día anterior y las cuidadosas instrucciones que le había dado el prior.

Corbett avanzó penosamente por el camino trillado y lleno de barro; el cielo estaba encapotado y empezaba a caer una débil llovizna. Un carro que pasó junto a él le salpicó de barro y Corbett maldijo en voz baja a Burnell por enviarle allí. Llegó a la ciudad y entró en el Lawnmarket; había una multitud congregada observando a unos pobres diablos que eran arrastrados por caballos hacia la horca. Un hombre iba atado de pies y manos a una sábana de cuero hervido de la que tiraban dos caballos: el hombre gritaba mientras la dura tierra le golpeaba la espalda desnuda al tiempo que

tenía que soportar las burlas y la porquería que le arrojaban los mirones, las censuras de los oficiales de la ciudad y la monótona voz del sacerdote rezando. Corbett no se quedó sino que se abrió paso entre la multitud y siguió su camino. Se mantuvo en el centro de la calle, lejos de la basura que ensuciaba las entradas de las miserables casas de madera. Las tiendas y puestos ambulantes estaban abiertos; un carro, con un cartel desvencijado escrito toscamente, era utilizado como escenario por un grupo de actores que gritaban palabras que Corbett no entendía. Los tenderos anunciaban a gritos sus mercancías. «¡Patatas de oveja calientes!». «¡Costillas de buey!». Manos grasientas se aferraban a sus brazos pero él los apartaba con brusquedad. El olor a pan caliente que salía de una panadería le abrió el apetito pero no se detuvo.

Corbett estaba cansado y lo que veía a su paso le deprimía: un perro, con una pata más corta que las demás, oliscando el cuerpo hinchado de una rata; un gato que pasó corriendo por su lado, con un pequeño ratón en la boca; un mendigo, con los ojos en blanco y lleno de úlceras, chillando a unos muchachos que se estaban meando encima de él. Corbett recordó las enseñanzas de Agustín: «El pecado es la ruptura de todas las relaciones». Si era así, pensó Corbett, entonces estaba rodeado de pecado. Allí, en aquellas sucias calles, un solitario escribano inglés, su esposa e hijo muertos años atrás; la única mujer a la que jamás había amado desde entonces, declarada culpable de asesinato y traición, consumida por el fuego en Smithfield, en Londres. Y ahora se hallaba solo entre extraños que le querían muerto. Pensó en Ranulfo, su criado, y deseó que estuviera allí, no enfermo de fiebre a kilómetros de distancia en algún monasterio inglés.

Pasó por delante de la iglesia de San Gil, torció por otra sinuosa calle y estuvo a punto de pasar por encima de dos figuras que se encontraban allí de pie. Corbett murmuró una disculpa y se hizo a un lado. Uno de los hombres se movió para bloquearle el paso.

—*Comme ça va, monsieur?*

—*Que'st ce que ce?* —preguntó Corbett espontáneamente; luego repitió—: ¿Qué ocurre? No hablo francés. ¡Apartaos de mi camino!

—¡No, *monsieur!* —respondió el hombre en perfecto inglés—. Sois vos quien está en nuestro camino. ¡Vamos! Queremos hablar con vos.

—¡Id y que os cuelguen! —murmuró Corbett, e intentó proseguir su viaje.

—*Monsieur*, somos dos y detrás de vos hay otros dos. No queremos haceros daño. —El francés se volvió y le hizo una seña con la mano—. Venid, *monsieur*, no os retendremos. No os haremos daño. ¡Venid!

Corbett miró a los dos hombres bien alimentados y fornidos y, al oír un leve ruido tras de sí, supo que había más hombres.

—Ya voy —dijo.

Los hombres le condujeron a un callejón que apestaba a orines de perro y a excrementos. Se detuvieron frente a una pequeña casa, de un solo piso, con una ventana bajo el tejado de paja, empapado y goteante, y un anuncio de cerveza

sobresaliendo de debajo del alerón.

Dentro había una sola habitación, húmeda y malsana, con el suelo de tierra, dos pequeñas mesas de caballete y una colección de toscos taburetes hechos con barriles viejos. Una mujer sucia, evidentemente su esposa, les miró con temor. Un grupo de niños, con la cara manchada de tizne y lágrimas, se aferraba al ajado vestido de la mujer y miraba con ojos como platos al grupo de hombres que se había apropiado de la casa y ahora hablaba rápidamente en una lengua extranjera. Corbett reconoció de inmediato a De Craon, quien se levantó cuando él entró, hizo una inclinación medio burlona y le indicó con una seña que se sentara en un taburete.

—Me alegro de que hayáis venido, maese escribano —dijo en perfecto inglés con un levísimo acento francés—. Me han dicho que habéis estado muy ocupado en Edimburgo haciendo preguntas, metiendo vuestras narices en asuntos que no os conciernen. Tened —acercó una copa de cerveza a Corbett—, vamos, bebed esto. Contadnos la verdadera razón por la que estáis aquí.

—¿Por qué no se lo preguntáis a Benstede? —replicó Corbett—. No tenéis derecho a retenerme aquí. Ni la corte inglesa ni la escocesa se alegrarán de saber que los enviados franceses retienen a la gente a su antojo.

De Craon se encogió de hombros con las manos extendidas en gesto expansivo.

—Pero, *monsieur* Corbett, no os retenemos. Os hemos pedido que vengáis aquí y vos habéis aceptado nuestra invitación. Sois libres de ir y venir como deseáis. Pero —prosiguió con voz suave— ya que estáis aquí, sé que sois demasiado curioso para dejar correr el asunto.

Se sentó de nuevo en su taburete, con las manos morenas y llenas de anillos cruzadas sobre el regazo, mirando fijamente a Corbett como un hermano mayor comprensivo o un tío condescendiente. Corbett corrió la copa de cerveza hacia atrás sobre la mesa.

—Decidme, *monsieur* De Craon, ¿por qué estáis aquí y por qué deseáis hablar conmigo?

—Estamos aquí —comenzó De Craon tranquilamente— para representar los intereses de nuestro señor y para establecer una mejor relación entre el rey Felipe IV y el trono escocés. Estábamos obteniendo un éxito considerable hasta el momento de la repentina y lamentable muerte del rey por la que vos mostráis tanto interés.

—Sí, me interesa —respondió Corbett lacónicamente—. Soy un buen escribano. Estoy aquí a petición de la corte inglesa y a ellos, como a Felipe IV, también les interesa toda la información que podamos enviar.

De Craon meneó la cabeza lentamente en gesto de incredulidad.

—Todo eso —replicó— podía hacerlo Benstede, así que ¿por qué estáis aquí?

Agitó un dedo amonestador para rechazar toda protesta por parte de Corbett.

—Me parece que en realidad no os interesa la caída de Alejandro III por un acantilado. Existen otras razones secretas. ¿Quizás una alianza con los Bruce o los Comyn? ¿Tal vez sois portador incluso de una reivindicación secreta por parte del

propio rey Eduardo para gobernar Escocia?

Corbett miró asombrado a De Craon. De pronto comprendió que los franceses creían que él se encontraba allí en una misión diplomática secreta y delicada en favor de Eduardo I, que su interés por la muerte de Alejandro III era una simple pantalla, un truco para ocultar su verdadera tarea. La ridiculez de la situación le hizo sonreír y, echando la cabeza hacia atrás, soltó una carcajada. De Craon se inclinó hacia adelante, el rostro enrojecido de ira, y Corbett se reprimió, creyendo que De Craon estaba a punto de darle un puñetazo.

—¡No sabía que eso os pareciera tan divertido!

Corbett recuperó el control.

—No lo es —respondió con seriedad— y el incidente de anoche no me pareció divertido ni aceptable.

El francés se limitó a encogerse de hombros y apartó la mirada.

—Además —añadió Corbett—, parece que vos mismo habéis respondido a vuestras preguntas. ¿Estáis vos aquí, *monsieur* De Craon, también para efectuar una alianza secreta para aprovecharos de un reino sin rey?

—¿A qué os referís? —espetó de Craon.

—Me refiero —dijo Corbett enérgicamente— a que durante dos décadas Alejandro III gobernó este país con poca o ninguna ayuda de los franceses. Ahora ha muerto sin dejar un claro heredero. ¿No es posible que pueda hacerse sentir una vez más la influencia francesa?

—¿Y qué me decís de vuestro señor? —casi gritó De Craon—. ¡Sabéis que Bruce es amigo suyo!

—¿Qué insinuáis? —preguntó inocentemente Corbett.

—Insinúo que Bruce, al igual que Eduardo, se fue a la cruzada y que Bruce dio a Eduardo toda la ayuda que necesitó en su guerra civil con el ahora fallecido Simon de Montfort. Peleó en Lewes en nombre de Eduardo y en otras batallas. Bruce reclama el trono escocés. ¿Por qué Eduardo no iba a objetar que su viejo amigo y compañero de armas se hiciera con la corona escocesa?

Corbett se levantó del taburete y lo hizo caer con estrépito. Notó la presencia de los compañeros de De Craon detrás de él, tensos, expectantes, listos para actuar.

—¿Por qué no? —preguntó sardónicamente.

—¿Por qué no se lo preguntáis a Benstede? Estoy seguro de que os dará respuestas satisfactorias.

Corbett giró entonces sobre sus talones, salió de la habitación a grandes pasos y volvió al callejón. Se puso tenso, aguzando los oídos, preguntándose si los franceses le perseguirían y, cuando llegó sano y salvo al extremo del callejón, exhaló un suspiro de alivio y prosiguió su camino de regreso a la abadía de la Santa Cruz.

Por fin Corbett abandonó la ciudad y penetró en el campo que rodeaba la abadía. Llovía más fuerte que antes. Se arrebujó en su capa y se abrió paso entre los árboles. Seguía en guardia, temeroso de que De Craon o sus hombres le persiguieran. Los

árboles a ambos lados eran oscuros y estaban inmóviles, el único ruido que se oía era el crujido de las ramas y el suave golpeteo de la lluvia al caer sobre las hojas. Entonces oyó algo. Le pareció que se trataba de una ramita que se había roto pero algo acudió a su mente. Corbett había oído ese ruido muchas veces durante la guerra en Gales y, sin pensarlo, se arrojó de bruces. Volvió a oír el ruido, seguido por el silbido y el golpe seco de una flecha que zumbaba por encima de su cabeza para estrellarse en el árbol más próximo. Corbett no esperó más. Sabía que el arquero tenía que cargar y levantar la ballesta, así que se puso en pie y corrió con todas sus fuerzas, esquivando los árboles, y llegó tambaleándose, casi sin aliento, al fangoso sendero que conducía a la puerta principal de la abadía. Cometió el error de volverse, dio un traspies y cayó sobre una rodilla; se levantó, sollozando de terror cuando se acercó a la puerta principal, que golpeó con todas sus fuerzas. La puerta se abrió y él se tambaleó, estuvo a punto de caerse, en los brazos del atónito hermano lego. Corbett recuperó enseguida la compostura, contó una apresurada mentira al monje y se precipitó hacia los aposentos del prior. La estancia se hallaba vacía, de modo que Corbett fue directo a su habitación, se arrojó sobre el jergón y cayó en un profundo sueño.

Capítulo VIII

Por segunda vez aquel día alguien zarandeó a Corbett para despertarle, mientras una voz insistente le llamaba. Abrió los ojos y se sobresaltó al reconocer el pálido semblante ansioso, los saltones ojos verdes y el pelo en desorden de su criado, Ranulfo, a quien había visto por última vez en la enfermería del priorato de Tynemouth. Corbett acabó de despertarse.

—¿Ranulfo? ¿Cuándo has llegado?

—Hace una hora más o menos —respondió el criado—, con mi caballo y una mula de carga. Recordé vuestras instrucciones de reunirme con vos en la abadía de la Santa Cruz. He pasado casi todo el día buscando el camino para llegar hasta aquí desde el castillo. —Miró a Corbett de arriba abajo—. ¿Dónde habéis estado? ¡Estáis cubierto de barro!

—Es una larga historia —contestó Corbett malhumorado—. Te la contaré más tarde. De momento, busca al prior y dile que he regresado y trae un poco de agua caliente.

Ranulfo partió enseguida. Su amo, pensó, estaba más extraño que nunca, reservado, cauto, incluso circunspecto, y aún pensaba en el aseo. Se preguntó qué había llevado a Corbett al norte; trató de averiguarlo durante el trayecto a Tynemouth, pero el escribano se mostró taciturno y Ranulfo se puso de mal humor. Le debía la vida a Corbett, quien le había salvado de morir ahorcado en Tyburn; pero Corbett siempre mantenía una actitud misteriosa, trabajaba constantemente y su único placer eran la flauta, algún manuscrito o permanecer sentado en silencio ante una copa de vino meditando sobre la vida. Ranulfo había maldecido su marcha de Londres, lejos de la joven esposa de un mercero londinense. Sentía tensa la entrepierna y murmuraba horribles juramentos; ella era una dama elegante, con sus encajes, sus lazos y aspecto arrogante pero, entre las sábanas, era otra cosa: tierna y suplicante mientras se retorció debajo de él. Ranulfo exhaló un fuerte suspiro, muy lejos de su austero monasterio y su reservado amo.

Corbett se alegró mucho en verdad de volver a ver a Ranulfo. No lo admitía, pero se sentía seguro con él pues le cubría las espaldas. Corbett estaba completamente desconcertado por la energía que poseía el criado, su entusiasmo por la vida y apasionada unión con cualquier mujer que enarcara una ceja ante él. Pero Ranulfo se encontraba allí y mientras Corbett se bañaba y se cambiaba de ropa, se preguntó cómo podría Ranulfo protegerle de los asesinos secretos que le acechaban. El ataque en el bosque había sido un intento de asesinato y sacó la misma conclusión acerca de la daga que le habían arrojado el día anterior.

Corbett pasó el resto de la velada analizando lo que sabía y los nuevos datos de los que se había enterado, pero pronto se dio cuenta de que había sido arrastrado a un laberinto de ciénagas y cuanto más profundizaba, más perplejo quedaba. No habló con Ranulfo del problema pero escuchó con medio oído la descripción que hizo el

joven de su estancia en Tynemouth mientras se preguntaba qué hacer a continuación. Corbett estaba dispuesto a redactar un informe para Burnell. Con ello al menos enumeraría los problemas a los que se enfrentaba y daría a conocer al canciller su completa falta de progresos. Por fin decidió no hacerlo. Hasta el momento solo había hablado con figuras secundarias de la tragedia acontecida a Alejandro III en Kinghorn. Benstede y De Craon podían proporcionarle poca información. Quizá los grandes de la tierra sabían algo diferente y debería abordarles. Además, Corbett comprendió que si De Craon sabía que estaba efectuando preguntas, era cuestión de tiempo el que el Consejo de Regencia interviniera y o bien pusiera fin a sus actividades o bien le expulsaran del país. Por tanto, tenía que trabajar rápidamente y recabar alguna información que llevarle a Burnell a Londres.

Después de Completas, el último servicio del día, Corbett acudió al prior y le preguntó dónde podría encontrar a Roberto Bruce. El prior, que no era tonto, miró con dureza a Corbett y le advirtió, meneando la cabeza:

—Tened cuidado, maese escribano. Sospecho en lo que andáis metido. He oído algunos rumores vagos, comentarios, chismes de la corte. Estos son tiempos complicados y vos habéis decidido pescar en aguas muy peligrosas y profundas.

Corbett se encogió de hombros.

—No tengo alternativa —respondió—. Cada uno tiene sus tareas que cumplir, yo tengo las mías. No sé lo que habéis oído y no lo preguntaré. No pretendo causar ningún daño y quizá pueda hacer un gran bien. Por eso deseo ver a lord Bruce.

El prior suspiró.

—Normalmente, los Bruce se hallan en su castillo de la montaña, al otro lado del país, en el río Clyde, pero debido a la muerte del rey, Bruce se aloja cerca de Edimburgo. Al fin y al cabo —continuó el prior con sarcasmo—, no tiene ningún deseo de ver que alguien se queda con el pastel mientras él se halla de espaldas. Se rumorea que ha tomado residencia en el puerto de Leith, bastante cerca de Edimburgo pero, en caso de que las cosas fueran mal, el mejor lugar para partir por tierra o mar. No obstante, verificaré si esto es correcto y os informaré mañana.

A la mañana siguiente, cuando las campanas de la abadía repicaron para anunciar la Prima, la primera oración del día monástico, Corbett ya se había levantado y vestido y había despertado de una leve patada a un Ranulfo soñoliento y gruñón. Se unieron a la larga fila silenciosa de monjes que entraban en la iglesia. Corbett entonó los salmos con ellos, sintiendo que gran parte de su tensión interior se disipaba con el monótono y armonioso sonsonete. Ranulfo se sentó pesadamente en el banco a su lado, rezongando y hablando entre dientes a su amo. Cuando el servicio hubo terminado, rompieron su ayuno en el pequeño refectorio encalado antes de acercarse al prior, quien confirmó las especulaciones que había hecho ante Corbett la noche anterior referentes a que lord Bruce y su séquito habían fijado residencia en el puerto de Leith. Corbett y Ranulfo se marcharon de inmediato y cuando salía el sol estaban cruzando las puertas de la abadía camino de Leith, al norte. Avanzaron con bastante

rapidez. Corbett se sentía estimulado aunque aún estaba cansado, satisfecho de que los nubarrones del día anterior hubieran desaparecido y esperando que lord Bruce se hallara todavía en Leith y le concediera una audiencia. Rodearon la ciudad, a través de las aún silenciosas calles y, siguiendo las cuidadosas instrucciones del prior, pronto se encontraron en el ancho camino trillado que conducía al puerto de Leith. Este bullía de actividad, con los carros y caballos de carga que se dirigían a Edimburgo, transportando los productos desde el puerto y el campo para ser vendidos en los mercados. Carros cargados de pescado, frutas, carne salada, lana inglesa y terciopelos flamencos se abrían paso para encontrar un lugar en el camino lleno de baches. Los conductores, con el rostro enrojecido y soltando maldiciones, trataban cada uno de ser el primero en entrar en la ciudad y en tener sus mercancías dispuestas para la venta antes de que la ciudad cobrara vida.

Corbett cabalgaba tranquilo entre ellos, vigilando a Ranulfo que, después de mirarlo todo con grandes ojos, empezó a imitar los extraños acentos, lo que le supuso recibir miradas siniestras por parte de varios transeúntes. Corbett le instó a que se mantuviera callado y se vio más que aliviado cuando penetraron en las estrechas y tortuosas calles llenas de baches de Leith y se encaminaron hacia la pequeña plaza del mercado. Allí Corbett empezó a interrogar a todo ciudadano respetable que veía sobre el paradero de la casa de lord Bruce y describió a Ranulfo la insignia del séquito de Bruce con la esperanza de que su criado, que tenía vista de lince, pudiera descubrir a alguien con ese uniforme. Nadie pareció capaz de proporcionar información alguna. Muchos de los ciudadanos no les entendían y a Ranulfo, en particular, le resultaba difícil entender el torrente de palabras en escocés que sus preguntas provocaban. Atrajeron a una pequeña multitud de curiosos que, al ver que eran ingleses, empezaron a murmurar y a maldecir. Corbett se dio cuenta de que esto era Leith, un puerto escocés, cuyos barcos a menudo se hallaban en conflicto con los buques ingleses. Había olvidado esta guerra no oficial y maldijo su propia temeridad al no tener en cuenta este asunto.

Al final decidieron alejarse de la plaza y estaban a punto de marcharse cuando de pronto se vieron rodeados por un grupo de soldados, armados y ataviados con casco. Su cabecilla agarró la brida del caballo de Corbett y le hizo una pregunta que él no entendió. El hombre la repitió, esta vez en un francés atroz. Corbett asintió. Sí, anunció, era un escribano inglés. Llevaba saludos del canciller de Inglaterra para lord Bruce y quería una audiencia con él. El rostro lobuno del hombre sonrió, mostrando una dentadura podrida.

—Ah, bien —respondió en francés—. Si un escribano inglés quiere ver a lord Bruce, eso puede arreglarse.

Deslizó una mano bajo la capa de Corbett y con destreza sacó el cuchillo del escribano, el cual metió en su propio cinturón de grueso cuero, y casi arrastró al caballo al otro lado del mercado. El resto del grupo cerró la marcha, acosando y provocando a Ranulfo, quien devolvió golpe por golpe con un torrente de obscenos

juramentos en inglés. Salieron de la plaza del mercado y cruzaron un laberinto de calles, hasta que llegaron a una gran casa de piedra de dos pisos, con el tejado de madera y sus exquisitos aleros esculpidos sobresaliendo sobre un pequeño patio. Hicieron bajar del caballo a Corbett y a Ranulfo sin ceremonia alguna y les empujaron por la puerta principal de la casa y por un pasadizo que conducía a la sala principal.

Corbett se dio cuenta de que debía de ser la morada de algún rico comerciante al que Bruce había requisado o alquilado. La casa estaba limpia, había alfombras en el suelo, un tapiz en la pared del fondo y unas verdes ramas en torno a la habitación para proporcionar un olor agradable. Incluso había una chimenea en la pared, y sentado a la cabecera de una larga mesa pulida, se hallaba lord Bruce. Este comía un potaje y tomaba largos tragos de vino con una gran copa ornamental.

No se molestó en levantar la vista cuando Corbett y Ranulfo fueron introducidos en la sala, sino que se limitó a indicarles con un ademán que se sentaran en el banco que había junto a la mesa mientras él seguía comiendo ruidosamente. Por fin terminó, soltó un fuerte eructo y se secó los dedos grasientos y la boca en el borde de su capa forrada de armiño. El guardia que había acompañado a Corbett y Ranulfo se acercó a él, se arrodilló y habló en voz baja a Bruce en una lengua que Corbett no entendía y supuso que podía ser gaélico, una lengua que le era totalmente ajena. Tuvo miedo, pues Bruce, a pesar de haber pasado la edad bíblica de los setenta años, tenía fama de ser un feroz guerrero. Era un hombre de grandes ambiciones y gran talento, apasionadamente leal a su casa y grandes planes para su nieto favorito, Roberto, de doce años de edad, sin mantener en secreto, ahora que Alejandro III había muerto, que la casa de Bruce tenía derecho a reclamar el trono escocés. Su aspecto realzaba su reputación, pues tenía una cabeza leonina, el pelo gris como el acero y unos ojos penetrantes y astutos. El rostro de un cruel depredador. No era ningún tonto. Un hombre al que no le importaban las consecuencias de sus actos.

El soldado al fin dejó de hablar. Bruce asintió y le hizo seña de que se retirara; luego se volvió a Corbett.

—Bien, maese escribano inglés —habló lentamente—, ¿deseabais verme? ¿Por qué? —Bruce le miró más de cerca—. Os vi la otra noche —dijo— en el banquete del castillo. Estabais con ese enviado inglés de ojos fríos, Benstede, ¿no es cierto?

Corbett asintió y abrió la boca para hablar, pero Bruce hizo un gesto autoritario con la mano para que callara.

—No me gusta que la gente venga a verme sin anunciarse —explicó—. No soy ningún insignificante jefe que dispone de tiempo para charlar y chismorrear. Además, no me fío de los escribanos ingleses que van por ahí haciendo preguntas como si Escocia fuera otro condado inglés. Así que os lo preguntaré una vez más, maese escribano, ¿qué hacéis aquí?

—Mi señor —empezó a decir Corbett nervioso—, os presento los cumplidos y afectuosos saludos de mi amo, Roberto Burnell, canciller de Inglaterra y obispo de

Bath y Wells.

—Tonterías —espetó Bruce como respuesta—. Conocí a Burnell cuando estuve en Inglaterra. No me gustó y yo no le gusté a él. El paso de los años no ha hecho gran cosa para mejorar la situación. De modo que, maese escribano, ¿qué me decís?

Corbett sonrió.

—Veo que no puedo engañaros, señor. La verdad es que me enviaron a Escocia a descubrir qué sucedió, qué está sucediendo y qué podría suceder. —Miró con dureza a Bruce, reuniendo suficiente falsa sinceridad para ocultar sus mentiras—. Debéis comprenderlo, mi señor. Habéis servido con el rey Eduardo, conocéis cómo piensa.

—Sí —respondió Bruce—. Conozco su mente astuta. Es un león en la guerra pero una pantera en inconstancia y veleidad, cambiando su palabra y promesa, cubriéndose con una capa de charla agradable. Cuando se siente acorralado promete lo que uno quiere, pero en cuanto escapa, olvida su promesa. A la traición y la falsedad que emplea para promover su causa él las denomina prudencia, y el camino por el que alcanza sus fines, aunque torcido, él lo llama recto, todo lo que él dice es legal. —Bruce se interrumpió, respirando fuertemente con enojo para limpiarse la saliva de la boca. Corbett permaneció sentado en silencio. Bruce le miraba echando fuego por los ojos—. ¿Alguna vez habíais oído esto, maese escribano? —y se lanzó a recitar una poesía, citando una vieja profecía escocesa sobre Inglaterra—:

Eduardo de Inglaterra tiene tres leopardos:
Dejad que los escoceses los vean a todos,
Mientras dos están delante, cuya sonrisa podéis ver,
El que se haya detrás pelear puede.

Corbett sonrió tristemente. Bruce se encontraba ahora de un humor espantoso y era muy peligroso.

—Estoy seguro de que el verso contiene cierta verdad, mi señor —respondió—. Pero ¿qué puedo decir? Alejandro III de Escocia nos ha dejado como heredera una princesa noruega de tres años. En Inglaterra —se apresuró a decir Corbett— aún estamos confundidos por la muerte del rey.

—Tonterías —replicó Bruce—. El difunto rey era famoso por sus imprudentes viajes a caballo al anochecer para revolcarse con cualquier muchacha de más de doce años.

—En Inglaterra, señor —respondió Corbett con aspereza—, dicen que estaba bebido, pero aquella noche vos os hallabais presente en el Consejo. Como sois el principal par del reino, seguro que conocéis la verdad.

—Sí, me encontraba allí —afirmó Bruce—. El rey no estaba bebido.

—Quizás el rey estaba preocupado por el asunto del Consejo —insistió Corbett.

—¡Nada! —exclamó Bruce—. Nada de importancia. Me preguntaba por qué se convocó, solo para hablar de un barón de Galloway encarcelado en Inglaterra. Se

redactaron peticiones para su liberación. Solo Dios sabe por qué nos reunimos para eso. El rey llegó malhumorado, pero luego ocurrió algo. No sé qué fue, pero de pronto se mostró como un niño con un juguete nuevo. Estaba alegre, bebió copiosamente y dijo que partía para Kinghorn. Y se marchó. ¿Por qué lo preguntáis? Benstede se hallaba presente. Debe de habérselo contado. —Bruce se interrumpió y frunció los labios—. Bueno, Benstede se marchó mucho antes. Quizá no vio la partida del rey.

—¿Los enviados franceses estaban allí, mi señor?

—Sí, De Craon, adulator y afable, instando al rey a ir a Kinghorn «*pour l'amour*». ¡Estúpido bastardo! Como es de suponer, después lo negó todo. De modo que, maese escribano, nuestro rey está muerto y ¿a quién apoyará vuestro rey?

—Su alteza, el rey Eduardo —respondió Corbett despacio—, respetará los deseos de la comunidad de Escocia.

—Qué pena —murmuró Bruce, con voz tan baja que Corbett apenas le oyó—. Siempre pensé que si Alejandro moría sin heredero, Eduardo apoyaría a la casa de Bruce. —Se calló y miró a Corbett con dureza; luego prosiguió con voz suave, casi como si hablara para sí—: Luché en Tierra Santa por la Cruz, y en Inglaterra por Eduardo contra los rebeldes; he fundado monasterios, apoyado a la Santa Madre Iglesia para que Dios exaltara a mi familia. He visto a Alejandro ir con prostitutas, beber, obrar como un libertino y dar coba a vuestro Eduardo, y yo sabía que yo era un hombre mejor. En 1238 el padre de Alejandro III me prometió la corona, pero entonces se casó y engendró a Alejandro, el tercero que lleva ese nombre, y la copa me fue arrebatada de los labios. Luego Alejandro fue nombrado rey, sin heredero vivo y se casó con su amante francesa, codiciándola con lujuria y proclamando que engendraría un heredero. Bien —Bruce se interrumpió de pronto, recordando dónde estaba y con quién hablaba. Miró de modo apagado a Corbett—. ¡Marchaos, maese Corbett! —Agitó la mano—. ¡Marchad! ¡Ahora mismo!

Corbett dio un ligero codazo al boquiabierto Ranulfo, se puso en pie, hizo una inclinación de cabeza y, seguido por los partidarios de Bruce, salió de la habitación.

El séquito acompañó a Corbett y a Ranulfo hasta la salida de Leith y el camino hacia Edimburgo cuando ya anochecía. Intercambiaron insultos con Ranulfo y luego regresaron. Corbett exhaló un suspiro de alivio, dijo a Ranulfo que guardara sus preguntas para sí y, con la cabeza baja, cabalgó en silencio dándole vueltas a lo que Bruce le había dicho. Era un hombre airado y amargado, concluyó Corbett, que no sentía amor por el rey Alejandro. En verdad, tenía un buen motivo para beneficiarse de su muerte; sin embargo, razonó Corbett, él solo era uno entre muchos.

Era de noche cuando llegaron a las afueras de Edimburgo. Corbett se tranquilizó; en la vía pública reinaba un gran bullicio, y se produjo una gran confusión cuando un carro vacío volcó, encabritándose el caballo, de cuyo conductor no había señales. Corbett y Ranulfo, que avanzaban de frente, se detuvieron y contemplaron el caos. De pronto dos figuras que iban andando por delante de ellos se volvieron. Corbett les

vio y se irguió sobre el caballo. Percibió algo raro. Captó un destello de acero. Agarró las riendas del animal de Ranulfo y espoleó al suyo. Los dos hombres fueron arrollados mientras Corbett esquivaba el carro volcado y se alejaba galopando, pegado a su caballo y esperando que este mantuviera sus pezuñas sobre el tosco camino lleno de baches. En cuanto se hallaron entre las casas de Edimburgo, que tenían las contraventanas cerradas, Corbett redujo velocidad y se volvió para sonreír al pálido y aterrado Ranulfo.

—No me preguntes quiénes eran —dijo—. No lo sé. Tal vez incluso fueran amigos, pero he recordado el viejo dicho: «En una calle oscura y solitaria, uno jamás se tropieza con un amigo».

Ranulfo hizo un gesto de asentimiento y vomitó al instante, inclinándose por encima de la cabeza de su caballo mientras su estómago daba salida a su miedo. Corbett sonrió; unos minutos más tarde deseó no haberlo hecho, pues también él se encontraba mareado y aún temblaba cuando llegaron, sanos y salvos, a las puertas de la abadía.

Capítulo IX

A la mañana siguiente el prior llevó una carta a Corbett; era un simple nota que informaba de que Benstede había sido atacado por unos asaltantes desconocidos la mañana anterior y de que se hallaba a salvo, pero aconsejaba a Corbett que fuera de lo más cauto. Corbett juró en silencio que lo haría. Se lavó, se vistió y envió a Ranulfo al refectorio por pan, queso, un poco de fruta madura y algo de vino aguado. Después, se aseguró de que los hombres que le habían acompañado a Escocia se hallaban bien antes de enviar a Ranulfo a lavarle la ropa y a pasear por la abadía.

Corbett regresó a su celda, cerró la puerta con pestillo y sacó de una gran bolsa de cuero pergamino, piedra pómez, tintero, plumas, un largo y afilado cuchillo y una bola de lacre rojo. Desenrolló el pergamino, lo frotó con la piedra pómez y apartó los fragmentos soplando suavemente, hundió la pluma en el tintero y empezó a redactar una carta para Burnell. Tardó horas, y hasta media tarde no inició la redacción final.

Hugo Corbett, escribano de Roberto Burnell, obispo de Bath y Wells, canciller, saludos. He seguido alojado en la abadía de la Santa Cruz ocupado en el asunto que me fue asignado. Diré en primer lugar que abundan los rumores y chismes, muchas sombras pero hasta el momento muy poca sustancia. Las noticias que corren son que Alejandro III, rey de Escocia, murió de una caída accidental del promontorio de Kinghorn el 18 de marzo de 1286. El rey había convocado una reunión especial del Consejo para discutir el encarcelamiento de un barón de Galloway en Inglaterra. A la reunión asistieron los principales barones, tanto legos como eclesiásticos, del reino. El rey entró, hosco y reservado, pero su humor cambió rápidamente. El asunto del Consejo fue debatido con rapidez y luego se celebró un banquete, en el que el rey sorprendió a todos anunciando que tenía intención de reunirse con la reina en Kinghorn. Muchos le reconviniere pues una tempestad azotaba el lugar, era de noche y el viaje resultaría peligroso. El rey no hizo caso y partió, llevando consigo a dos escuderos, Patricio Seton y Tomás Erceldoun. Cabalgaron hasta Queensferry y persuadió al maese barquero, contra su prudente opinión, de que les cruzara el golfo de Forth hasta Inverkeithing. Llegaron sanos y salvos y allí se reunieron con el proveedor real de Kinghorn (también llamado Alejandro), que había llevado caballos a la playa para el grupo real; los animales incluían al favorito del rey, una yegua blanca llamada Tamesin que había dejado en Kinghorn para uso de la reina. El proveedor también intentó razonar con el rey pero fue inútil. Su alteza partió a galope. Uno de los escuderos, Seton (presunto amigo del rey), conocía bien los caminos y, en la oscuridad, de alguna manera adelantó al rey y llegó mucho

antes a Kinghorn Manor. Erceldoun tuvo peor suerte. No pudo controlar su caballo, que finalmente se desbocó y él y el proveedor real se quedaron bebiendo en Inverkeithing. Entretanto, el rey Alejandro llegó a lo alto del promontorio de Kinghorn donde jinete y montura cayeron por el acantilado y murieron.

A la mañana siguiente, un grupo de búsqueda encontró los cuerpos en la arena. El rey tenía el cuello partido, el rostro casi irreconocible, su cuerpo era una masa de magulladuras. El médico real vistió el cadáver para ser enterrado y este recibió sepultura once días más tarde en Jedburgo. Se fijó un Consejo de Regencia para supervisar los asuntos: la reina está encinta y si el embarazo no llega a buen fin, el Consejo se asegurará de que la corona de Escocia pase a la nieta de Alejandro III, la princesa Margarita de Noruega. Sin embargo, hay otros, notablemente los Bruce, que están más que dispuestos a reclamar el trono. El verdadero motivo de mi misión es la muerte de Alejandro y ahora puedo sacar ciertas conclusiones al respecto:

Primero: Alejandro III era famoso por salir a galopar por el campo tras alguna dama. No existe razón por la que debiera tratar a su nueva esposa de manera diferente.

Otrosí: La noche del 18 de marzo hubo una fuerte tormenta; Alejandro no estaba borracho pero había bebido mucho. Además, cabalgaba por un camino peligroso. Cabe señalar que habría podido tomar una ruta más segura, pero no era posible. Kinghorn se halla cerca de las aguas del golfo y la ruta más accesible es el sendero del acantilado. El rey habría podido viajar tierra adentro, pero se habría perdido en los agrestes páramos que ocultan pantanos y lodazales prestos a atrapar al viajero incauto. En consecuencia, Alejandro siguió la ruta de costumbre, aunque en circunstancias muy peligrosas. Pueden existir numerosas explicaciones a la muerte de Alejandro.

Otrosí: Fue un accidente. El caballo del rey, dadas todas las condiciones arriba citadas, pudo muy bien resbalar y caer por el acantilado, arrastrando consigo a su jinete.

Otrosí: Pudo producirse por negligencia. El proveedor, Alejandro, es un bebedor. Podía estar resentido por haber sido llamado en una noche oscura y tormentosa como aquella, no ensillar bien el caballo del rey y con ello causar el accidente en el promontorio de Kinghorn. No obstante, aunque fuera así, ¿por qué el accidente no acaeció antes? Y, ¿esta negligencia habría hecho caer al caballo y al jinete por el borde del acantilado?

Otrosí: ¿Alejandro III murió en el promontorio de Kinghorn o eso fue una astuta estratagema del rey? Alejandro III era conocido por su afición a los disfraces, máscaras y bromas. ¿Organizó su falsa muerte por alguna razón secreta? Reconozco que esto es una fantasía y que no existe ninguna prueba de ello. Además, el accidente ocurrió hace unos dos meses y nadie tiene

ningún motivo para refutar lo obvio: que el rey está muerto y yace enterrado en la abadía de Jedburgo.

Otrosí: El rey Alejandro III fue asesinado por una o varias personas desconocidas aunque por qué motivos y con qué medios todavía es un misterio. Varios factores inexplicables lo hacen posible.

Otrosí: ¿Por qué el rey abandonó Edimburgo en una noche como aquella para estar con su reina? Podía haber esperado a la mañana siguiente. Si era lujuria, había otras mujeres dispuestas y deseosas. Si era amor, ¿por qué la reina Yolanda se mostró tan calmada y no apesadumbrada por su muerte?

Otrosí: El rey llegó malhumorado a la reunión del Consejo, convocada por las razones más insignificantes, y luego, de pronto, su humor cambió, se mostró alegre, feliz como un novio en su noche de bodas. ¿Qué fue lo que causó este cambio de humor?

Otrosí: El aspecto más misterioso es que no existen pruebas de que cuando el rey entró en la reunión del Consejo tuviera intención de marcharse sino que decidió hacerlo allí y entonces. Sin embargo, ya se habían enviado mensajes a Kinghorn dando instrucciones de que el proveedor se encontrara en la playa con caballos preparados para el rey, horas antes de que el Consejo se reuniera. ¿Quién envió estas órdenes y cómo cruzaron el golfo?

Finalmente, están las profecías de la muerte inminente de Alejandro que circulaban semanas antes de que esta se produjera. ¿Cuáles eran las fuentes de estas predicciones? Si fue asesinato (y tengo escasos indicios de que lo fuera), entonces, mi señor, recordemos la pregunta de Cicerón. «Cui bono?» ¿Quién se beneficiaría de ella? ¿Bruce, amargado porque la corona le había sido arrebatada en 1238? ¿Estaba resentido con Alejandro y temeroso de que el rey pudiera engendrar un heredero con su nueva reina y perder con ello, por segunda vez, la oportunidad de presentar las reclamaciones de su propia casa?

¿Yolanda, su reina, que ni siquiera se molestó en reconocer el cadáver de su esposo muerto y se mantiene encerrada en Kinghorn, alegando que está encinta? Ella sabía que su esposo iba a ir aquella noche pero, al ver que no llegaba, no se tomó la molestia siquiera de enviar a un grupo en su búsqueda.

Patricio Seton, el escudero y criado personal del rey. Le amaba como un hombre ama a una mujer. Estaba celoso de Yolanda y era la única persona que se encontraba con el rey cuando este murió. Me pregunto si el alocado galopar del rey en aquella noche de tormenta le trastornó y por tanto provocó su muerte tras un ataque de corazón. No entiendo por qué, después de llegar a Kinghorn, se negó a esperar despierto a su amo y no fue en busca del rey. ¿Sabía ya que su amo estaba muerto?

También los franceses obtenían una gran ventaja con la muerte de Alejandro. Su nuevo rey, Felipe IV, está dedicando todas sus energías y todos sus recursos a formar alianzas en Europa. Alejandro, Dios sabe por qué razón,

siempre las despreció; ahora que ha muerto, Felipe puede tejer nuevas redes, conseguir un aliado con un cuchillo en la espalda de Inglaterra. Tal vez también esperaba, y aún espera, que nuestro señor feudal, el rey Eduardo, se vea arrastrado a los asuntos escoceses y con ello desvíe recursos que Inglaterra podría haber utilizado para proteger sus posesiones en Gascuña.

También está nuestro astuto y reservado padre en Cristo, el obispo Wishart. Consejero íntimo del fallecido rey, ahora ostenta el poder debido a la muerte de este. ¿Por qué fue (pues tuvo que ser él) tan rápido en enviar hombres a caballo la mañana del 19 de marzo para comprobar que el rey se encontraba a salvo? ¿Ya sabía que había ocurrido algo? Lamentablemente, no puedo interrogarle y tampoco he podido interrogar, hasta ahora, a ninguno de los hombres a los que envié y que descubrieron el cuerpo del rey.

Desde luego, y vacilo al plantear el tema, los ingleses podrían haber ordenado la muerte de Alejandro III, pero ¿qué ventaja obtenían? Hay otros y mejores sospechosos. Eduardo está comprometido con Francia y no veo qué beneficio le reportaría la muerte de un aliado.

Otros problemas oscurecen el tema; quienquiera que matara a Alejandro sin duda cogió la barca antes, cruzó el golfo de Forth, sabía la ruta que el rey iba a tomar, llevó a cabo su plan y huyó, esperando que los compañeros del rey no lo descubrieran. ¿Y todo esto en la negrura de la noche? Dios sabe que descartaría el asunto por fantasioso y aceptaría que el rey murió de una caída accidental de su caballo salvo por lo que encontré: unos pequeños jirones pegados a un espino del promontorio de Kinghorn que proclaman «Asesinato». Aunque haya respuesta a esta cuestión, otras aún martillean en mi cabeza. Solo pueden resolverse con gran peligro para mí y por tanto os ruego, mi señor, que ordenéis mi retirada de este país pues Satán anda por aquí. Esto es una olla hirviendo que pronto se desbordará, escaldando y quemando a todos los que se encuentren cerca. Mi vida y la de Benstede están amenazadas por Dios sabe quién, pues la gente cree que estamos aquí en una misión secreta relacionada con la sucesión al trono escocés. Os ruego que lo tengáis en cuenta. Que Dios os guarde. Escrito el 18 de junio de 1286 en la abadía de la Santa Cruz.

Corbett examinó la carta que había escrito. Se hizo de noche y el escribano dejó el informe a un lado y se tumbó en la cama para reflexionar sobre su contenido. Tenía que haber, pensó, alguna clave, alguna rendija en este misterio que pudiera utilizar para obtener una respuesta. Recordó el viejo adagio de sus estudios: «Si existe un problema también ha de existir una solución lógica. Encontrarla solo es cuestión de tiempo». Si es que la encuentras, añadió Corbett amargamente para sí. Se sentía como si participara en alguna mascarada real, una diversión, una obra de teatro en la que él era una de las máscaras, haciendo patochadas en la oscuridad para un público que reía

en silencio y que siempre permanecía en las sombras. Apresuradas cabalgadas a medianoche por los acantilados azotados por el viento, un rey que cae en la oscuridad, profecías de desastre... Corbett reconsideró las profecías. Sin duda, si lograba encontrar su origen averiguaría mucho más. Si las profecías eran inocentes, ¿quién era responsable y, lo que era más importante, quién aseguraba que otras personas las conocían? Corbett trató de desenrollar el ovillo de información que había recogido. ¿Alguien había nombrado al Profeta? ¿Alguien llamado Tomás? Tomás el Poeta, Tomás de Learmouth. Corbett bajó las piernas de la cama y con una yesca encendió las tres grandes velas de la habitación, cogió la carta de Burnell y la lacró. Decidió que la enviaría tal como la había escrito mientras él se ocupaba de otros asuntos.

Las campanas de la abadía llamaron a Vísperas, pero Corbett esperó hasta que oyó a los monjes regresar de la capilla para ir a reunirse con Ranulfo en el encalado refectorio. Una sencilla comida a base de pan, sopa y vino aguado fue servida mientras uno de los hermanos leía las Escrituras. Corbett permaneció impaciente durante toda la colación, siendo su único consuelo la divertida visión del rostro de Ranulfo tomando su sencilla comida en aquel ambiente santificado. Cuando terminaron de comer y se hubo entonado la acción de gracias, Corbett susurró a Ranulfo que regresara a sus aposentos mientras él iba en busca del prior para mantener una entrevista con él. El prior accedió e invitó a Corbett a pasear con él en el silencioso y sombreado claustro, aprovechando las primeras suaves brisas de principios de verano. Durante un rato caminaron en silencio antes de que Corbett comenzara a preguntar al prior por su vocación de seguir la vida monástica, disfrutando con las respuestas sardónicas y sorprendido al descubrir que el prior era pariente lejano de Roberto Bruce y un entusiasta herbolario, interesado por la medicina y que sentía pasión por la elaboración de sencillas pociones y curas. Corbett poco a poco fue desviando la conversación hacia el difunto rey y le sorprendió la explosión que produjo.

—Un buen gobernador, fuerte —comentó el prior—, pero como hombre, bueno... —No terminó la frase, dejando que el silencio solo fuera quebrado por el ruido de sus sandalias al pisar el suelo de piedra.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Corbett.

—Quiero decir —respondió acalorado el prior— que era lujurioso y no cumplía con sus deberes. Durante diez, once años fue viudo y tuvo muchas oportunidades de casarse y engendrar un hijo. En lugar de ello, cedió a su lujuria, se casó tarde y luego murió persiguiendo esa lujuria, dejando Escocia sin heredero.

Corbett observó que la amarga ira que se ocultaba en lo más hondo del prior estaba a punto de derramarse y, discreto, permaneció callado.

—Incluso aquí —prosiguió el prior—, en la abadía de la Santa Cruz, persiguió la lujuria. Una joven noble, una viuda de viaje hacia la tumba de su difunto esposo, pero el rey llegó y la vio. La persiguió, llenándola de regalos, joyas y ropa cara. Luego la

sedujo, no en su castillo o en una de sus mansiones, sino aquí, desafiando abiertamente sus votos y los nuestros. Le reconvine, pero él se limitó a reírse en mis narices. —El prior hizo una pausa—. Tuvo un final muy justo para él —comentó—. Que Dios se apiade de su alma. Yo debía asistir a esa reunión del Consejo —añadió más a la ligera—, pero estaba ocupado y envié mis excusas. Quién sabe, quizá yo habría podido imponerme. —Quedó en silencio y Corbett, mirándole de reojo, advirtió, incluso en aquella penumbra, lo tenso que el prior se había puesto y lo resentido que parecía.

—Padre —dijo Corbett con cautela—, ¿decís que el rey casi provocó su propia muerte?

El prior frunció los labios y asintió.

—Entonces —prosiguió Corbett—, ¿hay alguien más que piense eso? Quiero decir, ¿sería este el origen de las muchas profecías de que algún daño acaecería al rey?

El prior se encogió de hombros y siguió andando, apoyando suavemente la mano en el brazo de Corbett.

—Sí —respondió—. La gente creía que el rey actuaba de un modo temerario pero había otras profecías, no solo especulaciones piadosas. Estas las pronunció esa extraña criatura, Tomás el Poeta, o Tomás de Learmouth.

—¿Por qué extraña?

—De aspecto y de manera de actuar. Siempre está proclamando sus versos de cuatro líneas que predicen el futuro de los individuos o incluso de familias enteras. Un hombre extraño con un pasado misterioso. ¡Corren rumores de que desapareció nueve años en el país de los elfos!

—¿Podría conocerle? —preguntó Corbett bruscamente—. ¿Es posible?

El prior se volvió y sonrió levemente.

—Me preguntaba por qué queríais hablar conmigo. Tomás es un terrateniente menor; posee tierras cerca de Earlston, en Roxburghshire. Le conozco; incluso le he protegido en varias ocasiones contra los ataques difamatorios de compañeros sacerdotes. —Se paró y puso una mano sobre el hombro de Corbett—. Le escribiré y veré lo que puedo hacer. Pero tened cuidado, Hugo, ¡mucho cuidado!

Capítulo X

A la mañana siguiente, el prior, cumpliendo su palabra, envió un correo a Tomás de Learmouth mientras Corbett despachaba a un miembro de su séquito con su carta para Burnell. Corbett había sido acompañado al norte por cuatro mensajeros, elegidos por el canciller entre su propio personal. Habían permanecido en la abadía sin nada que hacer, ayudando en tareas administrativas para contribuir a su sustento; ahora, uno de ellos se alegró de tener que llevar la carta al sur con las instrucciones de Corbett frescas en sus oídos. Después, Corbett solo tenía que esperar, complacido de poder descansar y permanecer en el monasterio, donde se sentía seguro y a salvo. Examinó una y otra vez el borrador del informe que había enviado a Burnell, repasando toda la información que había reunido desde que había llegado a Escocia. Cuanto más analizaba los sucesos que rodeaban la muerte del rey Alejandro, más seguro estaba de que este había sido asesinado. Pero ¿quién lo había hecho? ¿Y cómo? Corbett se sentía cercado por la pura frustración de la tarea que se le había asignado. Dio a Ranulfo una breve descripción de lo que había sucedido, pero su criado, con un fuerte sentido de la supervivencia, inmediatamente trató de vincular los sucesos con los hombres que habían intentado atacarles en el camino de regreso de Leith. Ranulfo creía que los franceses eran los responsables; al principio Corbett estuvo de acuerdo, pero luego preguntó por qué habían esperado tanto tiempo y en privado sacó la conclusión de que los atacantes formaban parte del séquito de Bruce.

Transcurrieron los días, los monjes celebraron la Fiesta de San Juan, el día de la decapitación de san Juan Bautista. Corbett asistió a la solemne misa mayor en la iglesia de la abadía y observó a los celebrantes, con sus túnicas color rojo sangre y dorado, que se movían como figuras en un sueño entre las constantes vaharadas de oloroso incienso. El cántico melodioso de los monjes entonando el salmo agradaba a los oídos de Corbett: «*Exsurge Domine, Exsurge et vindica causam meam*». («Levántate, Oh Señor, levántate y juzga mi causa»). Corbett cerró los ojos y elevó su propia oración, enviándola al vacío. ¿A Dios realmente le importaba que el ungido por el Señor, bendecido con los óleos reales en manos, pies y frente, el descendiente de santa Margarita con la sangre de Eduardo el Confesor en sus venas hubiera sido destruido, humillado, asesinado, arrojado por el borde de un acantilado como una hoja seca arrastrada por el viento? Corbett se dio cuenta de los peligros de lo que estaba sucediendo; se estaba obsesionando con este asunto como hacía con cualquier cosa que no pudiera resolver, racionalizar, ordenar en claras columnas. Debía hacer algún progreso, pensó, imponer un poco de orden en el caso con el que se enfrentaba o Burnell no tendría que ordenar su partida de Escocia. Se marcharía espontáneamente y aceptaría las consecuencias.

Corbett se sintió aliviado, por tanto, cuando cinco días después de su partida el correo del prior regresó con un mensaje oral. «Tomás de Learmouth tendría mucho gusto en recibir a Hugo Corbett, escribano de la real cancillería de Inglaterra».

—Ah —añadió el prior casi como si se hubiera olvidado de ello—, el correo también ha traído un mensaje personal de Tomás.

—¿A qué os referís? —preguntó Corbett—. ¡No nos hemos visto nunca y no sabemos nada el uno del otro!

El prior se encogió de hombros.

—No era gran cosa, solo: «Decidle a Hugo que el dolor que le causó Alicia desaparecerá con el tiempo». —El prior escrutó el rostro sorprendido de Corbett—. ¿Qué significa, Hugo? ¿Quién es Alicia?

Corbett meneó la cabeza y se alejó. Pensaba en Alicia, la hermosa Alicia atte Bowe, cabecilla de un aquelarre de Londres que había conspirado contra el rey. Él, Corbett, había destruido la conspiración y enviado a Alicia a la hoguera en Smithfield. La sola mención de su nombre reavivaba antiguos dolores; hasta mucho más tarde no empezó a preguntarse cómo sabía Tomás lo de Alicia atte Bowe.

Al día siguiente, con un hermano lego como guía, Corbett y Ranulfo partieron de la abadía y viajaron hacia el sur. El tiempo había cambiado; el verano, con su gloriosa profusión de colores, había transformado la tierra por la que Corbett había viajado unas semanas antes. Un cielo azul con blancas nubes como encajes, verdes brezales y praderas con pinceladas de azul, las colinas salpicadas de flores silvestres multicolores y de diferentes tonos. Era un paisaje salvaje, con empinadas colinas y mesetas herbosas quebradas por rocas grises como el acero y rápidos y espumosos ríos que se derramaban por la ladera. El hermano lego, un alma simple, conocía el nombre de las flores, las diferentes variedades de brezo y los pájaros que revoloteaban en lo alto; también enseñó a Ranulfo una canción en escocés acerca de los peligros de una muchachita sola en los brezales con un joven galán. La canción y las risas de ambos eran tan contagiosas que Corbett se unió a ellos. Viajaron durante dos días y al tercero penetraron en el valle de Lauderdale. El hermano lego señaló abajo la torre redonda cubierta de hiedra, el centro de un pequeño castillo arrimado a la orilla del río Lauder.

—El castillo de Tomás el Poeta —anunció—. Vamos. Bajemos.

Cuando se aproximaban, Corbett se dio cuenta de que las fortificaciones de Earlston eran una torre cuadrada de proporciones agradables dentro de una empalizada que Corbett había visto en muchas ocasiones en sus viajes a Escocia. Se hallaba rodeado por un foso que se salvaba a través de un frágil puente que ellos cruzaron lo más deprisa que pudieron para penetrar en un polvoriento patio. Este era pequeño y en él había un pozo profundo, un establo, una vaquería y almacenes; estos últimos no eran más que construcciones de madera enlucidas con arcilla. Un mozo de cuadras corrió hacia ellos para sujetarles los caballos mientras otro partía para comunicar su llegada a *sir* Tomás. Corbett desmontó y miró alrededor, observando que la torre no era tan vulnerable como parecía a primera vista: unas estrechas rendijas horadaban los muros y un matacán sobresalía del parapeto justo encima de la puerta de la torre desde donde los defensores podían lanzar piedras o aceite hirviendo

a cualquier atacante.

Corbett iba a seguir investigando cuando oyó la voz aterrada de Ranulfo.

—¡Maese Corbett! ¡Maese Corbett! ¡Venid enseguida! ¡Es *sir* Tomás!

Corbett se dio la vuelta y vio a un hombre alto y flaco, con el pelo blanco y vestido con una túnica negra, de pie frente a sus caballos. Corbett avanzó con grandes pasos y la figura se volvió para saludarle. Corbett se detuvo, sorprendido.

—¿*Sir* Tomás? —preguntó.

—Sí, Hugo, soy *sir* Tomás de Learmouth.

Corbett le miró fijamente. El hombre tenía el pelo blanco, igual que la piel, pero sus ojos y labios eran de un vivo color rosa; en realidad, los ojos eran azules pero bordeados de rosa y, lo que era más extraño aún, carecían de pestañas. Corbett recordó que había oído hablar de este tipo de hombre, un «Albus», un hombre todo blanco o albino. Procuró ocultar su asombro, pero *sir* Tomás estaba al borde de la risa.

—Vamos, Hugo, decid que estáis sorprendido. Como casi todo el mundo. ¿Resultado extraño? ¿Diferente? —Su voz era clara, baja y agradable.

Corbett sonrió; un galés le había contado en una ocasión que cada persona posee un aura que la rodea, sea buena o mala, que los demás perciben. Si era así, *sir* Tomás exudaba amistad y buena voluntad.

—«¿Qué importa la cara o la cabeza? —recitó—, es el corazón lo que cuenta».

—¿Os gusta la poesía, maese Corbett?

—La disfruto cuando puedo.

—Bien —respondió *sir* Tomás—. Sabíamos que veníais —añadió, para producir efecto, y se rio de la cara embobada de Ranulfo—. No es que tenga el don de la profecía —alzó un dedo—. Os he visto desde lo alto de la torre. Vamos. La comida está a punto.

Penetraron en la oscura y fresca torre, cruzaron suelos de piedra y subieron por una estrecha y retorcida escalera hasta el comedor. Una sombría estancia de piedra, con las paredes adornadas con colgaduras de terciopelo verde mientras que en el centro se hallaba una mesa pulida con bancos a ambos lados. Al fondo había una estrecha puerta que, según anunció Tomás, conducía a la cocina. Por ella apareció una mujer menuda, morena y sonriente. Tomás la rodeó por los hombros y la presentó como su esposa Bethoe, quien amablemente les dio la bienvenida en un murmullo. Les invitó a sentarse y trajo una bandeja con vino, copas y un plato de galletas. Comieron, hablando del viaje y de los chismes de la corte hasta que Tomás pidió a Bethoe que acompañara a Ranulfo y al hermano lego a sus aposentos. Una vez se hubieron ido, se volvió a Corbett y clavó en él sus terribles ojos.

—Bien, maese Corbett, ¿qué quiere de mí un escribano inglés?

Corbett dejó la copa ante sí antes de responder.

—Su alteza Alejandro III, murió, como sabéis, de una caída en el promontorio de Kinghorn. Vos profetizasteis su muerte. —Tomás asintió—. ¿Cómo lo supisteis? —

preguntó Corbett.

—Lo vi —respondió Tomás, llevándose los dedos a la frente—. Vi imágenes cuando miré dentro del agua.

—¿Qué agua? —espetó Corbett.

—La gente pequeña, oscura. —Tomás sonrió—. Algunos los llaman hadas, duendes. Los romanos los llamaban «picti» o pictos, los «seres pintados». —Sonrió, exhibiendo su dentadura blanca y regular—. Las historias son ciertas. Viví con ellos, no nueve años, sino un tiempo. Son proscritos. Yo también, y compartimos el mismo don de ver el futuro.

Corbett suspiró y meneó la cabeza con incredulidad. Tomás se volvió y señaló una mosca que se arrastraba en un extremo de la mesa.

—Mirad esa mosca; lo único que puede sentir, lo único que puede ver es la mesa. ¿Se le puede acusar de creer que las únicas cosas que existen son ella y la mesa? Eso mismo ocurre con nosotros, maese Corbett. ¡Solo creemos lo que vemos y tocamos!

—He oído una filosofía similar enunciada por los escolásticos —terció Corbett—, pero ¿ver el futuro?

Tomás se puso en pie e hizo señas a Corbett para que se acercara a una de las ventanas y señaló el sinuoso río Lauder.

—Mirad, maese Corbett, desde aquí tenemos todo el río a la vista, pero si nos halláramos en él en un bote, ¿qué veríamos? Un poco por delante, un poco por detrás y las orillas a ambos lados. Eso mismo ocurre con el tiempo. ¡Es una simple cuestión de dónde se halla uno!

Corbett se apartó y cogió la copa, probando el rico sabor del vino de Burdeos.

—Bien, ¿dónde estáis para ver el futuro, para ver la muerte de los reyes?

—A veces simplemente lo sé —suspiró Tomás—. Pero la muerte de Alejandro la vi en el agua, en el reflejo del cuenco.

—No entiendo. ¿Qué visteis? —preguntó Corbett perplejo.

—Al rey y un caballo que caían en la noche —respondió Tomás.

—¿Eso es todo?

—¡Eso es todo! ¿Por qué debería haber más? —preguntó a su vez Tomás.

—Pero —protestó Corbett— profetizasteis el día exacto.

—No, eso no —replicó Tomás—. Dije francamente al rey que el Día del Juicio se hallaba cerca. Después del suceso fue cuando la gente señaló un día exacto. —Tomás miró a Corbett con aire interrogador—. Vos creéis que el rey fue asesinado, ¿no es cierto?

El escribano hizo un gesto de asentimiento.

—Sí —admitió tristemente—. Creo que fue asesinado, pero cómo y por qué y quién lo hizo no lo sé. ¡Tal vez vos podáis decírmelo!

Tomás soltó una leve risa.

—No, yo solo veo imágenes, no sus muchas causas o qué sucede debido a ellas. Pero —prosiguió, serio— veo peligro para vos y también siento lástima, ya que

habéis recorrido un largo camino para nada. —Se acercó a Corbett y le puso una mano en el hombro—. Debéis descubrir la verdad, maese Corbett. Sí, le hablé al rey de inminente peligro pero, dado el modo en que recorría el reino en plena noche, incluso el bufón de la corte habría podido advertirle con igual exactitud. —Tomás se volvió y miró por la ventana—. Como habéis llegado tan lejos, Hugo, mañana os llevaré a ver a los hombres pintados, la gente pequeña, las hadas, los duendes, pictos o como queráis llamarlos. —Tomás miró a Corbett—. ¿Vendréis? —Corbett asintió—. ¡Bien! —exclamó Tomás, y entrelazó las manos—. ¡Vamos a comer!

A la mañana siguiente, tarde, Corbett y Tomás salieron de Earlston y se dirigieron por el sudoeste hacia el gran bosque de Ettrick. Ranulfo y el hermano lego permanecieron en el castillo pues Tomás explicó que los pictos eran unos seres muy reservados, hostiles a las razas que les habían hecho marchar de sus tierras y por ello no aceptaban de buen grado a los extraños. Mientras cabalgaban, Tomás contó más cosas de los pictos a Corbett; le dijo que en otro tiempo habían gobernado Escocia, efectuando incluso incursiones al otro lado de la muralla romana, hacia el sur, para saquear las colonias de Roma.

—Su cultura —explicó Tomás— es antigua. Salieron de la oscuridad y la adoraban, llamando a la tierra su Diosa Madre. Construyeron sus grandes fortalezas en lugares elevados, cercos de rocas que encerraban patios y pequeñas casas de madera.

Corbett y Tomás cabalgaban ahora por terreno de praderas y el poeta señaló tres colinas, que se destacaban en negro contra el cielo azul del estío.

—Los montes Eldon —anunció—. Donde los pictos tenían su propio fuerte. Allí les encontré por primera vez, un pequeño grupo de caza. Curé las heridas de uno de sus hombres y me llevaron con ellos al gran bosque de Ettrick. —Tomás sonrió—. Debido a ello, los supersticiosos dicen que me reuní con las hadas y que viví con ellas nueve años. Muy pocas personas —concluyó— han visto a los pictos, y debido a su colorido, su tamaño y su manera silenciosa de actuar, es fácil entender por qué se les llama duendecillos o elfos.

Corbett escuchaba, fascinado por las leyendas sobre esa gente desconocida. Había oído historias similares entre los galeses y le habló de ellas a Tomás. La conversación giró entonces en torno a las leyendas del rey Arturo y Tomás habló del poema épico que estaba escribiendo, «*Sir Tristram*», y pidió a Corbett que le contara todas las noticias que tuviera de Gales.

Capítulo XI

Pasaron aquella noche en el monasterio cisterciense de Melrose y prosiguieron su viaje a la mañana siguiente. El paisaje rural se hizo más desierto, las alquerías y aldeas más escasas a medida que se aproximaban a la gran masa de árboles que se veía en el horizonte lejano y que Corbett sabía que debía de ser el gran bosque de Ettrick. Llegaron cerca de los árboles y Corbett sintió que penetraba en un mundo diferente. Al principio se estaba fresco y lo que les rodeaba era hermoso, los rayos del sol se filtraban entre los árboles y brillaban en las aulagas y el brezo como la luz que penetra a través de los vidrios de color de las ventanas de una catedral. Después se hizo más oscuro, a medida que el bosque se espesaba y les cercaba mientras Tomás guiaba a los caballos por algún sendero secreto que solo él conocía. El canto de los pájaros, tan claro en el borde del bosque, ahora no se oía. Criaturas de pequeño tamaño se movían y agitaban entre la maleza, y los misteriosos crujidos y susurros que producían parecían más ominosos en el verde y frío silencio del bosque. Un oso, con grandes colmillos y ojos colorados, apareció de pronto entre los arbustos y Corbett dio un brinco, asustado, mientras el animal se alejaba entre los árboles. En silencio siguieron avanzando, incluso Tomás estaba callado; la tensión se hizo opresiva, quebrada de vez en cuando por la llamada de algún pájaro.

Corbett acercó su caballo a Tomás.

—¿Vamos por el buen camino? —preguntó ansioso en un susurro.

Tomás hizo un gesto de asentimiento.

—Esperad —murmuró—, os mostraré algo.

Siguieron cabalgando y Tomás señaló un haya de color cobrizo. Corbett miró más de cerca y vio una V y una medialuna marcadas en el árbol.

—Vamos por el buen camino —dijo Tomás— y pronto llegaremos.

Corbett iba detrás, observando que el mismo símbolo aparecía en otros árboles junto a los que pasaban. Luego, en el silencio se oyó con nitidez el bajo gorjeo de un pájaro. Tomás se detuvo e hizo una señal a Corbett para que hiciera lo mismo.

—No os mováis —susurró.

Volvieron a oír el silbido, esta vez más fuerte, casi amenazador, y Tomás, frunciendo los labios, devolvió la llamada, alzando las manos como un sacerdote al dar la bendición. Volvió a oírse el silbido, claro y sencillo, y de pronto cesó. Corbett miró hacia la verde oscuridad, aguzando la vista para ver cualquier movimiento, y estuvo a punto de gritar de terror cuando una mano le tocó la pierna. Bajó la mirada y vio a un hombre, menudo y moreno, con el pelo negro hasta los hombros, que le miraba fijamente. Corbett miró instintivamente alrededor y vio a otros. Hombres morenos y de baja estatura, que le llegaban a la altura del pecho, vestidos con justillos y polainas de piel. Algunos vestían capa cerrada en el cuello con enormes broches. Todos iban armados con lanzas, arcos cortos y pequeñas dagas metidas en los cinturones. Miraron impassibles a Corbett mientras su cabecilla hablaba con Tomás en

una lengua que Corbett no conocía aunque sonaba como el canto de los pájaros, agudo, chasqueante y rápido. El jefe dejó de hablar e hizo una inclinación de cabeza a Corbett, quien percibió que el grupo que le rodeaba de pronto se relajaba. El cabecilla cogió la brida del caballo de Tomás, otro cogió la del de Corbett y se adentraron más en el bosque.

Corbett esperaba que la aldea picta estaría oculta, pero, inesperadamente, el bosque se hizo menos denso, la luz del sol relució y luego se derramó sobre ellos cuando bruscamente salieron del dosel formado por los árboles y penetraron en un amplio claro. Al fondo sobresalía una enorme formación rocosa y, más abajo, discurría en silencio un riachuelo que se retorció siguiendo sus sinuosas orillas. Las casas estaban diseminadas y eran de madera con el techo de paja y un pequeño porche; era una escena similar a muchas que Corbett había visto en otros sitios excepto porque sus habitantes eran de corta estatura y oscuros, con una mirada recelosa y movimientos silenciosos.

—¡Vamos, Corbett! —llamó Tomás—. Estamos entre amigos.

—Hablan una lengua extraña —dijo Corbett—. ¡Y se mueven con tanto sigilo!

Tomás miró alrededor y asintió.

—En otro tiempo eran un pueblo orgulloso y gobernaban la mayor parte de Escocia, pero los celtas, los anglos, los sajones y los normandos les expulsaron de sus tierras y les obligaron a vivir en las oscuras extensiones de los bosques. Apenas se atreven a salir y no aceptan fácilmente a los extranjeros.

—¿Y si me encontrara con ellos estando solo? —preguntó Corbett.

Tomás sonrió.

—¿Al aire libre? Pasarían por vuestro lado sin que os enterarais. No les veríais aquí en el bosque. Si les hirierais u ofendierais —Tomás se volvió y señaló una imagen esculpida en el saliente rocoso, una mujer con generosos muslos y enormes senos—, os meterían en una cesta de mimbre y os quemarían vivo, como ofrenda a su Diosa Madre. —Vio que Corbett fruncía el ceño y añadió—: Vamos, Hugo, decidme lo que sucede en vuestro Smithfield.

Corbett le miró fijamente y luego desvió la mirada, rota la tensión entre ellos por el jefe de los pictos, que cogió a Tomás de la mano, como un padre a un hijo, y lo condujo a la casa más grande, haciendo señas a Corbett para que les siguiera.

El interior era oscuro y fresco, y olía débilmente a hierba y brezo aplastados. En el centro ardía una fogata en un anillo de piedras, cuyo humo ascendía hacia un agujero practicado en el techo. Corbett se estremeció cuando miró más de cerca y vio cráneos humanos alojados en los travesaños. Un anciano, envuelto en una túnica, se hallaba sentado ante el fuego; levantó la mirada cuando Corbett y Tomás se sentaron en cuclillas ante él al otro lado de las piedras y les miró con ojos legañosos, separando los labios para formar una sonrisa que dejó al descubierto una boca sin dientes y babeante. Tenía el rostro tan oscuro que le recordó a Corbett un mono que había visto en una ocasión en la real casa de fieras de la Torre de Londres. Les

llevaron cerveza de cebada y tortas de avena. Comieron en silencio; Corbett era consciente de que el anciano les miraba fijamente así como el jefe que se había reunido con ellos en el bosque. Cuando hubieron comido, apagaron el fuego y colocaron unas ramas sobre las piedras. Sobre estas depositaron un enorme cuenco colgante, hecho de cobre batido con el borde decorado con pájaros que picoteaban unos círculos ornamentales, cabezas de perros y una variedad de animales, todo realizado con atenta y exquisita destreza. El cuenco estaba lleno de agua y el anciano, entonando un suave cántico para sí, vertió en él unos polvos que sacó de unas pequeñas bolsas de cuero. El cabecilla se levantó y entregó una copa a Corbett y, mediante señas, le instó a beber la cremosa leche de cabra salpicada con algo ácido que le quemó la boca y la garganta.

El anciano siguió con su cántico y de pronto Corbett se sintió más relajado. Las arrugas y pliegues del rostro marchito del anciano desaparecieron, los ojos se hicieron más firmes, de un claro azul en su mirada fija como si estuviera en trance. Corbett desvió la mirada y la paseó alrededor; la habitación se había hecho más grande; se volvió y, como a través de una neblina, vio a Tomás que le sonreía.

—Mirad en el cuenco, Hugo, ¡a ver qué percibís!

Corbett miró en el agua. En ella apareció un rostro, nítido y vivo; contempló el dulce rostro redondeado de su esposa muerta tiempo atrás. Corbett quiso tocar el agua, pero alguien le cogió la mano. Luego apareció su hijo, y después otras personas que habían muerto. Vio a Alicia, con su larga cabellera negra enmarcándole el bello rostro, y otras imágenes, claras y de colores vivos. Corbett se olvidó de los que le rodeaban, tan atento estaba contemplando el agua.

—Su alteza el rey —murmuró—. ¡Kingshorn!

El agua se aclaró y apareció otra imagen: un caballo y un jinete que caían lentamente del borde de las rocas. El caballo era blanco, el jinete llevaba capa, pero su pelo rojo sobresalía en la oscuridad mientras caía con la boca abierta y los ojos fijos en el negro vacío.

Corbett sintió un gusto amargo en la boca e hizo un esfuerzo por reafirmarse, imponer orden en el caos que le rodeaba. Levantó la vista; el viejo rostro marchito había desaparecido y en su lugar se hallaba un joven con los ojos aguzados y el pelo negro que le llegaba a los hombros. Corbett le miró.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Me llamo Oscuridad —respondió el hombre con voz baja, agradable y perfectamente comprensible.

Corbett le miró a los ojos y percibió algo perverso; fuera lo que fuese lo que Tomás dijera, allí había malevolencia. Aquellos seres pequeños y oscuros no eran simplemente hombres de una tribu primitiva sino que poseían algo viejo, antiguo y malo. Corbett trató de nuevo de reafirmarse. Lógica. Razón. Eran necesarias. Su misión, pensó con impaciencia; Burnell estaría esperando. Había problemas pero no soluciones. Pensó en Cicerón.

—*Cui bono?* —preguntó—. ¿Quién se beneficia de la muerte del rey?

—Mirad el cuenco, escribano —la voz era más profunda, casi como un chasquido, como si el que hablaba percibiera el conflicto interior de Corbett.

Corbett volvió a mirar en el agua clara. Apareció una criatura, un león, rojo y enorme, avanzando por las estrechas y tortuosas calles de Edimburgo, cruzando ríos de sangre que brotaban del castillo. El león se volvió, babeante, los ojos brillantes de furia, y Corbett dio un brinco cuando vio que se aproximaba a él, el vientre encogido, sacudiendo la cola, las patas traseras tensas, y entonces dio un salto. Corbett levantó la vista y trató de ponerse en pie, los cráneos del travesaño de la casa abrieron la boca y prorrumpieron en carcajadas. Vio a De Craon sentado en aquella sucia y miserable cervecería. Aaron, el hombre de Benstede, le miraba ferozmente a través de la multitud en el banquete celebrado en el castillo mientras Benstede le miraba con aire de reproche. Corbett sabía que tenía que marcharse, pero la habitación giraba en torno a él y, agradecido, cayó en la creciente negrura.

Cuando despertó, se encontró tumbado en el césped. Parpadeó y se desperezó; se sentía relajado y feliz tras una buena noche de sueño, aunque notaba cierto amargor en la garganta. Recordó la choza, el cuenco de agua y las terribles visiones que había tenido aquella noche. Se incorporó y miró alrededor; se hallaba en un prado y los caballos estaban atados. Tomás estaba sentado, mirándole pensativo con una brizna de hierba entre los dientes. Corbett se volvió y vio el extremo del bosque detrás de ellos.

—¿Os encontráis bien, Hugo? —preguntó Tomás.

Corbett hizo un gesto de asentimiento.

—¿Pero dónde estamos? ¡La aldea! ¡El bosque! ¿Dónde nos hallamos? —preguntó Corbett perplejo.

—Los dejamos —respondió Tomás—. Eso fue ayer. Habéis dormido toda la noche. Esta mañana os he puesto sobre vuestro caballo y nos hemos ido.

Corbett hizo un gesto de asentimiento, se levantó y se alejó, vació su vejiga y se acercó a un arroyo próximo para lavarse las manos y la cara en la fresca y limpia agua. Ambos hombres se ocuparon de los caballos y comieron las galletas insípidas que Tomás había llevado consigo. Corbett, recordando todo lo que había visto la noche anterior, contempló a Tomás con más cautela: el mal que había experimentado en aquella cabaña no era para tomárselo a la ligera. ¿Qué había descubierto?, se preguntó. Había algo, insignificante pero importante. Sabía que el león rojo representaba la casa de Bruce, pero ¿y la sangre? ¿Era Bruce un regicida? ¿Había matado él a Alejandro para acceder al trono? Corbett se volvió al callado Tomás.

—¿Visteis el león? —preguntó.

El poeta asintió.

—Sí —respondió—, y la sangre que se derramaba. —Miró a Corbett severamente—. Eso no convierte a Bruce en asesino —prosiguió Tomás—. Visteis las cosas tal como serán, no como son. Vi otras cosas después que vos os desmayasteis.

—¿Qué cosas?

El poeta cerró los ojos y recitó:

Del lado de Bruce un hijo vendrá,
De la cabaña de Carrick al trono de Escocia:
El león rojo lo parió.
El enemigo rendirá al león
Una veintena de años menos tres.
Hasta que roja sangre inglesa corra
Desde Bannockburn hasta el mar.

—¿Qué significa? —preguntó Corbett malhumorado.

Tomás sonrió.

—No lo sé, pero el león rojo no es lord Bruce ni su hijo, el conde de Carrick, sino que en realidad se refiere al hijo de Carrick, el nieto de Bruce, un muchacho de doce años. —Tomás sorbió por la nariz como para decir: «Piensa lo que quieras de ello».

Prosiguieron viaje, intermitente la conversación como si cada uno fuera consciente de la tensión que ahora les separaba. Se detuvieron en Melrose y llegaron a Earlston a la mañana siguiente. Corbett se alegró de ver a Ranulfo, ahora aburrido de los placeres sencillos del campo y deseoso como su amo por marcharse y acabar con aquel asunto. Corbett dio las gracias a sus anfitriones y, declinando amablemente sus invitaciones, insistió en partir enseguida. Salieron aquel mismo día, Corbett deseoso de encontrarse de vuelta en Edimburgo. Había descubierto algo valioso, pero aún no podía aislarlo en su mente. El problema de las profecías estaba resuelto aunque de un modo que no había esperado. Después de tres días de duro cabalgar, Corbett y su grupo llegaron a Edimburgo en medio de una repentina tormenta de verano que les caló hasta los huesos. Ranulfo estaba malhumorado e irritado por el paso que Corbett marcaba, olvidando el placer que le producía volver a viajar y quejándose sin cesar de que le dolían la espalda y los muslos. El hermano lego se mantenía callado, contentándose con hacer el seco comentario de que había cumplido suficiente penitencia para que se le perdonaran mil años de purgatorio de la deuda que tenía su alma con Dios.

Todos se alegraron de cruzar las grandes puertas de la abadía de la Santa Cruz, aunque Corbett percibió que ocurría algo. Un mozo de cuadras salió a cogerles los caballos y, cuando vio a Corbett, echó a correr y les dejó a los tres de pie bajo el chaparrón. Regresó con el prior y un hombre joven, pelirrojo, vestido con media armadura. El largo rostro del prior estaba lívido de ansiedad. Hizo un gesto de asentimiento a Ranulfo y al hermano lego y luego se volvió a Corbett.

—Lo siento, Hugo —dijo casi en un susurro—, vuestro criado puede quedarse con nosotros pero vos debéis acompañar a este caballero. —Se volvió y señaló a su compañero—. Este es *sir* Jacobo Selkirk. Está aquí con nosotros desde ayer. Viene de

parte del obispo Wishart con una orden de arresto para vos.

—¿De qué se me acusa? —espetó Corbett.

Una expresión de miedo asomó al semblante del prior, quien nervioso tragó saliva antes de hablar.

—¡De traición y asesinato! Oh, Hugo —dijo—, no dudo de vuestra inocencia, pero debéis ir y limpiar vuestro nombre.

Corbett asintió, demasiado confundido y cansado para pedir detalles. Debe de ser un error, pensó, y entonces recordó que era un humilde escribano inglés en tierra extranjera. Recordó el Lawnmarket, las negras horcas, los criminales que eran colgados allí y trató con todas sus fuerzas de controlar sus temblores. En un buen y fluido inglés, con algo de acento escocés, Selkirk le dijo que montara en su caballo. Cuando lo hubo hecho, el hombre ató las manos de Corbett al arzón delantero y, tras pasar la cuerda por debajo del caballo, también le ató los tobillos. Aparecieron más hombres, unos seis; sacaron sus caballos y los ensillaron. Corbett solo pudo gritar a Ranulfo que se quedara allí y no hiciera nada antes de que Selkirk le hiciera salir de la abadía a medio galope.

Capítulo XII

El viaje fue rápido y penoso; Selkirk le condujo a través de la ciudad, le hizo ascender la escarpada roca y cruzar el puente de madera para entrar en el castillo de Edimburgo. Corbett, dolorido, empañado de sudor y mareado por su difícil viaje fue bajado del caballo de un tirón y empujado al interior de la torre del homenaje. Trató de protestar ante Selkirk, quien se limitó a golpearle en la boca y a empujarle por la puerta tachonada de metal. Corbett resbaló y tropezó al ser empujado para bajar una estrecha y empinada escalera que pasaba por debajo de la torre del homenaje. El lugar era oscuro y húmedo y en las paredes relucían regueros de agua verdosa. Cuando Corbett llegó al final, un carcelero con justillo, polainas y botas de piel sucia le saludó con una mirada hastiada y le quitó la capa, el cinturón y la daga. En cerrado escocés preguntó a Selkirk por su autoridad, el soldado sacó un pergamino y le dijo que se diera prisa. El hombre suspiró y, tras elegir una llave de un llavero que llevaba colgado a su gorda cintura, echó a andar torpemente por un estrecho y oscuro pasadizo con celdas a los lados. Se detuvo junto a una, abrió la puerta con llave y señaló a Corbett que entrara. Selkirk le empujó dentro y le hizo sentarse sobre un banco de piedra mientras le cortaba las ataduras de las manos solo para colocarle grillos en las muñecas y los tobillos. Quedó encadenado a la pared; las cadenas le permitían moverse pero pronto le laceraron la piel. Selkirk se puso en pie, bajó la mirada a Corbett y le dio unas palmadas en la cabeza.

—Ya está, maese escribano inglés —se mofó—. Ahora, ¡intentad viajar por Escocia!

Hizo un simulacro de inclinación, se echó a reír y salió de la celda. El carcelero le siguió, cerrando la puerta tras de sí.

Corbett se quedó con la vista fija en las húmedas paredes: la celda era estrecha y fétida, un orificio en la parte alta de la pared proporcionaba un poco de aire y luz. En el rincón del fondo había un montón de húmeda paja que supuso era la cama. Se levantó pero las cadenas no le permitían llegar a ella, así que se desplomó en el banco de piedra y se preguntó cuánto tiempo estaría detenido. Traición y asesinato eran los cargos, pero ¿cuál era su traición y a quién había asesinado? El orificio se fue oscureciendo y Corbett empezó a temblar; todavía estaba empapado del viaje y ahora tenía frío y hambre. El carcelero regresó horas más tarde con una taza de agua salobre, un tazón de carne mal cocida y pan duro y rancio. Corbett lo devoró todo con apetito mientras el carcelero le observaba impasible, pero cuando Corbett trató de hacerle una pregunta, le dio una bofetada en la boca, agarró el tazón y salió de la celda. Corbett procuró dormir pero no pudo, y se sentó temblando, tratando de ordenar sus pensamientos; fue inútil, no lograba calmarse. Oyó ruido de escarbar a los pies de la puerta de su celda y vio dos pequeñas sombras que bloquearon la débil línea de luz cuando se escurrieron por debajo y luego corrieron por el suelo de la celda. Entraron más ratas y Corbett arremetió contra ellas con las piernas, ajeno a los

afilados grilletes que se le clavaban en los tobillos. Las ratas salieron huyendo y Corbett se recostó en la pared, respirando pesadamente, sollozando de rabia y miedo, los ojos fijos en la reja, rezando para que amaneciera.

Se hizo de día; y entonces los rayos del sol penetraron en la celda. El carcelero volvió y dejó una copa de sopa. Corbett la bebió, sentado en su propia porquería, los ojos clavados en la reja, temiendo ya la noche. Se calmó, tratando de comprender por qué le habían encarcelado y quién era el responsable de ello. Se consoló con el fugaz pensamiento de que al menos había conocido a *sir* Jacobo Selkirk, que era quien había hallado el cadáver de Alejandro III, e irónicamente concluyó que le interrogaría si se presentaba la oportunidad. Corbett se concentró en el misterio que rodeaba la muerte del rey Alejandro, pero las visiones que había tenido en la aldea picta volvieron a acosarle. Durmió un rato y estaba medio despierto cuando la puerta se abrió de golpe y entró Selkirk. Aflojó los grillos, puso a Corbett en pie y le empujó hacia la puerta, por el pasadizo y escaleras arriba hasta donde se respiraba aire puro. Corbett se volvió a Selkirk.

—¿Adónde me lleváis? —protestó.

—Os llevamos, inglés, a ver al obispo Wishart.

Corbett meneó la cabeza.

—Quiero mi capa, mi daga y mi cinturón —dijo—. Comida caliente y un poco de vino.

Selkirk sonrió.

—Sois un traidor —acusó—. Estáis prisionero. ¡No podéis exigir nada!

Corbett estaba cansado y ya nada le importaba.

—Soy un enviado inglés acreditado —faroleó—. Exijo mis pertenencias y algunos víveres.

Selkirk asintió.

—Bien —murmuró—. Qué más da. Vamos.

Condujo a Corbett a las cocinas y un cocinero le sirvió cerveza y un plato de carne con verduras. Cuando hubo comido, Selkirk regresó y le arrojó sus posesiones; Corbett las recogió y siguió a Selkirk escaleras arriba hasta entrar en una pequeña y oscura cámara.

En el rincón del fondo, en un charco de luz arrojada por antorchas de pared y un grupo de velas, se sentaba una figura menuda y calva, envuelta en una túnica, en quien Corbett reconoció a Wishart, obispo de Glasgow. Este levantó la vista cuando Corbett entró.

—Pasad, maese escribano —invitó, dejando el manuscrito que estaba examinando—. Pasad, *sir* Jacobo, ¡un taburete para nuestro invitado!

Corbett se sentó mientras el obispo le servía una copa de vino calentado con especias; Selkirk se sentó a su lado en una silla. El obispo se puso a ordenar los rollos de pergamino que tenía ante sí, de modo que Corbett, cansado de la farsa, se levantó y volvió a llenar su copa.

—Señoría —espetó—, me habéis arrestado y encarcelado sin cargo alguno. Soy escribano de los jueces reales del Tribunal Real de Inglaterra. También soy un enviado acreditado del canciller inglés.

Wishart sonrió.

—Maese Corbett —replicó—. Me daría igual que fuerais hermano del rey de Inglaterra. ¿Con qué derecho viajáis por este reino interrogando a los escoceses sobre la muerte de su soberano? ¿Quién os ha dado autoridad?

Corbett temía esta pregunta, pues sabía que se la formularían. Se encogió de hombros para ocultar su alarma.

—Soy un enviado —respondió—. Mi tarea consiste en recabar información. Vuestros enviados hacen lo mismo en Inglaterra.

Wishart sonrió satisfecho y se inclinó, juntando las manos por las yemas de los dedos.

—¿Creéis que nuestro difunto rey fue asesinado? —preguntó.

—En efecto. Creo que fue asesinado. Podría mentir, podría presumir, pero lo que acabo de decir es la verdad. Sé que fue asesinado pero no sé por quién o cómo.

Wishart hizo un gesto de asentimiento y Corbett instintivamente sintió que la tensión se reducía.

—Maese Corbett —empezó a decir el obispo—, creo que su alteza fue asesinado y realmente no me importa. —Agitó un dedo ante Corbett en gesto de advertencia—. No me malinterpretéis. Alejandro no era el mejor de los hombres, sin duda no el caballero cristiano ideal, pero, como rey, gobernó bien Escocia. La mantuvo libre de alianzas extranjeras, guerras extranjeras, compromisos extranjeros. —Wishart se fue apasionando—. Lo único que me importa, caballero inglés, más que mi familia y mi iglesia, es Escocia. Alejandro la sirvió bien pero no logró darle un heredero cuando se casó con esa desvergonzada francesa.

—La reina Yolanda está encinta —interrumpió Corbett, intrigado por la actitud del obispo.

—La reina Yolanda —dijo Wishart con énfasis— no está encinta. Eso se ha demostrado; regresará a Francia y acabará con toda esperanza de una alianza permanente.

—¿Pero la reina estaba embarazada?

Wishart negó con la cabeza.

—No. Era lo que los médicos llaman un falso embarazo, probablemente provocado por la muerte repentina de su esposo, sentimientos de culpa, ¡quién sabe qué!

—¿Y esa alianza? —preguntó Corbett.

Wishart sonrió.

—¿No lo sabíais? Alejandro estaba intrigado por el nuevo rey francés Felipe y sus planes para Europa. Yolanda de Dreux era el primer paso para sellar una nueva alianza con Francia. —Wishart se encogió de hombros—. Era un secreto. A mí no me

gustaba pero Alejandro era terco. Jamás perdonó a vuestro rey por insultarle.

—¿Cuándo? —preguntó Corbett sinceramente perplejo.

—En 1278 —respondió Wishart—. En Westminster, cuando vuestro rey fue coronado. Eduardo I pidió debidamente a Alejandro que jurara fidelidad por las tierras que poseía en Inglaterra y Alejandro accedió, pero luego los ingleses pidieron a Alejandro que rindiera homenaje por Escocia. Nuestro rey se negó, afirmando con justicia que su trono le había sido dado directamente por Dios. Alejandro jamás perdonó a Eduardo ese insulto.

—No lo sabía —murmuró Corbett—. Pero habéis dicho que también vos creéis que el rey Alejandro III fue asesinado.

—No —respondió Wishart con cautela—. He dicho que podría haber sido asesinado. Su muerte violenta solo fue el final que cabía esperar dada la vida que llevaba. Pero si fue asesinado, lo importante no es quién lo hizo sino por qué. Si fue una venganza personal. —El obispo se interrumpió y se encogió de hombros—. Pero si se trató de una acción política, entonces afecta a Escocia y despierta mi interés.

—A su ilustrísima no parece importarle —interpuso Corbett.

—A su ilustrísima —replicó Wishart— le importa mucho. Pero ¿qué puedo hacer? ¿Solicitar una investigación pública? ¿Y qué sucedería si resultara que lord Bruce es el culpable, eh? ¿Qué ocurriría entonces, maese escribano? ¿Habría una guerra civil? No, ese no es el camino.

—Por eso —dijo Corbett— os interesa conocer lo que yo descubra. Pero entonces, ¿por qué la cárcel y —se volvió a Selkirk— la mediación en este asunto?

Selkirk se puso tenso de ira e hizo ademán de levantarse, pero Wishart le hizo una señal con la mano.

—Sí, Corbett, me interesa mucho lo que descubráis. *Sir* Jacobo y la celda no fueron más que un aviso para que no fuerais demasiado lejos, para que no abusarais de nuestra actual debilidad.

—¿Y la acusación de asesinato? —preguntó Corbett con calma.

—Ah —el obispo sonrió—. Se trata de Tomás Erceldoun, el escudero a quien interrogasteis la noche de nuestro banquete. Hace unos días lo encontraron estrangulado en la iglesia de San Gil. —El obispo ahogó un bostezo—. Era un joven fuerte y dudo que vos pudierais asesinarle. De todos modos, sabemos que el día que le asesinaron vos os hallabais a cierta distancia de Edimburgo, pero era un buen pretexto para arrestaros y deteneros por si intentabais quejaros a vuestro amo de Londres.

Corbett reflexionó. Erceldoun había muerto, eso era significativo, pero en aquellos momentos estaba demasiado absorto en lo que Wishart estaba diciendo para examinar el asunto. Estaba agotado y deseaba dormir.

—Bien —dijo en tono cansado—, ¿qué queréis de mí?

—Nada, todavía —respondió Wishart—. Excepto que no os retendré en prisión ni os expulsaré de Escocia con una condición. Me comunicaréis si descubris que se trató

de un asesinato y me daréis el nombre del asesino. A cambio —el obispo se irguió en la silla—, os ofreceré toda la ayuda necesaria. *Sir Jacobo Selkirk* —se inclinó hacia el caballero que estaba al lado de Corbett— os ayudará siempre que se lo pidáis. ¿Qué decís, escribano inglés?

Corbett trató de concentrarse. No acceder sería el fin de su misión. Si aceptaba, tendría que compartir algunas de sus conclusiones con Wishart. Corbett asintió.

—Acepto la oferta de su ilustrísima, pero antes debéis responderme algunas preguntas.

Wishart pareció sorprendido pero accedió.

—Claro, ¿qué preguntas?

—¿Os hallabais presente en la reunión del Consejo la noche en que el rey murió?

Wishart hizo un gesto de asentimiento.

—¿Observasteis algo extraño? Sé que el humor del rey cambió repentinamente, pasando del mal humor a la alegría. ¿Sabéis por qué?

Wishart hizo un gesto de negación.

—No; yo también observé el cambio de humor del rey, pero no hice caso pues el rey Alejandro era un hombre excitable e inconstante. La reunión del Consejo fue convocada por razones poco importantes. Creo que Seton fue el responsable, pero vuestro Benstede puede responder a eso, él y Seton parecían buenos amigos. Lo único que recuerdo es que el rey y De Craon hablaban con excitación y que De Craon daba muestras de estar complacido. El resto debéis de conocerlo ya.

Corbett miró fijamente a Wishart. Quería marcharse para pensar con claridad. Sabía por qué Wishart le había hecho encarcelar y luego aparecer ante él, cansado y aterido de frío: esperaba cogerle en una trampa. De pronto Corbett comprendió que el obispo, igual que los demás, creía realmente que él se encontraba allí por otras razones y esperaba lograr que lo admitiera. O si no, quería mantenerle ocupado buscando al asesino de Alejandro III. Bueno, Corbett se encogió de hombros, seguiría con su tarea y luego regresaría a Inglaterra. La sucesión al trono de Escocia no era asunto suyo. Sin embargo, aún había preguntas que hacer.

—En los días anteriores a su muerte, ¿el rey hizo algo no característico en él? —preguntó Corbett.

Wishart se lo pensó un momento y luego meneó la cabeza.

—No —respondió—. Estaba de mal humor, tenía mal genio. Se estaba preparando para enviar a su confesor, un franciscano, el padre Juan, a Roma para cierta misión personal, privada, que no comentó conmigo ni con el Consejo.

Corbett detectó el aire de orgullo herido en ese sacerdote al que le gustaba conocerlo todo.

—¿Llegó a enviar al padre Juan?

—No —respondió Wishart—. En realidad, justo antes de que el rey partiera hacia Kinghorn me dio instrucciones de que ordenara al padre Juan que no fuera, sino que se quedara en el castillo hasta que él regresara. Eso es todo.

Corbett se frotó los ojos, cansado, fingiendo estar más agotado de lo que realmente estaba.

—Ilustrísima —dijo con voz débil—, de veras necesito dormir.

—Sois bienvenido aquí —replicó Wishart.

—No, no. Debo regresar a la abadía. Agradecería la protección de *sir* Jacobo. Puede suceder algún accidente al viajero imprudente.

—¡Cierto! ¡Cierto! —exclamó el obispo—. Es peligroso ser imprudente. *Sir* Jacobo, ¿tendréis la bondad?

Selkirk asintió para dar su consentimiento y Corbett se apresuró a despedirse del obispo.

El viaje de regreso transcurrió en silencio y sin incidentes. Después de despertar al maese hospedero haciendo sonar la campana de la puerta de la abadía, Corbett fue saludado por un ansioso prior y un solícito Ranulfo. Se negó a responder a sus preguntas pero calmó su ansiedad, despidiendo a *sir* Jacobo con un ligero golpecito en la mejilla, como si fuera un paje. Durante los siguientes dos días Corbett permaneció en su celda, recuperándose de su viaje y forzado encarcelamiento. No habló de lo sucedido con Ranulfo ni con el prior, aunque les dijo una y otra vez que todo iba bien y que le dejaran ordenar su vida, satisfecho de poder pensar y reflexionar. Pasó el tiempo anotando en recortes de vitela sus diferentes pensamientos sobre lo que había descubierto en las últimas semanas. Empezaba a surgir una pauta aunque era vaga y mal definida.

La tercera noche después de su regreso del castillo, anunció de improviso que volvía a Kinghorn. Ranulfo protestó gruñendo pero Corbett, totalmente recuperado, insistió en que su criado hiciera el equipaje y los preparativos necesarios. También dio instrucciones a los dos restantes mensajeros que Burnell había enviado con ellos de que le acompañaran armados por completo. Compró provisiones en la cocina de la abadía e informó al prior de que permanecerían fuera al menos dos días. El prior preguntó la razón de su viaje.

—Confidencialmente —dijo Corbett—, debo ver a la reina antes de que regrese a Francia.

—¡Pero si está encinta! —exclamó el monje—. ¡No puede regresar!

—Si estuviera encinta —replicó Corbett críticamente— no le permitirían marcharse.

El prior se limitó a menear perplejo la cabeza, y se alejó.

Capítulo XIII

A la mañana siguiente, temprano, Corbett y su grupo partieron hacia Queensferry, completamente armados. No hallaron oposición aunque Ranulfo mantuvo que había visto a un jinete que les observaba cuando cruzaron el puente de Dalmeny. Corbett tuvo en cuenta el aviso y advirtió a sus compañeros que se mantuvieran alerta hasta que se hallaran al otro lado del estuario. Guardaron los caballos en la casa del barquero, pagando por su alimentación y cuidados hasta que regresaran. El barquero no se encontraba allí, de modo que Corbett indicó a sus acompañantes que descansaran; abrieron sus provisiones, comieron y bebieron y luego se tumbaron en la hierba, disfrutando del cálido sol de mediodía y escuchando el canto de los pájaros en los altos y el constante zumbido de las abejas y chirriar de los grillos. Corbett cayó en un sueño ligero y le despertó Ranulfo con la noticia de que el barquero había regresado. Corbett fue a reunirse con él; al principio el tipo se negó a ir, aduciendo que estaba cansado y quería descansar. Corbett le ofreció el doble de la tarifa usual y pronto se hallaron en la embarcación camino de la otra orilla del golfo. El barquero vio la abultada bolsa de dinero de Corbett y preguntó astutamente si Corbett deseaba saber algo. El escribano negó con la cabeza.

—Bueno —dijo el hombre entre jadeos mientras remaba—, hay algo que puedo decir.

—¿Qué es? —preguntó excitado Corbett.

El hombre sonrió.

—Nada es gratis, señor, y un hombre tiene que trabajar para ganarse su dinero.

Corbett metió la mano en la bolsa y sacó unas monedas.

—Veamos si os las habéis ganado.

El hombre se apoyó en los remos.

—El barquero que se ahogó... el día antes de que el rey cruzara, a primera hora de la mañana, llevó a un francés al otro lado del golfo.

—¿Eso es todo? —preguntó Corbett, decepcionado.

El hombre se encogió de hombros.

—Eso es lo que dijo su viuda —respondió—. ¡Creía que eso valdría algo!

Corbett le arrojó las monedas a la falda y el hombre se puso a remar de nuevo.

Llegaron a Inverkeithing y ascendieron por el acantilado, con el sol del verano calentándoles la espalda, pasando por Aberdour hasta el promontorio de Kinghorn; Corbett les mostró el lugar donde el rey Alejandro III supuestamente había caído, antes de descender por el sendero hasta la residencia real. Hallaron un gran alboroto en el lugar el patio que estaba lleno de carros cargados de baúles, cofres y fardos de ropa. Los criados se ajetreaban yendo apresurados de un lado a otro, siguiendo las órdenes que los oficiales gritaban sin parar, y tenían que ocuparse de sus propios caballos en los establos que se vaciaban. Corbett indicó a sus compañeros que esperaran mientras él iba en busca del proveedor, Alejandro. Le encontró en un

rincón del comedor, ya medio borracho. Miró con ojos legañosos a Corbett con la boca floja entreabierta.

—Vaya, si es Corbett, el escribano inglés —murmuró—. ¿Alguna pregunta más? Corbett sonrió con tacto y se sentó enfrente.

—Sí —respondió—. En realidad sí. ¿A qué se debe tanto alboroto? ¿Qué sucede?

—¿Qué sucede? —repitió Alejandro—. La reina se marcha, eso es lo que sucede. Los barcos franceses se han hecho a la mar. Estarán en Leith en cuestión de días, y entonces ella partirá. —Eructó ruidosamente—. ¡Que se vaya con viento fresco! ¡Encinta! ¡No estaba más encinta que yo!

—Entonces, ¿por qué decía que lo estaba? —preguntó Corbett.

El proveedor se secó la boca con el borde sucio de la manga.

—No lo sé. A las mujeres puede ocurrirles, he oído contarlos en otras ocasiones o —se inclinó y se dio unos golpecitos maliciosos en el lado de su nariz enrojecida— ¡quizá fueron los franceses!

—¿A qué os referís? —espetó Corbett.

—Ah —exclamó Alejandro—, quizá los franceses le indicaron que hiciera ver que estaba encinta para alargar así su estancia en Escocia.

—¿Por qué iban a querer eso?

Alejandro clavó la mirada en un punto por encima de la cabeza de Corbett.

—No lo sé —murmuró—. Es solo una idea. ¡Eso es todo!

Corbett se quedó callado. Luego preguntó:

—Decidme, ¿el enviado francés llegó aquella mañana, el día en que el rey murió? Alejandro hizo un gesto de negación.

—¿Estáis seguro? —insistió Corbett—. ¿A alguna hora, más pronto?

—No —respondió Alejandro con énfasis—. El único visitante fue el mensajero que llegó hacia esa hora y dejó el mensaje de que el rey vendría a Kinghorn aquel día.

—¿Estáis seguro?

—Segurísimo. El único visitante que se hallaba en Kinghorn era Benstede, que llegó el día antes.

—¿Qué quería? —espetó Corbett.

—¿Cómo voy a saberlo? —respondió malhumorado el proveedor—. Llegó con una criatura bastante extraña, se quedó un rato con la reina y luego se marchó.

—¿El rey venía a Kinghorn con frecuencia?

—Al principio sí, y a menudo hacía que la reina se reuniera con él al otro lado del golfo, pero en las semanas anteriores a su muerte sus visitas se hicieron menos frecuentes. Era un hombre de pasión impetuosa —concluyó ebrio el proveedor.

—¿Podría ver ahora a la reina? —preguntó Corbett.

Alejandro negó con la cabeza.

—No —respondió—. Hoy no verá a nadie. Tal vez mañana. —Miró a Corbett con aire reflexivo—. Quizá, a cambio de algún pago, yo podría hacer algo.

Corbett deslizó una moneda de plata sobre la mesa.

—Os lo agradecería.

Hizo una leve inclinación de cabeza a Alejandro, se levantó y regresó junto a Ranulfo.

Pudieron pagar su estancia en una pequeña habitación de la mansión y comprar su comida en la cocina y despensa. Corbett estaba preocupado porque la plata que Burnell le había proporcionado casi había desaparecido. Disponía de algunas monedas que llevaba cosidas en el ancho cinturón de cuero así como de dinero propio, pero no quería gastarlo. Cuando regresara a Londres pasaría meses discutiendo con algún escribano escrupuloso con los asuntos de la Hacienda para que se lo reembolsara. Corbett solo esperaba que la reina le viera pronto. No lo hizo. Día tras día, sus peticiones de audiencia dieron con una clara negativa y el escribano tuvo que quedarse y esperar lo mejor. Vio a Inés, la descarada dama de honor, a quien había conocido en su última visita a Kinghorn. Ella coqueteó de modo escandaloso, prometiéndole que le proporcionaría una entrevista con la reina, pero nunca parecía conseguirlo. Corbett se cansó de sus constantes ocurrencias e indirectas, de modo que la mujer trasladó su atención a Ranulfo, quien estuvo encantado de que el aburrimiento de permanecer en una mansión de la costa escocesa se viera roto de un modo tan agradable. Se convirtieron en compañeros constantes y Corbett les encontraba a menudo jugando al juego de la cuna en algún rincón o en el alféizar de ventana.

Por su parte, Corbett solo se impacientaba y decidió redactar un memorando sobre lo que había descubierto hasta el momento:

¿Por qué Benstede visitó a la reina?

¿Por qué el enviado francés tomó una barca para cruzar el golfo pero no llegó a Kinghorn?

¿Quién entregó el mensaje en la puerta de Kinghorn, la misiva para la reina que anunciaba que el rey llegaría aquella noche y daba instrucciones al proveedor para que tuviera caballos preparados en Invekeithing, en especial su favorito, el blanco *Tamesin*? Y lo que resultaba más misterioso aún: ¿por qué ese mensaje se entregó horas antes de que el rey decidiera partir hacia Kinghorn?

Más importante: ¿qué descubrió Alejandro en aquella reunión del Consejo que le hizo cambiar de actitud, partiendo en un viaje en condiciones muy peligrosas para hacer la corte a una reina por la que apenas se había interesado unas semanas antes?

¿Por qué, cuando el rey no llegó a Kinghorn, la reina Yolanda no mandó salir un grupo de búsqueda? ¿Cuál era la razón auténtica del falso embarazo de la reina Yolanda?

Corbett examinó la lista, cansado. En realidad no estaba progresando. Quizá,

pensó, era hora de marcharse y de informar de su fracaso a Burnell. Intentó una vez más ver a la reina, pero el gordo y pomposo chambelán anunció rudamente que *lady* Yolanda partía de Escocia y no deseaba hablar de nada con nadie. Abatido, Corbett decidió quedarse un poco más en Kinghorn y luego marcharse. Entretanto, pidió a Ranulfo que se enterara de lo que pudiera a través de su recién hallada amante aunque, en el fondo, creía que no sacaría nada de ella. Transcurrieron dos días más y la reina no envió ninguna invitación, por lo que Corbett ordenó enojado a Ranulfo que preparara el equipaje. Su criado protestó pero Corbett se mostró inflexible, de modo que el joven se preparó para marchar. Ranulfo murmuró indignado contra su extraño amo que le arrastraba al otro lado de aquel país salvaje, tan diferente de las estrechas callejuelas de Londres y tan aburrido también. Ahora, cuando había encontrado un poco de miel, Corbett le apremiaba a partir. Ranulfo pensó en *lady* Inés y gimió; había demostrado ser una fiera amante desde el momento en que él la había tumbado de espaldas y le había levantado las faldas bordeadas de encaje. Después de aquello ella no necesitó ninguna invitación y, cuando él yacía exhausto a su lado, le hacía soltar grandes carcajadas con su ingenio picante y acre y su habilidad para la mímica, en especial para imitar a aquel rígido escribano inglés, Hugo Corbett. Ranulfo suspiró; nunca entendería a su amo. Preparó lentamente el equipaje, se aseguró de que sus compañeros hacían lo mismo y acudió a despedirse de *lady* Inés. Una semana después de haber llegado a Kinghorn, se hallaban de regreso a Inverkeithing.

Ranulfo trató de entablar conversación con su amo, pero Corbett estaba demasiado abatido para responder.

—No valía la pena visitar a *lady* Yolanda —dijo Ranulfo para tranquilizarle—. Me lo dijo *lady* Inés, riéndose de que una virgen fingiera estar encinta.

Corbett detuvo su caballo y se volvió al desconcertado Ranulfo.

—¿Que qué? —rugió—. ¿Qué es lo que dijo?

Ranulfo repitió lo que había dicho.

—¿Es cierto?

—Por supuesto —respondió Ranulfo desolado—. Esas fueron sus palabras. ¿Por qué?

—No importa —Corbett hurgó en su bolsa de cuero—. Toma estas monedas de oro y ve a pedir a tu dama que se reúna con nosotros en Inverkeithing. Si no acepta el oro, dile que volveré con una orden de arresto. Ahora, ¡vete! —Se volvió a uno de los mensajeros de Burnell—. Déjale tu caballo, tú puedes andar.

Corbett prosiguió hasta Inverkeithing y fue directo a la cervecería donde Ranulfo debía reunirse con él. El escribano apenas podía controlar su excitación, pues la turbia imagen que se había formado en su mente empezaba a cobrar forma. Las sombras comenzaban a desaparecer, se vislumbraba algo esencial. Se acercó a una mesa sucia de grasa y se sentó, impaciente, a esperar a Ranulfo. Cuando llegó, arrastrando consigo a una *lady* Inés confusa, Corbett le dijo bruscamente que se

marchara y pidió a Inés que se sentara en el banco frente a él. Le sirvió una copa del mejor vino que la sombría casa podía ofrecer y se inclinó hacia ella.

—*Lady* Inés, ¿a qué os referíais cuando dijisteis lo de que la reina Yolanda era una virgen que fingía estar encinta?

El color en las mejillas de la mujer se intensificó y ella jugueteó con la copa de vino.

—Fue una broma —protestó—. Una historia jocosa para divertir a Ranulfo.

—No, Inés —espetó Corbett—. ¿Recordáis cuando conocí a *lady* Yolanda? Ella me dijo que estaba encinta. Entonces vos os reísteis. Así que contestadme o haré que otros se ocupen de interrogaros.

Inés se mordió el carnoso labio inferior y miró ansiosa alrededor.

—Supongo que ahora que esa zorra francesa se marcha no importa. Bueno —prosiguió con voz suave—, el rey Alejandro estaba loco por ella, pero el matrimonio no se consumó.

—¿Qué? —exclamó Corbett—. ¿Después de cinco meses de estar casados?

—*Lady* Yolanda al principio protestó diciendo que se encontraba mal debido al viaje por mar, luego fueron esos días del mes... —Inés vaciló— en que el cuerpo de la mujer sangra. Luego se quejó de las amantes del rey y exigió que fueran expulsadas de la corte. El rey, declaró ella, tendría que demostrar que su hogar estaba libre de esas mujerzuelas para que le permitiera acostarse con ella. En las semanas anteriores a la muerte súbita del rey, se negó totalmente a consumir el matrimonio.

—¿Cómo lo sabéis? No erais confidentes. Lo observé en mi primera visita a Kinghorn.

Inés asintió.

—Yo odiaba a esa zorra mimada. El rey Alejandro me ordenó formar parte de su séquito; me aburría y solía escuchar sus conversaciones con la única dama de honor francesa que trajo consigo, una muchacha llamada María. Creían que yo no sabía francés, pero lo entiendo porque mi madre era francesa. Por eso me hicieron formar parte de su séquito. Hablo bien esa lengua. Entendí perfectamente lo que ella le dijo el día que vos visitasteis Kinghorn, por eso estuve a punto de estallar en carcajadas.

—¿Por qué razón —preguntó Corbett— creéis que Yolanda se negó a consumir el matrimonio?

Inés se encogió de hombros.

—He oído contar casos similares. Jóvenes a las que les da miedo el dolor que el acto causa. Los conventos de monjas están llenos de ellas. —Se rio de su propia broma—. Puede que Yolanda fuera amante de otras mujeres. Cuando las observaba a ella y a esa chica, María, a veces me lo preguntaba. El rey —añadió pensativa, casi para sí— habría podido obligarla, pero no era el estilo de Alejandro. Él jamás forzaba a una mujer. También creo que él la amaba sinceramente.

—¿Eso es todo lo que podéis contarme? —preguntó Corbett.

—Eso —dijo *lady* Inés, levantándose— es todo lo que puedo contaros porque es

todo lo que sé. Os agradecería que permitierais que Ranulfo me acompañara de regreso a Kinghorn.

Corbett hizo un gesto afirmativo y *lady* Inés salió de la habitación.

El escribano esperó a que Ranulfo regresara y, cuando lo hizo, se dirigieron hacia el embarcadero y cruzaron el golfo. El barquero les obsequió con historias picantes de las idas y venidas del rey Alejandro. Ranulfo se reía y le incitaba. Corbett le escuchaba hasta que llegaron al embarcadero de Dalmeny.

—Decidme —indicó—, el otro barquero, dijisteis que había dejado viuda. ¿Dónde vive?

El barquero señaló una cabaña de madera, de techo bajo de paja, un poco más allá en la orilla.

—La encontraréis allí, pobre mujer. Joan Taggart. Su esposo recibió las cartas del rey para que actuara de barquero justo antes de su muerte.

Corbett asintió; indicó a Ranulfo que recogiera y ensillara sus caballos mientras él se dirigía hacia la casa de Joan Taggart. Una mujer menuda, de pelo castaño, le recibió en la puerta, rodeada por un grupo de sucios y ruidosos niños que miraron descaradamente a Corbett y luego corrieron a esconderse, riendo entre dientes, tras las faldas de su madre. Corbett hizo una inclinación de cabeza.

—¿Joan Taggart? —preguntó.

—Sí.

—Soy Hugo Corbett, escribano. Deseo hablar con vos de la muerte de vuestro esposo. No quiero molestaros.

La mujer se limitó a mirarle fijamente.

—¿Habláis inglés?

—Soy inglesa —respondió ella bruscamente—. Soy de la tierra fronteriza. ¿Queréis saber acerca de la muerte de mi esposo?

—¿Murió la misma noche que el rey? —preguntó Corbett.

—Él no murió —replicó Joan—, le asesinaron, pero nadie me cree. —Se volvió y mandó a los niños a otra parte—. Nadie me cree —repitió—, pero mi esposo era marinero, conocía el agua. —Entrecerró los ojos para protegerlos del sol—. Un francés, no sé quién, le utilizó. El mismo día en que el rey murió, a última hora de la mañana, ese misterioso francés alquiló la barca y los servicios de mi marido para cruzar hasta Inverkeithing. Mi esposo regresó muy excitado y dijo que volvería a salir a última hora. Se desató la tormenta en el golfo. Rogué a mi esposo que se quedara, pero él estaba muy excitado. Dijo que el francés le pagaría generosamente.

—¿Y qué ocurrió después? —preguntó Corbett.

—Se marchó. —La mujer se interrumpió, parpadeó para contener las lágrimas y tragó saliva antes de proseguir—. A la mañana siguiente le encontraron, boca abajo, flotando como un corcho en la parte poco profunda.

—¿Y su barca? —se interesó Corbett.

—Seguía amarrada —respondió la mujer—. Vino el forense y me dijo que mi

esposo debía de estar borracho, se cayó y se ahogó. Al fin y al cabo, el cuerpo no mostraba ninguna señal.

—Entonces, ¿qué es lo que os hace pensar que fue asesinado? —Corbett insistió en su interrogatorio. Joan se apartó el pelo de la frente.

—Al principio —respondió con voz lenta—, acepté que había sido un accidente, pero después, cuando era demasiado tarde para hacer nada, recordé que el bote estaba atado. —Miró directamente a Corbett—. Cada marinero tiene su propia manera de hacer nudos. La barca de mi esposo estaba amarrada en la playa, pero él nunca hacía aquel tipo de nudo. Yo creo que aquella noche salió con el francés, quienquiera que fuera, y cruzó el golfo. Cuando regresó, fue asesinado. Otras manos amarraron su bote, probablemente las mismas que le habían asesinado.

Corbett miró hacia la casa de madera.

—¿Estáis segura de que era un francés? —preguntó.

—Sí, mi esposo lo llamó así. ¿Por qué, le conocéis?

Corbett pensó en la sonrisa malvada de De Craon y luego en Bruce y la expresión cruel de su boca y perfecto conocimiento del francés.

—No, señora —mintió—. No conozco a nadie de esa nacionalidad. Pero ¿por qué no se lo contáis a las autoridades o presentáis un escrito al Consejo?

Joan se encogió de hombros.

—¿Y quién me creería?

—Es cierto, señora. Es cierto —murmuró Corbett; se inclinó y, cuando estaba a punto de darse la vuelta, la mujer le cogió del brazo.

—¡Señor! —exclamó—. ¡Mis hijos y yo ahora nos morimos de hambre!

Corbett miró su semblante preocupado y la expresión de temor en sus ojos, metió la mano en la bolsa de dinero, sacó unas monedas y se las entregó.

—Gracias, señora —dijo—. ¡Tal vez pueda hacer algo más! Veré qué es lo que puedo conseguir.

Corbett regresó a grandes pasos a donde Ranulfo y sus compañeros le esperaban sentados con los caballos.

—Poneos cómodos —espetó—. Tengo intención de volver a cruzar el golfo. Se trata de un asunto sin importancia —prosiguió, sin hacer caso del gruñido de Ranulfo—, pero debo averiguar algo.

Bajó entonces la pendiente hasta el lugar donde el barquero se preparaba para varar la barca.

—Quiero volver —dijo Corbett.

El hombre se encogió de hombros.

—Os costará dinero.

—Lo sé —respondió Corbett malhumorado—. Pero esta vez no quiero desembarcar en Inverkeithing sino —miró al otro lado del agua— en un lugar secreto, lejos de la vista, donde pueda dejar un caballo sin levantar sospechas o interés.

El barquero hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, conozco un lugar así, pero os costará aún más. Será mejor que subáis.

Los dos embarcaron y el hombre sacó la barca a la corriente principal. Mientras remaba, explicó:

—Hay unas cuevas cerca de la costa, justo al otro lado del golfo, al oeste de Inverkeithing. Os llevaré allí.

El hombre cumplió su palabra. Vararon en una playa arenosa; por encima de ellos se elevaban acantilados que discurrían a lo largo de toda la costa. El barquero le indicó con un gesto de la mano:

—Si subís allí —dijo—, las veréis. Son como pequeñas cámaras; en otro tiempo fueron utilizadas por los piratas, pero su alteza, el difunto rey, las limpió con el fuego, la espada y la horca. ¿Deseáis que me quede?

—Sí —respondió Corbett—. Si no logro encontrar lo que busco, volveré y os lo diré.

Corbett deslizó otra moneda en la mano del hombre y, mientras el barquero se acomodaba en la sombra de su barca, Corbett inició la larga y ardua ascensión. Pronto llegó a la cima, donde las colinas se nivelaban y extendían hasta la dura cara rocosa de los altos acantilados. De inmediato vio las cuevas de las que el barquero le había hablado. En la base de estos acantilados, casi como si hubieran sido talladas en la roca por los hombres, había tres, cuatro o cinco bocas de cueva, como una hilera de celdas de algún monasterio. Corbett se abrió paso a través de la arena aterronada y entró en la primera. En su interior había señales de haber sido habitada por seres humanos, basura, suaves olores, objetos de arcilla rotos, extrañas señales en las paredes de las cuevas que parecían extenderse hasta el infinito en la negrura de debajo de los peñascos. El desaliento se apoderó de Corbett cuando este se fijó en ello. Si todas las cámaras eran largas como aquella, o si solo eran utilizadas por personas que se habían internado en ellas, su búsqueda duraría meses. Decidió pasar a la segunda y tercera cuevas, resuelto a encontrar lo que andaba buscando. En la cuarta caverna lo encontró. Justo en la entrada había excrementos de caballo. Recogió un poco y lo desmenuzó en la mano. Corbett calculó que allí había habido caballos unos dos o tres meses atrás. Había otras señales, una bolsa vacía y rota con restos de avena y un terrón de un material oscuro y húmedo que, según comprendió Corbett, en otro tiempo había sido heno. Satisfecho, se arrodilló y se limpió las manos en un charco de agua salada y regresó a donde el barquero le esperaba pacientemente.

Capítulo XIV

Después de volver a cruzar el golfo, Corbett se reunió con su grupo. Iniciaron sin incidentes el viaje de regreso. Cruzaron el puente de Dalmeny y se hallaban en campo abierto cuando aparecieron los atacantes. Eran cinco o seis hombres a caballo, enmascarados y armados, que surgieron de una arboleda y avanzaron hacia ellos. Corbett agarró la ballesta, ya cargada, que colgaba del arzón delantero y la levantó, apuntó y envió la gruesa saeta al pecho del jinete que abría la marcha. Luego el resto se halló entre ellos, azotando con espada corta, maza y porra. Ranulfo y sus compañeros sacaron la espada y cortaron, embistieron y gritaron a sus asaltantes. Corbett agitó su gran daga galesa, espoleó al caballo y, gritando a los demás que le siguieran, se abrió camino y salió galopando del bosquecillo donde había tenido lugar la emboscada. Era una táctica que Corbett había visto utilizar en Gales, en la que la caballería no se detenía para enfrentarse al enemigo sino que huía, eludiendo la trampa. Corbett vio a dos de los asaltantes caer gritando, llevándose la mano a sendas heridas chorreantes de sangre, y esperó que el resto quedara demasiado escarmentado para seguirles, sorprendidos por la fiera resistencia que habían encontrado.

Al cabo de un rato, Corbett dio el alto; se dio cuenta de que no les perseguía nadie y su caballo estaba agotado. Se encontraba ileso pero medio mareado a causa del miedo. Ranulfo tenía contusiones y cortes en las manos, brazos y piernas, pero otro miembro del grupo, un hombre joven, había recibido una terrible cuchillada en el estómago y Corbett sabía que el pobre tipo pronto moriría. La sangre le salía a borbotones mientras el joven gemía y suplicaba que le dieran agua. Corbett se la dio, sabiendo que con ello tal vez acelerara su fin. Le bajaron del caballo y le tumbaron con cuidado en el suelo; Ranulfo permaneció al acecho mientras los demás esperaban tranquilamente a que el hombre muriera. Murió, con un gorgoteo de sangre con espuma. Corbett pronunció el *Miserere* y el *Réquiem* aunque ni siquiera sabía el nombre del joven. Era el hermano de alguien, el hijo o el amante, y ahora ya no estaba: Corbett bajó la vista al cadáver y sintió la futilidad de la muerte. Ordenó que envolvieran el cuerpo con una capa y lo colocaran sobre un caballo, y luego prosiguieron su camino hacia la abadía de la Santa Cruz. Llegaron allí en plena noche, Corbett temeroso de toda sombra y con náuseas de agotamiento y tensión. Rechazó a los somnolientos escuderos del prior y pidió a este que se ocupara del cadáver, prometiendo que pagaría todos los gastos. Luego él y Ranulfo se retiraron con andar cansado.

A la mañana siguiente asistieron a la misa de réquiem por su colega muerto, a quien los monjes habían vestido para ser enterrado y yacía ahora en un ataúd nuevo de pino frente a los escalones del altar mayor de la capilla de la abadía. El prior, resplandeciente en sus vestiduras negras y doradas, permaneció con los brazos extendidos y entonó el *Introito: Requiem aeternam. Dona ei Domine*. «Concédele el

descanso eterno, oh Señor, y que la luz perpetua le ilumine». Corbett se frotó los ojos, fatigado, y se preguntó cuándo descansaría él de aquel interminable asunto, quiénes eran los atacantes del día anterior y, más importante aún, quién les había pagado. El coro entonó la Secuencia, el hermoso poema de Tomás di Celano, *Dies Irae, Dies Illa*:

Oh día de la ira, oh día del llanto,
Ved cumplido el anuncio del profeta,
El cielo y la tierra reducidos a cenizas.

Corbett captó la frase «Del cielo descendió el juez» y se volvió para ver el ataúd, pensando que el joven que iba a ser enterrado no tendría que esperar hasta el Día del Juicio Final para que se hiciera justicia.

Después del entierro, Corbett envió al asimismo asustado Ranulfo al castillo, diciéndole para tranquilizarle que todo iría bien y autorizándole a pedir audiencia con el obispo Wishart. Tenía que solicitar al buen obispo que concediera a Corbett una entrevista y encargarse de que el confesor del difunto rey también se hallara presente. Corbett añadió que agradecería una escolta armada hasta el castillo y requirió la compañía de *sir* Jacobo Selkirk y de otros de su clase. A media tarde, Ranulfo regresó con *sir* Jacobo y una pequeña escolta a caballo y, sin más, Corbett ensilló un caballo y cabalgó con ellos hasta el castillo. *Sir* Jacobo intentó bromear, preguntando a Corbett si quería experimentar de nuevo su hospitalidad. Cuando Corbett respondió que la hospitalidad de *sir* Jacobo era igual que sus modales, el caballero se hundió en un silencio hosco.

En el castillo, Corbett fue llevado de inmediato al aposento del obispo. Wishart le esperaba sentado tras su larga y pulida mesa casi como si no se hubiera movido desde que Corbett le viera por última vez. Junto a él se encontraba un hombre alto y delgado, de tipo ascético, con el ropaje negro y marrón típico de un monje franciscano, a quien Corbett identificó de inmediato como el padre Juan.

—Pasad, escribano inglés. —El obispo indicó a Corbett y a Ranulfo que se sentaran en el banco ante su mesa—. Decidnos, ¿a qué viene esta impetuosa orden? ¿Cuál es la urgencia?

—Ilustrísima —respondió Corbett sin molestarse en tomar asiento—, me gustaría preguntar al padre Juan, y supongo que es él, ¿por qué su alteza, el difunto rey, le enviaba a Roma?

El monje se mojó los labios con la lengua y miró de reojo al obispo.

—Mi ilustrísima —murmuró—, no puedo hacerlo pues se me comunicó *sub sigillo*, bajo secreto de confesión. No puedo decírselo a nadie. ¡Ni siquiera el Santo Padre puede ordenarme que lo haga!

El obispo frunció los labios, hizo un gesto afirmativo y miró expectante a Corbett.

—Padre —replicó Corbett—, conozco el derecho canónico y también sé que se

basa en la justicia de Dios. No deseo que violéis vuestro juramento de guardar el secreto ni vuestra conciencia, pero —y se volvió para mirar ansioso al obispo—, con el permiso de su ilustrísima, me gustaría hacerle una pregunta en privado. Si me equivoco, no digáis nada y juro que no volveré a preguntároslo.

El obispo se volvió al franciscano, quien tragó saliva con nerviosismo y dio su consentimiento. El obispo miró a Corbett con las cejas enarcadas y le hizo una seña para que prosiguiera. Ranulfo observó a su amo y al fraile alejarse hasta el fondo de la habitación. Corbett susurró unas palabras y el fraile levantó la vista y asintió.

—*Sic habes* —dijo, citando la frase latina: «¡Eso es!»—. Corbett sonrió y volvió a la mesa para sentarse mientras el padre Juan se inclinaba ante Wishart y salía en silencio de la estancia.

El obispo miró a Corbett con curiosidad.

—¿Qué os ha dicho? —preguntó.

—De momento, ilustrísima, prefiero callar sobre este asunto. Pero contadme, ilustrísima, las circunstancias de la muerte de Erceldoun.

El obispo rebuscó entre los pergaminos que llenaban su mesa e, inclinándose sobre la mesa, arrojó un rollo a la falda de Corbett.

—El informe del forense. Podéis leerlo.

Corbett examinó el informe garabateado por Matthew Relston, forense, «realizado en junio de 1286 en el cuerpo de Tomás Erceldoun, hallado en el presbiterio de la iglesia de San Gil la noche del 26 de junio por parroquianos de la mencionada iglesia. Su cuerpo no mostraba señales de violencia salvo por un verdugón alrededor del cuello. Una investigación de los hechos que desembocaron en su muerte revelaron que Erceldoun había dicho a varias personas que se iba a la iglesia de San Gil a reunirse con un sacerdote. Quién era este es difícil de determinar. El veredicto es que Erceldoun fue asesinado por persona o personas desconocida o desconocidas».

Corbett devolvió el rollo al obispo.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Sí —respondió Wishart—. Dudo que tuviera intención de reunirse con un sacerdote o que fuera asesinado por uno; Erceldoun era un soldado joven de complexión fuerte. Dudo mucho que cualquier sacerdote, o incluso más de uno, pudiera aventajar a un hombre como él.

—Me gustaría examinar su cadáver —dijo Corbett.

—¡Imposible! —exclamó Wishart.

—¡Debo hacerlo! —insistió Corbett con firmeza—. Y no solo el suyo sino también el de Seton. —Oyó que Ranulfo gruñía a su lado—. Vos, señor obispo, podéis conceder permiso. Podría ser a altas horas de la noche, sin ningún deshonor ni falta de respeto para la familia del hombre.

—¿Decís que es esencial?

—Lo es, ilustrísima. También necesito la protección de *sir* Jacobo Selkirk.

—¿Contra quién? —ladró el obispo.

—No lo sé, ilustrísima, pero las aguas por las que camino son profundas, oscuras y traidoras. —Miró directamente a los ojos de Wishart—. ¡Por lo que sé, podría ser yo quien debiera tener cuidado de vos!

Wishart miró a Corbett y rio como si este hubiera dicho algo gracioso. Luego se puso a escribir, rascando la pluma en la vitela. Terminó, enarenó lo que había escrito, lo cerró y lacró y luego se lo entregó a Corbett.

—Vuestra autorización, escribano inglés. ¡Haced lo que tengáis que hacer y hacedlo enseguida! —Miró a Selkirk—. Debéis realizar el trabajo esta noche. —Hizo un gesto afirmativo a Corbett—. Por el momento, hasta la vista, pero recordad: os pediré explicaciones de vuestros actos.

Corbett permaneció en el castillo el resto del día, deambulando de un lado a otro, buscando algún lugar donde sentarse y reflexionar con tranquilidad sobre todo lo que sabía. La imagen que se estaba formando en su mente cada vez era más clara, más nítida, aunque apenas podía creerlo. Paseando sin rumbo por uno de los oscuros pasadizos del castillo, Ranulfo tras él como un perro rabioso, Corbett estuvo a punto de tropezar con Benstede y su extraño criado, Aaron.

—¡Maese Corbett! —exclamó Benstede, todo sonrisa—. ¡Al fin! Me enteré de vuestros problemas con Selkirk. Por supuesto, protesté de inmediato ante el Consejo. También habéis sido atacado, según me han dicho.

Corbett asintió.

—Al menos dos veces, la última de camino hacia Edimburgo. ¡Mataron a un miembro de la familia del obispo Burnell!

Benstede miró alrededor con seriedad.

—A mí me ha ocurrido lo mismo. Hace dos o tres semanas, una saeta de ballesta por poco no me dio en la cara cuando cruzábamos el Lawnmarket. Sospeché de De Craon. Ha estado conspirando desde que llegó a Escocia. Constantemente se encerraba con el difunto rey. ¡Incluso el día antes de que el rey muriera! Por la expresión de su cara supe, cuando terminó la reunión, que el encuentro no había sido agradable.

Corbett se encogió de hombros.

—Entonces debemos estar todos alerta —comentó—. ¿Hay noticias de Inglaterra?

Benstede suspiró.

—No. Burnell y su séquito vienen hacia el norte. El rey Eduardo sigue en Francia. —Dio un apretón a Corbett en el brazo—. Tened cuidado, maese escribano —y prosiguió su camino, seguido por su criado como una silenciosa sombra oscura.

Corbett les observó alejarse y sonrió para sí al pensar en la noticia de la que acababa de enterarse. Así que Burnell iba al norte. ¡Bien! Existían muchas probabilidades de que él y Ranulfo recibieran la orden de abandonar Escocia para reunirse con él.

Aquella noche, un criado enviado por Selkirk se presentó ante Corbett y anunció con marcado acento escocés que el caballero agradecería a Corbett que se reuniera con él en la parte exterior de la muralla, cerca de la puerta principal. Corbett y Ranulfo terminaron los exiguos restos de comida que habían mendigado en la cocina y se marcharon de prisa. Selkirk y cuatro soldados, bien armados, con picos y palas, esperaban bastante cohibidos cerca de la puerta principal.

Corbett sonrió.

—¿Estáis listo, *sir* Jacobo? ¿Dónde están enterrados los cadáveres?

—En el cementerio de San Gil —observó malhumorado *sir* Jacobo, levantando la vista al cielo nocturno—. Hay luna llena, o sea que no necesitaremos antorchas. Ya he descubierto dónde se encuentran las tumbas. Así que vamos, ¡acabemos cuanto antes!

Entraron en la ciudad, ocultos por la oscuridad, a pesar de la orden de que en el exterior de cada casa se dispusieran antorchas encendidas. Se había impuesto toque de queda, explicó Selkirk, debido a la situación que se produjo tras la muerte del rey. La mayoría de ciudadanos observantes de la ley lo obedecían, pero no tanto los habitantes de los barrios bajos, hediondas callejuelas y arroyuelos de Edimburgo. A cada momento Corbett veía sombras que cruzaban rápidamente el camino, oía ruido de movimiento en la oscuridad, que quedaba en silencio en cuanto se aproximaban. La mayor parte del tiempo permanecieron solos, resonando sus pisadas en los duros caminos, salvo por algún gato que andaba buscando comida entre la basura y el amenazador crujido de las ratas que roían los montones de desperdicios que llenaban todas las calles. Entraron en el Lawnmarket y Corbett se estremeció cuando vio la horca y su fruto humano podrido balanceándose, negras figuras recortadas sobre el firmamento nocturno estival iluminado por la luna. El enorme bulto de la iglesia de San Gil se irguió ante ellos. Penetraron en el recinto y, pasando por el costado del edificio, se dirigieron hacia el oscuro y arbolado cementerio que había detrás. Allí se detuvieron; los soldados trataban de ocultar su miedo y Corbett percibió que incluso *sir* Jacobo Selkirk estaba asustado. Los muertos, pensó Corbett no me preocupan, son los vivos quienes conspiran y matan.

—¿Podéis llevarnos hasta las tumbas, *sir* Jacobo?

Selkirk asintió.

—Es extraño —prosiguió Corbett— que Erceldoun esté enterrado en la misma iglesia en que fue asesinado.

Sir Jacobo estuvo en desacuerdo.

—Tanto Erceldoun como Seton murieron a principios de verano —señaló—. Ambos hombres procedían de un ambiente humilde, sus parientes no podían pagar el transporte de los cadáveres a casa, así que los trajeron aquí. ¿Qué tumba queréis ver primero?

—La de Erceldoun —respondió Corbett sin vacilar.

Sir Jacobo condujo a su grupo a través de un pequeño portillo y de la larga y

suave hierba. El silencio era opresivo mientras pasaban por delante de los túmulos, algunos con desvencijadas cruces de madera y otros simples montones de barro abandonados. Los ricos podían permitirse monumentos de piedra, exquisitamente tallados, pero las tumbas de los pobres ni siquiera estaban bien cavadas, eran agujeros poco profundos que apenas si ocultaban a sus muertos y que quedaban abiertos para los perros y otras criaturas que buscaban comida. Una y otra vez tropezaron con montones de huesos blancos o tropezaban, soltando una maldición, con un brazo de esqueleto colgante o una pierna que sobresalía de la fina capa de tierra.

El ulular de una lechuza les asustó y un soldado profirió un juramento cuando el pájaro salió volando por encima de sus cabezas, zambulléndose en la hierba para atrapar alguna pequeña criatura que se retorció en su agonía.

—¡Vamos! —instó Selkirk impaciente.

Avanzaron un poco más. Selkirk miró alrededor y señaló una zona de hierba recién cortada que rodeaba un montículo de tierra recién cavada.

—La tumba de Erceldoun —anunció, y después de encender una antorcha con una yesca ordenó a los soldados que empezaran a cavar. Fue una tarea fácil, pues la tumba era poco profunda y pronto hubieron arañado la tierra que cubría la tapa del ataúd.

—¡Abridlo! —ordenó Corbett, pero el soldado se limitó a menear la cabeza, arrojó la pala al suelo y se alejó.

Corbett cavó con su larga daga galesa, se arrodilló al lado de la tumba e hizo palanca para levantar la tapa. Esta rechinó y crujió pero al final cedió. Corbett sintió una náusea al percibir el olor agridulce del material corrompido y se tapó la boca y la nariz con la capa para no ahogarse. A la luz de la vacilante antorcha de Selkirk vieron el cuerpo boca arriba, la cabeza ligeramente ladeada, los ojos entreabiertos. La putrefacción se había instalado alrededor de la nariz y la boca, la piel estaba fría y Corbett la notó esponjosa cuando con suavidad le movió la cabeza hacia un lado para ver el verdugón fatal en torno al cuello, una raja negra y morada con pequeñas mellas redondeadas que semejaba una parodia algo fantasmal de un collar.

Corbett bajó la vista a los restos de un hombre joven que, la última vez que se habían visto, era un soldado fuerte, interesado en limpiar su nombre. Ahora estaba muerto, brutalmente asesinado, y Corbett sabía que su único crimen era que alguien les había visto hablar. Se secó las manos en la hierba húmeda y ordenó al reacio soldado que regresara para volver a colocar la tapa del ataúd y cubrir este con tierra. Corbett se dio cuenta de que la escolta ya no se encontraba allí. Ranulfo estaba sentado a unos metros de distancia y los soldados se hallaban agrupados murmurando y maldiciendo mientras Selkirk ya había cruzado el cementerio para acercarse a una tumba cercana.

—Si habéis terminado ahí —indicó *sir* Jacobo sin alzar demasiado la voz—, está es la tumba de Seton.

De nuevo los soldados excavaron y Corbett abrió la tapa de madera. Apartó la

envoltura de piel y oyó que Selkirk ahogaba un grito de sorpresa. El joven que allí yacía era de baja estatura, rubio y, aunque hacía mucho más tiempo que se hallaba bajo tierra que el cuerpo de Erceldoun, aunque hinchado y con un tinte verdoso, apenas había empezado a descomponerse.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Selkirk en voz baja—. ¿Cómo ha podido permanecer tan fresco un cadáver que ha estado bajo tierra?

—No lo sé —respondió Corbett—. Pero tengo mis sospechas. No estoy sorprendido. Casi esperaba encontrar esto.

Rápidamente volvieron a enterrar el cuerpo de Seton y, a pesar de las protestas de *sir* Jacobo, Corbett insistió en que su escolta le acompañara de regreso a la abadía de la Santa Cruz. Regresaron sin incidentes. Corbett dio las gracias secamente a *sir* Jacobo, le deseó buenas noches y, seguido por un aliviado Ranulfo, penetró agradecido en la fría oscuridad de la abadía.

Capítulo XV

Al día siguiente, Corbett estuvo ocupado en el *scriptorium* de la abadía, sentado ante un pequeño pupitre, redactando una lista de hechos y bufando enojado ante sus propios errores, los cuales tachaba furioso con la pluma, y volvía a empezar. Ranulfo se acercó con una serie de preguntas quejumbrosas pero Corbett le hizo marchar con una mirada. El prior, siempre curioso, también trató de intervenir, pero Corbett, taciturno y reservado, dejó claro que no quería responder a ninguna pregunta. Una vez completada su lista y señalado cada punto, Corbett cogió el pergamino y abandonó la perfumada biblioteca para ir a pasear por su claustro, murmurando para sí y aludiendo de vez en cuando al pedazo de pergamino que sostenía con fuerza en la mano, como un predicador aprendiendo su sermón o un estudiante preparándose para presentar su tesis. Los monjes, inhabituados a semejante conducta, hablaban en voz baja con deleite acerca de las excentricidades de este escribano inglés. A Corbett no le importaba; interrumpió su constante pasear para tomar un poco de pescado hervido en leche con hierbas y volvió a su tarea. Las imágenes que habían sido tan vagas en su mente ahora eran bastante claras y nítidas, pero tenía que estar seguro: tenía que presentar la solución como un documento legal, conciso y claro, cada cosa en su lugar y, lamentablemente, todavía quedaban lagunas que llenar y cabos sueltos que atar.

A media tarde, pidió y obtuvo del ahora confundido prior los servicios del hermano lego que les había acompañado a Earlston. Ordenó a Ranulfo que ensillara los caballos y Corbett encabezó ese pequeño grupo que partió de la abadía para ir a la ciudad. Le satisfizo ver que en cuanto salían por la puerta de la abadía se unían a ellos los soldados que *sir* Jacobo Selkirk había apostado cerca de allí. Corbett era ajeno a todo cuando entraron en la ciudad: las sucias calles, el ruidoso clamor de los comerciantes, incluso la mezcla de fuertes olores procedentes de las panaderías, puestos de comida y montones de inmundicias humanas y animales que echaban vapor bajo el sol estival. Trataba de recordar la ruta que había tomado la mañana en que los hombres de De Craon le habían detenido. El calor en las estrechas y atestadas calles era sofocante y los hombres de *sir* Jacobo empezaron a quejarse en voz alta; el hermano lego, acostumbrado a las rarezas de Corbett, cabalgaba resignado sobre su amable caballo mientras Ranulfo miraba de soslayo a su errático y peculiar amo.

Al fin, Corbett halló el estrecho callejón y se abrió paso entre la multitud hasta el ajado anuncio de cerveza en la fachada de la sombría casa. Ranulfo y la escolta recibieron la orden de esperar fuera, pero al hermano lego se le pidió que entrara pues podía, como expresó Corbett, «hablar la lengua común». Ranulfo, en el exterior, atisbo por la pequeña ventana, que tenía abiertos de par en par sus destartados postigos de madera para dejar entrar el aire y la luz. El lugar era como cualquier cervecería o taberna de Southwark con el suelo lleno de mugre y las mesas desvencijadas, a las que se sentaban comerciantes y campesinos ansiosos por gastarse

los beneficios que habían obtenido en el mercado aquel día. Ranulfo observó a Corbett, y al hermano lego actuando de intérprete, en atenta conversación con el tabernero. Al cabo de un rato, Corbett asintió, le entregó unas monedas y se marchó, con el rostro risueño.

Partieron, no hacia la abadía sino hacia el castillo. Corbett envió a un miembro de la escolta para que pidiera audiencia a Wishart y cuando llegaron, el anciano obispo de aspecto taimado les esperaba en sus ahora sofocantes aposentos, aunque aún envuelto en ropaje ribeteado con piel.

—La sangre se hace más clara, maese escribano —se disculpó—, voy al encuentro de la muerte. Un día, quizá antes de lo que creéis, vos podéis encontraros con la vuestra.

Corbett hizo caso omiso de la velada amenaza y se arrellanó en la silla que el criado había traído para él. Aparte de Selkirk, se hallaban solos, pues Corbett había dejado fuera a Ranulfo y la escolta para que descansaran y se refrescaran.

—Queríais verme, maese escribano, así que vayamos al grano.

Corbett percibió que el obispo estaba tenso, ansioso, incluso asustado.

—Ilustrísima —dijo—, ¿el difunto rey habló con vos, en alguna ocasión, de su matrimonio?

—No —respondió el obispo con énfasis—. Su alteza estaba... poco dispuesto a hablar de esos asuntos conmigo.

—¿Con alguna otra persona, entonces?

—No, que yo sepa, no. El rey guardaba para sí sus asuntos personales.

—¿Los enviados franceses eran una excepción, en particular en los días anteriores a su muerte? —Corbett insistió en su interrogatorio.

—Sí —respondió con voz lenta el obispo, tratando de ganar tiempo para pensar—. Pero no estamos en un juicio inglés, maese Corbett. ¿A qué vienen tantas preguntas? ¿Me hallo ante un tribunal?

—Ilustrísima, no tenía intención de ofenderos —se disculpó sinceramente Corbett—, pero veo un final a este asunto. Os informaré de él pero estoy impaciente. —Corbett se interrumpió y prosiguió—: Bien, ¿los enviados franceses estaban enterados de los secretos del rey?

El obispo cogió un largo y delgado cortaplumas y lo dejó en equilibrio en su mano, surcada de venas y con manchas de color marrón.

—Alejandro era un buen rey —respondió con cautela—. Mantuvo Escocia en paz, pero, como hombre, le dominaba su bragueta. Cuando murieron sus hijos, se dedicó a divertirse, no quería ningún contrato matrimonial, pero luego accedió a casarse con la princesa Yolanda. Al principio, las cosas fueron bien. El reino esperaba un heredero, pero el rey se volvió hosco, colérico y reservado; evitaba a los enviados franceses pero sí, en los días precedentes a su muerte se encerraba con ellos; incluso lo hizo el día anterior mismo.

Wishart se rebulló en su asiento, enojado e impaciente por las preguntas

impertinentes de aquel escribano inglés. Le habría gustado ordenar que le echaran del reino, enviarle al otro lado de la frontera con una escueta nota para su arrogante rey. El obispo miró el rostro pálido y enjuto del escribano. Había muchas cosas que le habría gustado hacer, pero necesitaba a aquel hombre, quien, con una combinación de suerte y lógica, sería capaz de llegar a verdades que podían afectar al reino.

Wishart se inclinó y rebuscó entre los pergaminos que tenía sobre la mesa, cogió un delgado rollo y se lo arrojó a Corbett.

—Pedisteis esto —comentó—, o más bien lo pidió el hombre al que enviasteis para solicitar audiencia.

Corbett hizo un gesto de asentimiento dándole las gracias con un murmullo y desenrolló el pergamino con cuidado. Se trataba de una simple lista, escrita con mano de escribano, que describía los efectos y propiedad de un tal «Patricio Seton, *Esquire*». Corbett examinó la lista con atención, gruñó con placer, se la devolvió a Wishart y se levantó.

—Ilustrísima —dijo—, gracias por vuestro tiempo y ayuda. Me gustaría hacer una pregunta más a *sir* Jacobo Selkirk.

Wishart se encogió de hombros.

—¡Hacedla! —exclamó.

—Creo —empezó a decir Corbett, volviéndose a Selkirk— que vos fuisteis enviado por el obispo Wishart a primera hora de la mañana del 19 de marzo a comprobar que todo iba bien con respecto al rey. Tomasteis la barca en Dalmeny y luego utilizasteis los caballos de los establos reales en Aberdour para viajar hasta Kinghorn, y entonces fue cuando encontrasteis el cuerpo del rey en la playa.

El caballero gruñó.

—Sí —respondió—. Eso es lo que sucedió. No hay nada extraordinario en ello, ¿verdad?

—Ah, sí que lo hay —dijo Corbett con suavidad—. ¿Era práctica común para vos viajar tras el rey para comprobar que todo iba bien? Y si cabalgabais a lo largo de los riscos de Kinghorn, ¿cómo diantres visteis el cuerpo del rey en las rocas, abajo?

Selkirk agarró con fuerza a Corbett por la muñeca.

—No me gustáis, escribano inglés —dijo entre dientes, amenazadoramente—. No me gustan vuestra arrogancia y vuestras preguntas, y si pudiera, provocaría un accidente o haría que os arrojaran a alguna profunda mazmorra hasta que todo el mundo se hubiera olvidado de vos.

—Selkirk —espetó Wishart—, ¡controlaos! Sabéis que hay respuestas para las preguntas del escribano, ¡así que dádselas!

Selkirk soltó a Corbett y se recostó en la silla.

—Era práctica común de Alejandro III —comentó— cabalgar como un demonio por su reino. Esa no fue la primera vez y, si hubiera sobrevivido, sin duda no habría sido la última. El rey estaba constantemente en movimiento. Era casi como si tuviera un diablo dentro de él. No podía descansar. Su ilustrísima el obispo —señaló con la

cabeza hacia su patrón— a menudo me enviaba tras el rey para comprobar que todo estaba en orden. En numerosas ocasiones encontré a miembros de la casa real detenidos, sin caballos, tras haber sufrido algún daño. No esperaba nada diferente cuando su ilustrísima me envió la mañana del día 19. Acompañado por dos hombres de armas, crucé el golfo en Dalmeny y cogí caballos de los establos reales de Aberdour. Conocéis poco Escocia, maese Corbett, o el mar. Cuando hubimos cruzado el golfo era casi de mañana, la marea se había retirado y por tanto no tomamos el camino de lo alto del acantilado sino que cabalgamos por la orilla de la playa. La tormenta se había alejado, era una mañana radiante y nuestros caballos estaban descansados. Galopamos por la arena y supimos lo que había sucedido mucho antes de llegar a las rocas donde yacía el rey. Vi el color blanco de *Tamesin*, el caballo del rey muerto, así como la capa morada de Alejandro ondeando al viento. El rey yacía entre las rocas y era evidente que se hallaba muerto. Había caído entre dos escarpados peñascos de afiladas aristas y la furiosa marea había vapuleado su cuerpo entre ellos. Su rostro era una masa de heridas y se había partido el cuello. De no haber sido por los anillos que llevaba en los dedos, me habría costado reconocerle.

—¿Y el caballo? —preguntó Corbett.

—Era mejor no mirarlo —respondió Selkirk—. También era una masa de heridas, tenía dos patas rotas, la cabeza completamente vuelta. Le sacamos los arreos al animal y construimos un tosco féretro para el cuerpo del rey. Después de esto regresamos a Aberdour, donde una barcaza real, más tarde, transportó el cuerpo del rey a la otra orilla del golfo de Forth.

—O sea —prosiguió Corbett—, que vos en ningún momento fuisteis al promontorio de Kinghorn ni examinasteis el lugar desde donde el rey podía haber caído.

—No —respondió Selkirk despacio—. Aunque sabíamos, por el lugar adonde cayó, que tenía que haber sido en la cima, justo cuando el camino baja el acantilado hasta Kinghorn Manor.

Corbett sonrió discretamente.

—Entonces, os debo mis más sinceras disculpas, *sir* Jacobo —dijo—. Siempre creí que habíais ido por el promontorio de Kinghorn y visto el cadáver abajo, y que luego lo habíais izado con cuerdas.

Selkirk soltó una ronca carcajada.

—¿Por qué iba a hacerlo? Ya os he dicho que la marea se había retirado. Cualquier viajero habría tomado la misma ruta que yo. Solo se utiliza el camino por la orilla del acantilado cuando hace mal tiempo o si existe alguna posibilidad de quedar atrapado por la marea. Pero vuestro comentario de las cuerdas y de izar el cadáver es una tontería.

Corbett asintió, aceptando la explicación.

—Otro favor, ilustrísima —dijo Corbett con calma—. Pero es necesario hacerlo, aunque pueda ofender a los franceses.

—Adelante —dijo Wishart en tono de cansancio.

—He ido a Kinghorn Manor —prosiguió Corbett—. He tratado de ver a la reina Yolanda para preguntarle por qué no envió a nadie en busca del rey cuando este no llegó a Kinghorn Manor. Me parece extraño que una esposa, una reina, una princesa con responsabilidades, a la que acaban de informar de un modo más inseguro que su esposo va a reunirse con ella, no haga nada cuando este no llega. Cualquier mujer con sentido común se habría alarmado y habría enviado a miembros de su corte para encontrar al rey. Al fin y al cabo, podía haber sido arrojado del caballo y estar herido en los páramos en medio de una fuerte tormenta. Debo preguntar a la reina Yolanda por qué actuó de ese modo.

Corbett observó con atención al anciano obispo. Por una parte vio sus propias sospechas reflejadas en los ojos del prelado, por otra Wishart comprendía que semejante entrevista podría ofender a los franceses y causar más problemas de los necesarios. Corbett decidió presionar.

—Que sepamos, ilustrísima, es posible que la reina Yolanda estuviera implicada en la muerte de su esposo. ¡Por ella, por Francia, por Escocia, estas sospechas deben ser aclaradas!

Wishart hizo un gesto de asentimiento.

—La reina Yolanda —dijo— tiene que marcharse mañana con la marea de después del amanecer. Una galera francesa la recogerá en la costa del golfo y la llevará al mar, donde otros barcos esperan para escoltarla de regreso a Francia. Entiendo que el enviado francés, De Craon, la despedirá. —El obispo suspiró—. Si el barco francés sale del golfo —prosiguió—, existen pocas probabilidades de que se detenga para responder a vuestras preguntas, maese escribano. Así que debéis detenerla antes de que su barco salga del golfo. —De pronto el obispo se rebulló—. ¿Tenemos algún barco, *sir* Jacobo? —preguntó el obispo.

—Por supuesto —respondió Selkirk.

—Quiero decir —replicó el obispo con brusquedad— si hay en el puerto de Leith algún barco que podamos utilizar.

Selkirk se frotó la boca con la mano.

—Está el *San Andrés* —dijo—; es una pieza que utilizamos a menudo para proteger nuestros barcos de los piratas ingleses. —Miró de reojo a Corbett—. Posee una dotación completa, tripulación, arsenal, y está listo para hacerse a la mar en cualquier momento.

—Ah, bien. —Wishart sonrió—. *Sir* Jacobo, lleve a nuestro visitante inglés al puerto de Leith y ordene al capitán que siga sus instrucciones a través del golfo. Tiene que detener el barco, hablar con la reina Yolanda y no permitir que ella abandone el golfo de Forth hasta que Corbett tenga respuestas satisfactorias a ciertas preguntas que incluso a mí me intrigan. Os daré las autorizaciones y cartas necesarias.

Capítulo XVI

A l cabo de una hora, Corbett y Selkirk, acompañados por una docena de soldados montados, avanzaban traqueteando por el camino lleno de barro que conducía de Edimburgo al puerto de Leith. Su avance era rápido, el terreno se había endurecido después de las lluvias y *sir* Jacobo había desplegado el estandarte real de Escocia para que todo el que utilizara la carretera se hiciera a un lado enseguida y les dejara pasar. Entraron galopando en Leith, recorrieron sus estrechas y sinuosas calles, cruzaron la plaza adoquinada del mercado donde Corbett se había tropezado con los secuaces de Bruce y luego siguieron por el muelle. El puerto estaba abarrotado de embarcaciones, pequeños esquifes, barcas, las enormes proas de los buques mercantes hanseáticos. Pequeñas grúas extraían o depositaban balas, barriles, baúles y enormes bolsas de cuero. Reinaba una gran confusión de ruidos, extraños juramentos, gritos y órdenes, mientras los barcos llegaban o se preparaban para zarpar. *Sir* Jacobo no prestó atención a este bullicio y condujo a su pequeño grupo por el muelle, ordenando a la gente que se apartara y haciendo caso omiso de los juramentos e insultos que les seguían.

Por fin llegaron al *San Andrés*, una gran embarcación de guerra con el casco como una cuba. El cuerpo del buque se erguía sobre el muelle, coronada su popa por pequeñas torres o plataformas almenadas para proteger a los arqueros y soldados durante la batalla. El enorme y único mástil tenía la vela grande recogida bajo la plataforma utilizada por el vigía. *Sir* Jacobo hizo señas al barco, indicando a la tripulación que iban a subir a bordo, y una gran plancha fue descendida. *Sir* Jacobo ordenó a uno de su séquito que se quedara y guardara los caballos en un establo mientras él y Corbett, acompañados por el resto del grupo, subían con gran cuidado por la plancha a bordo del bullicioso barco. La tripulación iba de un lado a otro dándose empujones; Corbett dedujo que el barco había regresado a puerto recientemente y la tripulación se afanaba limpiando las cubiertas. Vio una gran mancha de sangre y supuso que el barco debía de haber participado en una de las muchas escaramuzas que tenían lugar en alta mar, pues barcos de diversas naciones, Noruega, Dinamarca, Inglaterra, Escocia y Francia, utilizaban aquellas aguas para pescar, comerciar y piratear.

Un hombre joven, pelirrojo, vestido sencillamente con jubón, polainas y botas se acercó a Corbett y habló con un acento que el escribano inglés ni siquiera podía esperar seguir. Sin embargo, Selkirk se hizo entender con claridad. El hombre, curioso, miró exhaustivamente a Corbett y estaba a punto de negarse cuando Selkirk le mostró la autorización sellada de Wishart. El capitán, pues Corbett supuso que tenía que ser él, soltó una letanía de ricos juramentos en varias lenguas, dejando a Corbett sin ninguna duda acerca de lo que sentía respecto a la misión. No obstante, el tipo empezó a dar órdenes a gritos. Las cubiertas se despejaron; los marineros treparon como monos por las jarcias desenrollando la vela grande, mientras otros dos

eran enviados a los castillos de popa para ocuparse de la barra del timón. Al cabo de un rato el capitán, mucho más tranquilo, llevó a Selkirk y a Corbett a su camarote, situado debajo del castillo de proa, una habitación pequeña y lúgubre que olía a alquitrán y sal y que contenía un simple camastro, un baúl y varios taburetes. Corbett, poco habituado al suave balanceo del barco y los techos bajos, se golpeó la cabeza al erguirse. El dolor resultante era intenso y aunque el capitán se rio, ofreció a Corbett una copa de vino sorprendentemente bueno para calmar el dolor y, como lo expresó Selkirk, reforzar su estómago para la travesía que le esperaba.

Al cabo de una hora de haber embarcado, el *San Andrés* había girado y se abría paso en el golfo. El dolor en la cabeza de Corbett se calmó solo para ser sustituido por una creciente sensación de náuseas a medida que el barco surcaba el agua. Selkirk disfrutaba con el malestar del inglés.

—Vamos, maese Corbett —dijo jovialmente—, será mejor que subáis a cubierta si os vais a marear. No podéis vomitar aquí y trastornar a nuestro anfitrión. Además, necesitará instrucciones.

Corbett masculló una maldición pero siguió a Selkirk por la escalerilla hasta la cubierta del barco. La vela grande, ahora desplegada, se hinchaba con el fuerte viento mientras el barco se dirigía hacia la distante costa. El golfo era mucho más ancho aquí que en Dalmeny y, si no hubiera sido un día claro, Corbett casi habría creído que se hallaban en alta mar. El capitán les mostró un tosco mapa dibujado sobre dura vitela marrón y con un dedo rechoncho y comentarios guturales señaló la costa de Fife, Kinghorn Manor y el lugar posible donde los franceses podrían fondear para recoger a un grupo.

—¿Qué dice? —preguntó Corbett.

Selkirk se encogió de hombros.

—En Kinghorn no hay puerto, pero hay varias aldeas de pescadores y calas a lo largo de la costa donde la reina Yolanda iría para esperar el barco. Es cuestión de seguir simplemente la costa hasta que veamos el barco.

Selkirk levantó la vista hacia el cielo que oscurecía.

—Pronto será de noche —comentó— y no veremos nada. El capitán ha prometido llegar a la costa al amanecer y seguirla hasta el mar. Es nuestra única esperanza.

Selkirk habló con el capitán durante un rato en una lengua que luego explicó que era gaélico, la lengua de las islas, antes de llevar a Corbett de nuevo al camarote.

Corbett pasó entonces la que debió de ser una de las peores noches que jamás había experimentado. El capitán le dio un tazón de caldo frío que solo pudo tragar acompañándolo con vino. Selkirk le arrojó una capa, diciendo al escribano que se pusiera lo más cómodo posible y Corbett durmió de manera irregular, despertando una o dos veces para subir a cubierta a vomitar la cena al mar entre los gritos de burla del vigía nocturno. Al final Corbett decidió quedarse allí, apoyado en la baranda, contemplando el amanecer. El capitán cumplió su palabra. El barco llegó a la costa justo después de salir el sol y empezó a seguirla en dirección sudeste hacia el mar. Su

tarea no era tan difícil como Corbett había creído. La tripulación detuvo un esqui de pesca que les informó de que el día anterior habían visto un barco francés navegando golfo arriba. Después fue una simple cuestión de tener viento fuerte; los marineros subían y bajaban por las jarcias para ajustar la vela de modo que aprovechara toda la brisa y todo soplo de aire mientras los vigías permanecían apostados en lo alto del mástil.

El barco entró en una monótona rutina hasta que los gritos de los vigías llevaron a Selkirk y al capitán de nuevo a cubierta. El *San Andrés* llegó a un cabo y entró en una pequeña cala donde una gran galera con dos mástiles se preparaba para zarpar.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Corbett.

—¡Detenerla! —respondió Selkirk lacónicamente.

Ordenó al capitán que desplegara el estandarte real en popa, solo por si los franceses creían que eran piratas, cuando el *San Andrés* empezó a avanzar junto a la galera. Selkirk, apostándose en el castillo de proa, gritó el alto a la nave en escocés y en francés. Al principio fue saludado por gritos y abucheos y Corbett se preguntó si la galera se negaría a ponerse al paio y seguiría su camino hacia alta mar. Se reunió con Selkirk en el castillo de popa y observó las figuras del barco francés moverse deprisa de un lado a otro en cubierta.

—De Craon está aquí —dijo Selkirk con aspereza, y señaló una figura que estaba en el centro de la galera entre dos mástiles.

Las dos embarcaciones se hallaban ahora una al lado de la otra, separadas solo por unos metros en el agua; el barco escocés había aflojado la vela mientras los remos de la galera estaban fuera del agua. Selkirk llamó al enviado francés por su nombre, siguió una conversación más civilizada y el *San Andrés* recibió permiso para acercarse. Corbett y Selkirk, acompañados por cuatro hombres de armas, bajaron con bastante torpeza por una escalerilla y fueron metidos a bordo entre las maldiciones que los remeros franceses mascullaban. De Craon, acompañado por varios soldados vestidos con media armadura, acudió a saludarles.

—*Sir* Jacobo Selkirk —dijo—, ¿a qué viene tanta agitación? ¿Cuál es el problema? Nuestro amo, el rey Felipe IV, no verá con agrado la noticia de que sus barcos no pueden entrar y salir de los puertos de Escocia sin impedimentos.

—¡Esto no es ningún impedimento! —replicó Selkirk—. Solo deseamos tener una conversación con vos y vos habéis accedido. ¿Conocéis a maese Corbett, el enviado inglés?

De Craon hizo la más elemental reverencia.

—¡Me parece que todo el mundo conoce a maese Corbett —respondió—, con sus eternas preguntas y su habilidad para meter la nariz en asuntos que no le conciernen! ¿De qué se trata esta vez, escribano inglés?

—Su ilustrísima el obispo de Glasgow —respondió Corbett— me ha pedido que solicite audiencia con *lady* Yolanda para aclarar ciertos asuntos referentes a la muerte de su difunto esposo, el rey Alejandro III de Escocia.

—¡Ciertos asuntos! —espetó De Craon—. Conozco vuestras intromisiones, escribano. Fuisteis a Kinghorn y la reina amablemente os concedió una audiencia durante la cual vos la perturbasteis. Sin embargo, la segunda vez se negó a veros y no os verá ahora.

Corbett observó fijamente al enviado francés de mirada penetrante y comprendió que era imposible insistir. La galera iba bien armada y era poco probable que *sir* Jacobo le proporcionara ayuda alguna. En consecuencia, se sorprendió cuando Selkirk habló.

—*Monsieur* De Craon —dijo—, vuestro barco se halla en nuestras aguas, *lady* Yolanda estaba casada con un rey escocés. Somos portadores de autorizaciones del Consejo de Regencia de Escocia y no obstante na nos hacéis caso. Si lo deseáis, seguid vuestro camino, pero informaremos de vuestra grosería y obstinación a Felipe IV de Francia, a quien no agrada ver obstaculizadas las delicadas futuras negociaciones por los malos modales de uno de sus enviados.

Selkirk calló y Corbett vio a De Craon estremecerse por lo que el escocés había dicho y vislumbrar las alternativas que se le abrían.

—*Monsieur* De Craon —intervino Corbett con tacto—, os aseguro que no ofenderé a *lady* Yolanda. Os ruego que me permitáis hablar con ella unos momentos y, si sois tan amable, también con vos. En confianza —concluyó—. Será en confianza, os lo aseguro, y no os haré ninguna afrenta.

De Craon miraba inexpresivamente al escribano y se encogió de hombros para mostrar su malestar.

—Está bien —masculló—, podréis ver a *lady* Yolanda, pero no en su camarote —previno levantando el dedo índice en gesto de advertencia—. Sugiero que unos minutos aquí, en cubierta, serán suficientes.

Corbett accedió y De Craon desapareció un momento.

El escribano oyó voces en francés y comprendió que *lady* Yolanda protestaba en voz alta por tener que reunirse con él. No obstante, las habilidades diplomáticas de De Craon prevalecieron y *lady* Yolanda, una hermosa figura envuelta en costosas pieles, apareció en cubierta y con aire arrogante hizo señas a Corbett para que se acercara a ella. Corbett sonrió lánguidamente a Selkirk, hizo un gesto de asentimiento para mostrar su agradecimiento y fue a reunirse con *lady* Yolanda. La altiva princesa se negó a hablar en inglés y Corbett tuvo que utilizar toda su habilidad en francés para mantener una conversación con la certeza de que no la ofendía.

—Señora —comenzó—, solo tengo una pregunta que haceros y, antes de que respondáis, debo informaros de que conozco bien los delicados detalles de vuestra relación personal con el difunto rey. —Observó los ojos de la mujer, desorbitados por la sorpresa—. Os aseguro —se apresuró a añadir Corbett— que solo os haré una pregunta.

—¡Continuad! —ordenó ella lacónicamente—. ¡Hacedme esa pregunta! ¡Acabemos con este asunto!

—La noche en que el rey murió —manifestó Corbett— llegó un mensaje diciendo que el rey se disponía a viajar a Kinghorn. O sea que esperabais al rey, ¿no es así?

Yolanda asintió, observando a Corbett con atención.

—Bien —prosiguió Corbett—, el rey no llegó sino que lo hizo Patricio Seton, el escudero. Seguramente vos estabais preocupada porque vuestro esposo no le había seguido. Debisteis de pensar que había ocurrido algún accidente. En ese caso, ¿por qué no enviasteis a Seton de regreso en busca de su amo o a algunos miembros de vuestra corte para que le encontraran?

—Es muy sencillo —respondió la princesa francesa—. Seton llegó a Kinghorn. Él nunca me había gustado y yo sabía que él me odiaba. Le despedí lo más deprisa que pude y más tarde averigüé que había ido a emborracharse. En cuanto al rey —se acercó más a Corbett para que solo él oyera lo que decía, envolviéndole con su dulce perfume, hasta que él casi pensó que iba a besarle—, en cuanto al rey —repitió la princesa en un susurro—, le odiaba. Odiaba sus borracheras, sus muchas amantes, su cuerpo fuerte y lleno de cicatrices. Me importaba un comino que estuviera desangrándose en esos páramos salvajes. ¿Lo entendéis, escribano inglés? ¡No me importaba lo más mínimo! ¡No me preocupaba! ¡Ahora, marchaos!

Corbett, sorprendido por el veneno y el odio que reflejaban los ojos de la mujer, se apresuró a apartarse y observó a Yolanda regresar a su camarote. Miró al otro lado de la galera, donde Selkirk y De Craon se hallaban de pie cerca de la baranda.

—¿Habéis terminado, maese Corbett? —preguntó De Craon con dulzura, casi como si lamentara la recepción que el escribano inglés había recibido.

—He terminado, pero tengo preguntas para vos, *monsieur* De Craon.

—Haced vuestras malditas preguntas —gruñó De Craon—. Por el amor de Dios, hacedlas y dejadnos partir.

Corbett se acercó a él y agradeció que Selkirk, diplomáticamente, se alejara unos pasos para no oír lo que decían.

—Vuestras preguntas, *monsieur* —observó De Craon con aspereza—, ¿están listas?

—Sí —respondió Corbett—. ¿El difunto rey habló alguna vez con vos de su matrimonio?

—¿Qué os importa eso a vos? —espetó De Craon acalorado—. ¡Las conversaciones entre un enviado francés y un monarca escocés no son de la incumbencia de un enviado del rey Eduardo de Inglaterra!

Corbett percibió que podría conseguir poca cosa si De Craon seguía de ese talante; se aproximó a donde un pequeño crucifijo de madera estaba clavado al mástil y puso la mano encima.

—Juro —dijo Corbett con énfasis— que mi intención no es espiar para el rey inglés. Lo juro por esta cruz. También juro que lo que hago, lo hago con el conocimiento pleno del obispo Wishart. —Corbett regresó junto al enviado francés—. *Monsieur* De Craon, os digo la verdad. Comprendo que *lady* Yolanda es una

noble y que vos desempeñasteis un papel decisivo en el arreglo de su matrimonio con el difunto rey. Sin embargo, también sé que el matrimonio, debido a *lady* Yolanda, jamás fue consumado.

El enviado francés dio un respingo, dispuesto a hacerse el cortesano ultrajado, pero la mirada fija de Corbett le calmó. Arrastró los pies y frunció los labios, tratando de ocultar su turbación y sorpresa ante ese peligroso y hábil escribano inglés. De Craon se encogió de hombros y sonrió, deseando en secreto haber matado a aquel hombre y jurando que lo haría a la primera oportunidad que se le presentara. Por su parte, Corbett observaba al francés y se dio cuenta de que estaba en lo cierto, y se dispuso a cerrar la trampa.

—¿Hablasteis de *lady* Yolanda con el rey Alejandro en la reunión del Consejo la noche antes de que él muriera?

—¿Cómo iba a hacerlo, delante de otras personas?

—¿Con quién habló el rey?

—Con lord Bruce, el obispo Wishart, sus escuderos, Seton y Erceldoun, Benstede —este último nombre lo pronunció con aspereza.

—Pero ¿el día anterior lo pasasteis con el rey?

—Sí —respondió De Craon con hosquedad.

Corbett cerró entonces la trampa, procurando con todas sus fuerzas controlar su excitación.

—¿Fue entonces cuando hablasteis de un posible matrimonio con *lady* Margarita, la hermana de Felipe IV de Francia?

De Craon se irguió.

—¡Señor! —exclamó—. Habéis ido demasiado lejos. No es asunto vuestro. *Lady* Margarita es una princesa de sangre. No estáis... —de pronto se interrumpió, miró fijamente a Corbett y sonrió con frialdad—. Eso ha estado bien, *monsieur* —murmuró—. Muy hábil. Sois un buen escribano, *monsieur* Corbett. —Se alejó hacia el otro lado de la cubierta—. ¡Demasiado bueno para este mundo, *monsieur*! *Au revoir*.

—Estoy seguro de que volveremos a vernos —murmuró Corbett, pero el francés ya se hallaba fuera del alcance del oído, dando órdenes a gritos a sus criados y tripulación para que se prepararan.

Sin más, Corbett, Selkirk y su pequeño grupo regresaron a su embarcación. La galera empezó a dejar atrás a la otra nave, hundiendo los remos en el agua para avanzar, siguiendo la marea hacia alta mar. Su regreso a Leith en el *San Andrés* fue tan incómodo como el viaje de ida y Corbett agradeció sentir bajo sus pies el suelo firme del muelle. Selkirk, sin embargo, estaba impaciente por regresar. Recogieron sus caballos de los establos y pronto se hallaron cruzando las calles adoquinadas de Edimburgo camino de la abadía de la Santa Cruz. Selkirk prometió dejar su habitual

fuerza simbólica y Corbett, agradecido por la intervención y ayuda de Selkirk en la galera francesa, quiso darle las gracias al más bien taciturno caballero escocés.

—No me deis las gracias —replicó *sir* Jacobo—. Cuanto antes termine este asunto, maese escribano, antes os iréis y eso me hará muy feliz.

Corbett solo pudo asentir y se volvió para llevarse los caballos cuando Selkirk le llamó.

—La verdad, Corbett, para ser un escribano inglés poseéis algunas cualidades muy buenas, ¡y esto es un verdadero elogio, viniendo de un escocés!

Corbett sonrió y siguió su camino para entrar en la abadía, satisfecho de haber realizado el trabajo y de que la información que había recibido fuera tan útil.

El prior se reunió con él en su pequeño aposento, resonando en el pasillo de piedra el golpeteo de sus sandalias al andar y ondeando a su alrededor la túnica gris.

—¿Vuestro viaje por mar os ha sido provechoso? —preguntó el prior—. ¿De Craon os ayudó?

Corbett sonrió.

—De Craon es un hombre excitable —respondió—, y un poco necio. Le engañé, pero tuve que hacerlo. Recuerdo que en una ocasión vi un mosaico, un mosaico romano... ¿habéis visto alguno? —El prior hizo un gesto de negación—. Bien —prosiguió Corbett—, era hermoso. El rostro de una mujer, oscuro y misterioso, con el pelo negro largo y suelto. El artesano había creado esta visión con pequeñas piedras de colores y algunas de ellas se habían soltado. Pasé un día entero colocándolas de nuevo, observando aquel rostro, de cientos de años de antigüedad, cobrar vida. —Suspiró—. Pero la pintura y la escultura no os interesan. Sin duda os interesan más las hierbas, drogas y venenos. —Observó que el rostro cetrino del prior enrojecía—. Lo siento, padre —sonrió—. Quería sorprenderos. Yo soy como el pintor de aquel mosaico, las pequeñas piezas están colocándose en su lugar y necesito vuestra ayuda. Decidme, ¿hay alguna hierba que haga ver imágenes y, al mismo tiempo, agudice la memoria?

Relató entonces al prior su experiencia en el bosque de Ettrick, cuando visitó la aldea de los pictos. El prior le escuchó con expresión solemne.

—Sí —respondió—, existen ciertas plantas que cortadas, destiladas y tratadas pueden hacer girar la mente del hombre y crear fantasmas en su alma; la belladona, la dedalera morada, sobre todo las flores de Hécata, reina de la noche, el eléboro negro. Almendras con mantequilla o incluso hojas mascadas del laurel. Todas ellas pueden excitar la mente, hacer recuperar recuerdos perdidos. —Miró con dureza a Corbett, escrutando sus ojos cansados el rostro del escribano inglés—. Pero habéis mencionado venenos, Hugo —añadió con calma—, y todas las plantas que he mencionado podrían matar a un hombre, extinguirle la vida como una brisa apaga una vela.

Corbett se inclinó y describió lo que había visto. El prior le interrogó a fondo y Corbett respondió con toda la exactitud que pudo. El prior dejó de hablar, reflexionó

y expresó sus conclusiones. Corbett sonrió lentamente: la última piedra se hallaba en su lugar, el dibujo era completo y, mentalmente, vio con claridad el rostro del asesino de Erceldoun, de Seton, del joven de su propio séquito, del barquero y, sobre todo, del regicida, el asesino del ungido por el Señor, el rey Alejandro III de Escocia. Corbett pidió al prior un último favor, una tarea más; el monje accedió y se retiró en silencio de la habitación.

Capítulo XVII

A l día siguiente Corbett asistió a la Misa celebrada al amanecer. Se arrodilló y observó al sacerdote ofrecer el blanco cuerpo de Cristo, la hostia y el cáliz levantados, pidiendo al Cordero de Dios que limpiara los pecados del mundo. Corbett tomó el sacramento, deseando que le diera fuerzas para combatir el mal con que se encontraría aquel día. Después de la Misa, mandó un último emisario al sur con un mensaje verbal que no debía entregarse a nadie salvo al canciller de Inglaterra, Roberto Burnell, obispo de Bath y Wells. El canciller, insistió Corbett, se hallaría en el priorato de Tynemouth. Si no se encontraba allí, el mensajero tenía que esperar hasta que llegara. Corbett dio entonces ciertas instrucciones al prior y a la escolta armada de Selkirk, que seguía de guardia en el exterior de las puertas de la abadía, y regresó a su pequeña celda.

Justo antes de mediodía oyó voces en el pasillo, botas de cuero golpeando el pavimento. Alguien llamó a la puerta y entró Benstede, sonriendo afablemente, mientras daba unas palmadas a Corbett en el hombro y miraba en torno a la lúgubre celda.

—Bien —dijo Benstede en cuanto se hubo acomodado—, ¿queríais verme?

Corbett asintió.

—He descubierto quién mató al rey Alejandro III y cómo, pero no la razón por la que lo hizo.

Por primera vez desde que le conocía, Corbett vio auténtico miedo y sorpresa en el rostro de Benstede. El color abandonó sus mejillas, la expresión burlona desapareció de sus ojos y se quedó boquiabierto.

—¿Quién es? —susurró con voz ronca.

—¿Por qué lo preguntáis, maese Benstede? —preguntó a su vez Corbett—. Vos sabéis quién es. ¡Vos sois el asesino de Alejandro III!

Durante largo rato Benstede permaneció sentado mirando fijamente a Corbett.

—No es posible que vos... —empezó a decir, y tragó saliva—. No tenéis ninguna prueba. Solo estáis acusándome, cuando deberíais acusar a De Craon y a su grupo de asesinos.

Corbett observó la mano de Benstede acercarse al cuchillo que llevaba en el cinturón.

—¡Maese Benstede! —exclamó—. Os sugiero que mantengáis la mano lejos de vuestra daga y que no intentéis ningún tipo de violencia, ni gritéis ni tratéis de pedir ayuda a esa sombra maligna que os acompaña a todas partes. Probablemente es tan culpable como vos de al menos cuatro asesinatos en Escocia. Sí —prosiguió Corbett—. Tenéis razón en varias cosas. La prueba que tengo es endeble y aunque os pillara con las manos en la masa, dudo que ningún tribunal escocés se atreviera a juzgaros. Simplemente os lo digo porque creo que debía hacerlo, la justicia lo exige. También es de vuestro interés que os sentéis y escuchéis en silencio lo que voy a decir. —

Corbett se levantó y se paseó por la celda mientras hablaba—. En 1278 —comenzó—, Alejandro III asistió a la coronación de nuestro soberano, el rey Eduardo de Inglaterra. Se le pidió que rindiera homenaje por sus tierras en Inglaterra, a lo que enseguida accedió, pero se negó rotundamente a jurar lealtad por el reino de Escocia, afirmando que este le venía directamente de Dios. Durante los últimos catorce años, nuestro amo el rey ha desarrollado la visión de su reinado, cuyo igual no ha sido visto jamás en este país desde los días del Imperio Romano. Reivindica amplias tierras en Francia. Conquistó Gales, aplastó la oposición en casa, tiene planes para Irlanda y, como demostró en su coronación, tiene planes similares para el reino de Escocia. No digo —se apresuró a añadir Corbett— que nuestro soberano participara en la muerte del rey Alejandro o ni siquiera que la ordenara, pero vos, maese Benstede, sois su fiel servidor. Conocéis su mente, sus secretos deseos y anhelos —dijo Corbett—. Sois muy similar a los caballeros que asesinaron a Tomás Becket en Canterbury. Lo hicieron voluntariamente. Enrique de la casa de Anjou no se lo ordenó, pero la muerte de Becket era lo que su alma deseaba en secreto. —Corbett se interrumpió para beber un poco de vino antes de proseguir—. Creo que Eduardo os envió a Escocia a ver qué podíais lograr anticipando sus reivindicaciones. Al fin y al cabo, todos los herederos de Alejandro estaban muertos, su esposa inglesa hacía diez años que estaba en la tumba y el propio rey iba cumpliendo años. Si Alejandro moría sin heredero, nuestro rey tendría el espacio necesario para maniobrar. Sin embargo, Alejandro lo cambió todo. Inició negociaciones secretas con los franceses y luego agravó el pecado casándose con una joven princesa francesa. Para Eduardo esto era grave; Alejandro estaba casado. Podía vivir muchos años y engendrar hijos sanos que le sucedieran. Además, esos hijos serían medio franceses y por primera vez la monarquía capeta tendría reyes clientes en el propio umbral de Eduardo. Sospecho que Alejandro esperaba establecer vínculos más estrechos con Francia y estos eran el objeto de sus largas discusiones secretas con De Craon. Por eso decidisteis actuar. Alejandro era famoso por su absoluto desprecio a su propia vida, recorriendo Escocia en todo tiempo y a pesar de todos los peligros. Sería fácil que a un monarca así le ocurriera un accidente, en especial dado que era un rey que, tras un largo y satisfactorio reinado, tenía pocas razones para temer a los enemigos y, por tanto, su escolta a menudo estaba compuesta por no más de dos hombres. Entonces, supongo, tuvisteis una oportunidad. La princesa Yolanda no aceptaría consumir su matrimonio con Alejandro. Por qué razón, ni vos ni yo lo sabemos realmente, pero la negativa de la joven princesa os proporcionó un plan. Probablemente pedisteis a Seton que persuadiera al rey de que convocara el Consejo a media tarde el 18 de marzo. La razón para el Consejo tenía poca importancia: el encarcelamiento de un barón escocés en Inglaterra. Alejandro probablemente se aburría y estaba dispuesto a celebrar una reunión que podría liberar a uno de sus súbditos, en especial dado que la discusión fue sugerida nada menos que por el enviado de Eduardo en Escocia. En la reunión del Consejo os llevasteis a Alejandro aparte con la importante noticia de que la reina

Yolanda quería verle urgentemente aquella noche, enviaba sus excusas por su reciente mal comportamiento e instaba al rey a reunirse con ella aquel mismo día en Kinghorn.

Benstede soltó una carcajada.

—Eso es ridículo —declaró—. Yo sería la última persona en quien confiaría la reina Yolanda.

—Sí, estoy de acuerdo —coincidió Corbett—. Pero vos la visitasteis la víspera de la reunión del Consejo. Probablemente le presentasteis vuestros saludos. La reina diría algo que vos posteriormente convertisteis en una amorosa invitación íntima. Si vuestro plan salía mal, siempre podríais afirmar que era la reina quien os había informado mal y con ello exacerbar la rabia y la frustración de Alejandro contra ella. Veréis, sé por el propio confesor del rey, el padre Juan, que Alejandro estaba tan harto de las protestas y negativas enfurruñadas de la reina, que estaba pensando en enviar a ese confesor a Roma a pedirle al Papa la anulación de su matrimonio, basándose en la no consumación, y permiso para volver a casarse, esta vez con otra princesa francesa que podría ser más adaptable. Tal vez conocíais esto. Sospecho que así era y por tanto el tiempo era crucial. Ofrecisteis la invitación al rey, le pedisteis que mantuviera el asunto en secreto y le incitasteis a abandonar el Consejo lo antes posible para dirigirse al promontorio de Kinghorn. Entretanto, vos ya os habíais marchado, acompañado por ese malnacido criado vuestro. Viajasteis hasta Queensferry pero no pedisteis al barquero que os cruzara el golfo. Sin embargo, sí se lo pedisteis al otro hombre, al que habíais engañado haciéndole creer que erais francés. Os llevó al otro lado bajo la tormenta, os dejó en un lugar secreto donde teníais caballos preparados y cabalgasteis en la noche hasta la cima del promontorio de Kinghorn. Allí, justo donde la meseta se hundía hacia la playa, atasteis una cuerda y os ocultasteis en unos arbustos al otro lado del camino. Debió de ser una espera larga, fría y húmeda, pero por fin apareció el rey.

—¡Esto es una tontería! —interrumpió Benstede—. ¿Cómo iba a saber que el rey iría sin escolta? ¿Cómo iba a verle en la oscuridad? ¿Cómo podía distinguirlo de cualquiera de su séquito?

—Oh, eso era muy sencillo —respondió Corbett—. En cualquier noche de marzo estaría oscuro en lo alto del promontorio de Kinghorn, y que se hubiera desatado una violenta tormenta era una ventaja añadida. En cuanto a la escolta del rey, vos conocíais muy bien las costumbres de Alejandro. Como mucho llevaría a dos o tres hombres con él. Un escudero, Patricio Seton, realmente pasó por el lugar, pero su caballo no tropezó con vuestra trampa porque la cuerda descansaba floja sobre el suelo. Cuando el rey apareció, cabalgando a gran velocidad, vos o vuestro criado, Aaron, tirasteis de la cuerda. El caballo, que galopaba tan deprisa, tropezó y cayó por el borde del precipicio llevándose al rey con él. —Corbett tomó aliento y atisbo por la única estrecha ventana de la celda—. Por supuesto —prosiguió—, a vos os resultaría fácil ver al rey. Cabalgaba en plena noche, pero su caballo era blanco. Os asegurasteis

de que el caballo que el proveedor llevara al puerto de Inverkeithing fuera de color claro.

—¿Y cómo lo conseguí? —se burló Benstede—. No tengo autoridad para dar órdenes a miembros de la corte del rey Alejandro.

—Tenéis razón —observó Corbett—. Pero utilizasteis al otro barquero, Taggart, para que os cruzara el golfo. Él creía que erais francés y vos empleasteis ese disfraz para efectuar preparativos al otro lado del golfo. La mañana del 18 de marzo sé que Taggart os llevó a vos, que aún fingíais ser francés, hasta Kinghorn, pero allí no llegó ningún francés. En cambio, un correo anónimo entregó un mensaje que decía que el rey se preparaba para ir allí y dio instrucciones al proveedor para que llevara la yegua blanca favorita del rey, *Tamesin*, a Inverkeithing.

—¡Pero la carta —interrumpió Benstede—, yo no pude falsificarla!

Calló cuando se dio cuenta de su error.

—Yo no he dicho nada de una carta —replicó Corbett sin vacilar—, pero sí, se envió una, una falsificación, ninguna proeza para un escribano con experiencia. Sospecho que vos o Aaron la entregasteis a las puertas de la casa real. De todos modos —prosiguió Corbett—, os asegurasteis de que se llevaran la yegua blanca, *Tamesin*. En esa montura el rey sería una diana fácil sobre el oscuro firmamento. Una vez el rey hubo caído, desatasteis la cuerda y regresasteis a donde la barca os esperaba. Taggart entonces os llevó de vuelta y, una vez terminada su tarea, le asesinasteis, sujetando su cabeza bajo el agua hasta que se ahogó. Hecho esto, llegasteis a la orilla y amarrasteis la barca para hacer ver que él no había salido nunca de allí y regresasteis a Edimburgo. En la posterior confusión que se produjo a la mañana siguiente nadie advertiría vuestras idas y venidas. —Corbett se percató de que Benstede se mordía nerviosamente el labio inferior—. No había razón —contiguo Corbett— para que nadie sospechara de vos. Probablemente os entusiasmo la noticia de que Erceldoun se había extraviado en la tormenta, pero os alarmasteis cuando Seton empezó a hablar de sombras en el promontorio de Kinghorn. ¿Acaso el joven había visto algo? ¿Y si se recuperaba y empezaba a hacer preguntas o declaraciones? ¡Por eso le matasteis!

—¿Cómo? —casi gritó Benstede—. ¿Cómo pude asesinarle si no salió de su estancia en ningún momento? ¡En su cuerpo no se halló ni una señal de violencia!

—Le enviasteis regalos —respondió Corbett—, manzanas y unos guantes.

—No estaréis insinuando que la comida estaba envenenada, ¿verdad? —se burló Benstede.

—Sé que la fruta estaba intacta —replicó Corbett—. Erceldoun probablemente comió más manzanas de las que Seton jamás había comido. Eran los guantes lo que estaba envenenado. Se los enviasteis como regalo, pero vos sois médico, maese Benstede. Me lo dijisteis vos mismo. Conocéis las hierbas, los venenos y sus antídotos por los estudios que realizasteis en Salerno, en Italia. Os limitasteis a recubrir el interior de los guantes con un veneno mortal y esperasteis a que Seton se

los pusiera.

—¡Un hombre enfermo —exclamó Benstede— con guantes!

—Un hombre enfermo y aburrido —dijo Corbett—. Consulté la lista de pertenencias de Seton. No se mencionaba ningún par de guantes. Estoy seguro de que los hicisteis sacar de la lista. El resto es muy sencillo —prosiguió Corbett—. El veneno pasó a los dedos de Seton y, cuando comió, el veneno actuó enseguida. Tenéis razón al decir que el veneno deja poco rastro en un cuerpo, pero detiene la corrupción del cadáver; observé este hecho cuando abrí la tumba de Seton en el cementerio de San Gil. Por supuesto —dijo Corbett con énfasis—, vos queríais eliminar cualquier interferencia en vuestro plan y eso me incluía a mí. Cuando llegué a Edimburgo, sospechasteis de inmediato, de modo que me mostrasteis el borrador de vuestra carta al rey Eduardo. Queríais averiguar si me había enviado el rey, por eso le hablabais de mí. Si yo hubiera puesto alguna objeción a tan inofensiva declaración, vos habríais obtenido satisfacción inmediata. Aun así, el rey sentiría curiosidad y perplejidad y probablemente ordenaría a Burnell que me destituyera. Tal y como están las cosas, sospecho que el canciller ha interceptado vuestra carta y, si Eduardo alguna vez llega a saber que me encuentro en Escocia, Burnell inventará alguna explicación aceptable y razonable. Naturalmente —añadió Corbett—, a vos os alarmaba mi interés por la muerte de Alejandro, por eso trajisteis a ese necio del médico real, MacAirth. Él había examinado el cuerpo del rey y no había encontrado nada anómalo. Creísteis que eso calmaría todas mis ansiedades. Por supuesto no fue así. Ese necio, llevado por su arrogancia y por una gran borrachera, parloteó y avivó mi curiosidad. Aun así, antes de que esto ocurriera, vos ya habíais decidido que yo era demasiado peligroso. La noche que el Consejo celebró un banquete en el comedor principal del castillo, vos, o Aaron, utilizasteis la pelea que se produjo para encubrir mi asesinato. Sospecho que no habéis tomado nunca ninguna droga, y yo tampoco lo había hecho, maese Benstede, hasta que llegué a Escocia. —Corbett miró el semblante pálido de Benstede pero prosiguió sin remordimientos—. Me suministraron una droga a kilómetros de aquí, pero en un lugar en el que os sentiríais a gusto. Bajo su influencia, recordé haber estado junto a la columna en ese banquete y ver a Aaron mirarme con fuego en los ojos a través de la multitud; ahora sé que intentó matarme y cuando me visteis hablando con Erceldoun, decidisteis que él también tenía que morir. Igual que intentasteis matarme en cuatro ocasiones.

—¡Esto es absurdo! —interrumpió Benstede—. Erceldoun era un soldado. ¡Fue estrangulado en la iglesia de San Gil! Nadie sospecharía que yo pudiera tener la fuerza necesaria para matar a un hombre como él, ni aunque insinuéis que Aaron fue mi cómplice.

—Tenéis razón —convino Corbett sonriendo—. El informe del forense indicaba que Erceldoun se dirigía hacia San Gil para ver a un sacerdote. Vos sois ese sacerdote, maese Benstede. Buen amigo del difunto Patrick Seton, Erceldoun no esperaría encontrar la muerte a manos de vos. Ese desgraciado entró en la iglesia de

San Gil y vos le esperabais en la entrada al presbiterio. Posiblemente sugeristeis que deseabais hablar con él de lo sucedido en el promontorio de Kinghorn. ¿Tal vez para elevar una plegaria por el difunto rey o por el infortunado Patricio Seton? Erceldoun se arrodilló, cerró los ojos, vos os pusisteis a rezar en voz alta mientras deslizabais el garrote en su cuello. No tardasteis mucho. Cuando abrí su tumba examiné el verdugón alrededor de la garganta y vi las hendiduras causadas por el mismo cordón que ahora lleváis a la cintura. —Benstede bajó la mirada, sorprendido, y nervioso jugueteó con el cordón anudado y adornado con borlas que rodeaba su cintura—. Muy poca gente —observó Corbett— lleva un cordón con nudos similares. Me fijé la noche del banquete. Lo utilizasteis con Tomás Erceldoun y dejó su marca única en la garganta del joven.

Corbett miró a Benstede, que empezaba a recobrar la compostura al darse cuenta de que los escoceses podrían hacer poco mientras él no respondiera a nadie excepto el rey inglés.

—Realmente, maese Corbett —dijo con voz suave—, la única persona que debía haber muerto erais vos, con vuestras preguntas perspicaces y actitud inquisitiva.

—No cabe duda de que lo intentasteis —replicó Corbett con aspereza—. En realidad, vuestros intentos, o más bien uno de ellos, me convencieron de vuestra culpabilidad. La daga lanzada en el comedor podía haber sido un accidente o la obra de un francés. El ataque en la carretera al salir de Leith y posteriormente cerca de Dalmeny Ford también podía haber sido obra de forajidos, los franceses o la facción de Bruce. Pero no podía decirse lo mismo de la flecha de ballesta que estuvo a punto de abirme la cabeza cuando regresaba a la abadía el día después del banquete en el castillo. Estaba demasiado bien planeado para ser un ataque perpetrado por bandidos. Todavía no me había reunido con lord Bruce, así que la conclusión lógica era que se trataba de los franceses. —Corbett sonrió a Benstede—. O más bien dicho, eso es lo que vos esperabais que pensara cuando el ataque fracasó. Cuando salí del castillo me hicisteis seguir y posteriormente fui detenido por De Craon. Por supuesto, el encuentro no fue amigable y los franceses podían haberme perseguido. No lo hicieron. Volví a aquella destartalada taberna e interrogué al propietario. Tuve buena fortuna, pues me informó de que De Craon y sus compañeros nunca abandonaban aquella taberna hasta horas más tarde. Para entonces, el ataque ya se había producido y yo me encontraba en la abadía. Sí, fuisteis muy hábil, maese Benstede. Como si fuera un perro estúpido, me señalasteis varias direcciones: De Craon, Bruce, cualquiera. Llevasteis a cabo esos intentos de asesinarme y os protegisteis declarando que también vos habíais sido asaltado. Lo que estoy diciendo es verdad, ¿no es así?

Benstede se puso en pie, con el rostro lívido de furia.

—No lo comprendéis —dijo—. Hice lo que hice por la comunidad del reino de Inglaterra. Este país necesita orden, necesita leyes, es una amenaza para la seguridad y el bienestar de nuestro soberano. ¿Podéis imaginar a una princesa francesa en el trono escocés? ¿A Eduardo volviéndose y girándose sin cesar para ver de qué

dirección vendría el ataque? Habéis oído que el nuevo rey francés ha ordenado formar alianzas por matrimonio de sus hijos en toda Europa. Pretende crear un imperio al lado del cual el de Carlomagno resultaría insignificante. ¿Qué espacio quedaría entonces para Eduardo? Vos habéis recorrido este país. Habéis visto la violencia que reina y cuan expuestos a esta violencia se hallarían nuestros condados del norte. Sería diez, veinte, treinta veces peor si existiera una alianza entre los hostiles franceses y los hostiles escoceses. Si nuestro rey estuviera en el sur, el ataque sería en el norte, y cuando él marchara al norte, los franceses atacarían la costa del canal. Hice lo que tenía que hacer por los motivos más elevados posibles. ¿Qué hay de malo en que mueran unos individuos para salvar la vida de miles?

Corbett meneó la cabeza.

—Como yo, maese Benstede, habéis estudiado filosofía; el mal significa no alcanzar un fin bueno. Sí, he visto esta tierra. Estoy de acuerdo en que un rey escocés hostil supondría una seria amenaza para la seguridad de Inglaterra, pero también he visto las agrestes extensiones del país; las ciénagas, los páramos, las montañas y cañadas que se tragarían a los ejércitos ingleses y los destruirían. Pero aunque estéis en lo cierto, Benstede, ¿justifica ello vuestras acciones? Asesinasteis a un buen rey, el ungido del Señor. Asesinasteis después a dos jóvenes escuderos y sois directamente responsable de la muerte violenta de un hombre inocente de mi séquito. Además, al matar a Taggart el barquero destruisteis una familia. Sois un asesino, maese Benstede, un asesino, y si hay Dios en el cielo, deberéis responder de vuestros crímenes ante la ley.

Benstede se arrebuja con su capa y se puso en pie.

—¡Responderé ante el rey, el rey de Inglaterra, que es la fuente de toda ley! —respondió Benstede con vehemencia—. El rey decidirá lo que está bien y lo que es aceptable y entonces, maese Corbett, engréido escribano de mente estrecha, veremos qué decide la ley. —Y mirando con furia a Corbett, Benstede abrió la puerta y se marchó.

Corbett le dejó marchar, escuchando el resonar de sus pasos por el pasillo antes de sentarse pesadamente, con las manos entre la cabeza, en su cama.

Capítulo XVIII

Corbett se sentía agotado, exhausto, pero había más cosas que hacer. Cogió su capa y fue a pasear por el claustro.

—¿Hugo? —le llamó una voz suave.

Corbett se volvió. El prior escrutó ansiosamente el semblante pálido y contraído del escribano inglés.

—¿Habéis terminado vuestra tarea? —Corbett asintió—. ¿Puedo hacer algo por vos? —se ofreció el monje.

—No, pero decidle a Ranulfo que se reúna conmigo en el patio de los establos.

El viaje a caballo hasta el castillo fue lento; Corbett comprobó que los hombres de Selkirk se abrían en abanico alrededor de ellos. Allí, en la ciudad de Edimburgo, reflexionó Corbett, tenía que emplear las mismas tácticas que había utilizado su comandante cuando avanzaba por un valle hostil en el sur de Gales. No creía que Benstede lanzara ningún ataque pero le parecía una necedad no tomar precauciones. Cruzaron el puente levadizo y entraron en el castillo. Un criado fue a buscar a Selkirk, quien anunció malhumorado que el obispo estaba leyendo su Oficio en la capilla del castillo.

—¡Tendréis que esperar, maese escribano! —espetó.

—¡No lo creo! —replicó Corbett, y le apartó.

La capilla se hallaba en la parte posterior del castillo, en la cima de la escarpadura rocosa de Edimburgo. Corbett, seguido por un Ranulfo que jadeaba y maldecía en voz baja, recorrió a grandes pasos los estrechos y abovedados corredores del castillo y subió las escaleras hasta la capilla. Se trataba de un lugar antiguo, construido por la santa reina Margarita, esposa de Malcolm Conmore, el asesino del tirano Macbeth. También era una de las capillas reales más pequeñas que Corbett había visto. Construida con piedra gris oscura, debía de medir tan solo unos seis metros de largo y unos cuatro de ancho y consistía en una nave con techo de madera y un ábside con bóveda de piedra tallado con sencillez, separados ambos por un arco. Debajo de este se hallaba arrodillado el obispo Wishart, orando ante el desnudo altar de madera. Se puso en pie y se volvió mientras Corbett cruzaba la nave.

—Maese Corbett, ¿no podéis esperar? —preguntó con voz suave.

—No, ilustrísima, ya he esperado bastante. El asunto ha finalizado. —Corbett se volvió cuando Ranulfo, seguido por Selkirk, entró en la capilla—. Me gustaría hablar con vos a solas, ilustrísima.

El obispo hizo una seña afirmativa a *sir* Jacobo, quien miró furioso a Corbett pero se marchó, seguido por un desconcertado Ranulfo.

Wishart señaló un banco situado junto a la pared del fondo de la nave y se sentaron allí, mientras Corbett resumía su conversación con Benstede, omitiendo los detalles que le parecieron inadecuados. El obispo le escuchó, ocultando la sorpresa que le causaba la brillante lógica y resistencia de aquel escribano inglés. Corbett

terminó y Wishart se frotó con cuidado la barbilla sin afeitarse, pensando en las consecuencias de lo que el escribano le había contado. Frunció los labios y suspiró.

—Benstede mató al rey —admitió— pero todas las pruebas que habéis mencionado no servirían ante un tribunal. Es una mezcla de coincidencia y atentos cálculos. Y aunque sirviera —prosiguió Wishart—, ello causaría un gran revuelo y amenazaría una paz ya muy precaria. —Se interrumpió y miró fijamente a Corbett—. Desde luego, no he mencionado la reacción de vuestro propio amo, el rey Eduardo de Inglaterra. Acepto que Benstede puede haber actuado por iniciativa propia, pero tengo mis sospechas. Si este asunto se hiciera público, no recibiríais las gracias de un monarca agradecido. No podríais volver a Inglaterra y vuestra permanencia aquí no se recibiría con agrado.

—¿Y Benstede? —interrumpió Corbett con amargura—. El regicida, el asesino del ungido por el Señor, por no decir el asesino de cuatro hombres cuya sangre clama justicia y venganza.

—«La venganza es mía», dijo el Señor. «Yo os resarciré». —Citó el obispo con calma, satisfecho de humillar al escribano.

—Bueno, ¡hace ya tiempo que ha pasado el momento de pagar! —replicó Corbett con aspereza.

El obispo se rebulló incómodo en el duro banco de madera.

—No es Benstede —manifestó— el peligroso. Sois vos, maese Corbett, con vuestra búsqueda de los hechos, vuestra capacidad de desentrañar la verdad. La verdad a menudo duele. No hace ningún bien este poner las cartas boca arriba. ¿Y por qué? —preguntó Wishart—. ¿Es asunto vuestro?

—No lo sé —respondió Corbett—. Me dieron unas órdenes y yo las he cumplido. ¡Tal vez algún día sabré el porqué!

—¡Pero no aquí! —exclamó Wishart con firmeza—. En el plazo de cuarenta y ocho horas, vos y todo vuestro séquito os marcharéis de Edimburgo y viajaréis al sur hasta la frontera. ¡En caso contrario, seréis arrestado por traición!

Corbett se puso de pie, con el rostro enrojecido de ira.

—Vos, en especial, ilustrísima, queréis que me marche. ¡Sabéis que conozco la verdad! —Casi clavó un dedo en la cara del obispo—. Vos sabíais que el rey fue asesinado. Cómo. Por qué. Y quién lo hizo. Con todo, vos no hicisteis nada. ¡Cada vez que me mirabais recordabais vuestra propia culpa!

Wishart se puso en pie y se acercó a los escalones del presbiterio, tratando de controlar su genio.

—Sí —respondió enojado—. Lo sabía pero no tenía ninguna prueba; ¡ni siquiera ahora puedo hacer nada! ¡Nada en absoluto! ¡Ahora idos, maese escribano!

Corbett se inclinó y masculló algo.

—¿Qué habéis dicho, escribano? —espetó Wishart.

—Una cita de los Salmos, ilustrísima: «No depositéis vuestra confianza en los príncipes».

El obispo suspiró.

—¡Volved, maese escribano! ¡Volved! ¡Mirad! —El obispo se acercó a Corbett—. No puedo hacer nada. Sostengo Escocia al borde de la guerra civil. El rey está muerto, fue asesinado y está muerto. Aun así —dijo con amargura—, si un rey de Escocia puede sufrir un accidente, también puede sufrirlo un enviado inglés. Quedad tranquilo, Benstede y su criado jamás abandonarán Escocia vivos. —Wishart extendió sus manos como si fuera a dar una bendición—. ¿Qué más puedo hacer? —preguntó con voz suave—. Excepto ofrecer os escolta para salir de Escocia.

—¡Sí, podéis hacer algo! —Corbett de pronto recordó a la viuda, Joan Taggart, rodeada por sus hambrientos y asustados hijos—. Hay una mujer, la viuda del barquero al que Benstede mató; vive cerca de Queensferry. Ahora ella y sus hijos se mueren de hambre.

—Tenéis mi palabra —manifestó el obispo—. Serán bien atendidos. Bien —añadió con viveza—, debéis partir, escribano, en el plazo de cuarenta y ocho horas.

Corbett inclinó ligeramente la cabeza y dejó al anciano obispo, resonando el eco de sus pasos en la pequeña y vacía iglesia.

El prior y sus monjes quedaron desconsolados por la brusca partida de Corbett. Se habían acostumbrado a su modo de actuar excéntrico y sigiloso, a sus repentinas y misteriosas idas y venidas, su ayuda en la biblioteca y el *scriptorium*.

—Os echaremos de menos, Hugo —dijo el prior—. Os deseamos un feliz viaje. Envío con vos un par de hermanos legos; ellos llevarán salvoconductos. ¡Ningún enemigo, ni inglés ni escocés, se atrevería a atacar a un hombre que se halla bajo la protección de la abadía de la Santa Cruz!

Corbett sonrió y abrazó al prior, notando sus frágiles hombros huesudos bajo la túnica de fustán gris.

—Vaya, con vuestras cartas y los hombres de *sir* Jacobo, que sin duda me esperan fuera de la abadía, estaré a salvo.

Corbett estrechó las manos del prior, se despidió y pronto él, un Ranulfo aliviado y dos hermanos legos de la abadía se hallaron lejos de Edimburgo, cabalgando hacia el sudeste para llegar a la frontera con Inglaterra. Detrás de ellos, dispuestos en abanico como una larga sombra, viajaban los hombres de *sir* Jacobo Selkirk, enviados para asegurar que el problemático escribano inglés abandonaba Escocia para siempre.

Corbett viajó a través de los montes de Lammermuir, que ahora exhibían su exuberancia estival. Robles, pinos y hayas cubrían las laderas y escarpaduras, por cuyos flancos discurrían estrechos arroyuelos llenos de peces. Corbett se sentía contento, en paz ahora que abandonaba las oscuras intrigas de Edimburgo. Era consciente de los soldados que les seguían como sombras pero mantenían la distancia. Corbett viajaba ligero y por tanto rápido. Por la noche, se cobijaban bajo los árboles o en los graneros de las granjas solitarias y cabañas de pastores. Cuatro días después de salir de Edimburgo sus caballos pasaron la oscura masa de Berwick y

cruzaron el Tweed para entrar en Inglaterra.

Bajo la enorme torre del homenaje normanda del castillo de Norham, construido en un gran peñasco sobre el río, Corbett despidió a los hermanos legos, inició el ascenso del escarpado promontorio y entró en la fortaleza. El condestable, un soldado entrecano con el pelo hirsuto, le esperaba en el interior de la muralla rodeado de otros que vestían el uniforme del canciller.

—¿Maese Corbett, escribano del Tribunal Real? —rugió el hombre.

—El mismo —respondió Corbett, desmontando de su caballo—. ¿El canciller se encuentra aquí?

—Sí —respondió a su vez el condestable—. Está esperando. Seguidme, os lo ruego.

Corbett indicó a Ranulfo que se pusiera cómodo y siguió al soldado a la torre del homenaje.

Burnell, rollizo y resollante, pasándose sin cesar las manos, blandas y fofas, por la cabeza completamente calva, le recibió en la puerta del solar del castillo; dio las gracias al condestable y acompañó personalmente a Corbett al interior de la desolada y desierta estancia. Era una inhóspita habitación de granito con el techo de madera, dominada por una chimenea de piedra y largas ventanas ovaladas. El mobiliario era escaso: una mesa alargada de roble, pesadas sillas como bancos de iglesia y grandes arcones con adornos de hierro. Sobre la mesa había una bandeja con una jarra de vino y sencillas copas de peltre. Burnell llenó dos e hizo una seña a Corbett.

—Venid, Hugo, me alegro de veros. Nos sentaremos en el asiento de la ventana y tomaremos la brisa. Es un lugar ideal desde el que se divisan Inglaterra y Escocia. ¿Recibisteis mis cartas? Yo recibí las vuestras —añadió sin esperar respuesta.

Corbett se sentó y, ante la invitación del canciller, se lo contó todo. No omitió ningún detalle, no le engañó el gordo y fofo obispo que se sentaba junto a él, su mente aguzada no olvidó nada. El obispo, sorbiendo el vino, dejó que el escribano hablara, interrumpiendo de vez en cuando con alguna pregunta o comentario. Fuera, un pardillo cantaba mientras giraba en su propio esplendor contra el dorado y soleado cielo. Corbett dejó de hablar, lo observó un momento y luego concluyó con voz suave:

—Esto es todo. Bien, ahora decidme, ¿por qué fui enviado aquí?

Burnell se aclaró la garganta.

—En primer lugar —dijo el obispo—, no os preocupéis por Benstede. Conozco al obispo Wishart y estoy seguro de que Benstede jamás abandonará Escocia vivo. En cuanto a los escoceses, dudo mucho que volváis a poner los pies en su país, mientras que yo ocultaré vuestras actividades a su alteza. Al fin y al cabo —y Burnell sonrió agriamente—, yo tengo tanto que perder como vos, por eso tuve cuidado de interceptar todas las cartas que Benstede envió al rey.

Burnell se puso de pie para aliviar un calambre en el cuerpo y se paseó lentamente mientras Corbett permanecía sentado y le observaba.

—Os envié a Escocia —comenzó a explicar Burnell— sin la autorización del rey y por encargo mío, porque no quiero que haya guerra entre Inglaterra y Escocia. Ambos países están en paz, ambos disfrutan y se benefician de la calma. Eduardo, nuestro rey, siempre ha pensado de modo diferente. Él es un conquistador, Corbett; ha aplastado a los galeses, matado a sus jefes y convertido sus reinos en condados ingleses dominados por sus castillos grises y resistentes. Siempre ha querido hacer lo mismo con Escocia. Primero, casó a su hermana, Margarita, con Alejandro III con vistas a que uno de sus sobrinos se sentara en el trono escocés. —Burnell se interrumpió y prosiguió—: Luego, Margarita y los dos chicos murieron. Nuestro rey lo aceptó, aunque intentó sin éxito que Alejandro rindiera homenaje por Escocia. Deseaba establecer el principio de la supremacía inglesa sobre Escocia para que fuera útil si un sobrino heredaba el trono escocés o si había una sucesión incierta. De todos modos —prosiguió el obispo cansinamente—, Alejandro, sin heredero, se convierte en el soltero enamorado. Nuestro soberano está bastante satisfecho con esa situación pero luego las cosas cambian. Un nuevo rey francés, Felipe IV, asciende al trono con sueños de grandeza mayores que los de Eduardo. ¿Habéis oído a alguno de sus abogados hablar o leer sus memorandos? —Corbett negó con la cabeza—. Son una lectura fascinarle —dijo el obispo, meditativo, y se reunió con Corbett en el asiento de la ventana antes de seguir—. Ven en Felipe al nuevo Carlomagno y esto alarma a Eduardo. Más aún cuando Felipe inicia negociaciones secretas con Alejandro y presenta a la hermosa Yolanda para que sea su esposa. Ahora, un pariente de Felipe podría estar en el trono escocés, por eso Eduardo envía al humilde Benstede como enviado a Escocia, no con órdenes precisas, puedo añadir, de matar a Alejandro. ¡Ah, no! Solo instrucciones verbales de «hacer todo lo que esté en su poder para bloquear e impedir la alianza francesa».

—¿Y matan a Alejandro?

—Sí —respondió Burnell—. Entonces empecé a sospechar. Si la muerte de Alejandro fue un accidente o un asesinato cometido por otra persona es lo de menos, pero —Burnell alzó la voz— si se puede hacer responsable de ello a Benstede sé, diga él lo que diga, cuáles son los verdaderos planes a largo plazo de Eduardo para Escocia.

—Pero el rey Eduardo —interrumpió Corbett— ha permanecido callado sobre este asunto.

—En público —replicó Burnell—, sí. No en privado. No creo que la indiferencia de Eduardo hacia lo que está sucediendo en Escocia sea una máscara. Él no asesinó a Alejandro pero debe de estar satisfecho de que el rey escocés haya muerto, pues eso satisface sus propios planes secretos de anexionarse el reino.

Burnell hizo una pausa y miró a Corbett con dureza.

—Ahora sé, gracias a vuestra visita a Escocia, que Eduardo envió a Benstede allí como parte de su gran plan para anexionarse ese reino con medios pacíficos, pero si estos fracasan, mediante la guerra.

—Pero Eduardo ha estado en Francia —preguntó Corbett— participando en asuntos de la Gascuña.

—Está allí —sonrió Burnell—, pero sé por mis espías en el tesoro público que los escribanos del tesoro real han enviado a Erico, rey de Noruega, un préstamo sin intereses de doscientas libras esterlinas.

—¿De veras?

—Y hay más —prosiguió Burnell—. Eduardo también ha hecho llegar emisarios secretos a Roma pidiendo una dispensa papal para que su hijo de dos años se case dentro de los grados prohibidos de consanguinidad. La novia ya ha sido elegida, pues ahora hay enviados ingleses en Noruega tratando de asegurarse la mano de la princesa Margarita para el hijo de Eduardo. Así que ya veis, maese Corbett, el rey ha participado muy activamente en este asunto escocés. Con medios honestos o abyectos, tiene intención de colocar a su hijo en el trono escocés.

—Aun así —replicó Corbett—, si el príncipe Eduardo se casa con Margarita, eso significaría una conclusión pacífica del asunto.

Burnell estuvo a punto de soltar un bufido de burla.

—¡Por el amor del Buen Dios y todos su hijos! —exclamó el canciller—. Habéis estado en Escocia, Hugo. Habéis visto a Wishart, los Bruce, los nobles escoceses. ¿De veras creéis que permitirán que un príncipe inglés lleve la corona escocesa? ¿Creéis que Bruce la cederá como una monja que entra en el convento renuncia a todas las riquezas? Hay más. La princesa Margarita solo tiene dos años, la misma edad que el hijo de Eduardo. La corte escocesa sabe que pasarán años antes de que cualquiera de los dos ascienda al trono, y ¿quiénes serían sus tutores? —Burnell sonrió—. Nada menos que nuestro soberano, Eduardo de Inglaterra, y este no dejaría que la hierba creciera bajo sus pies. Construiría castillos ingleses. Acuartelaría las fortalezas escocesas con tropas inglesas. Situaría a barones, clérigos y escribanos ingleses en puestos de responsabilidad. No —concluyó Burnell—. He reflexionado sobre el asunto. El asesinato de Alejandro III solo conducirá a la muerte de la princesa Margarita y a la de cientos, tal vez miles, de ingleses y escoceses y al final perderemos.

Corbett seguía sentado y pensaba en las visiones que había tenido en la aldea de los pictos y las palabras proféticas de Tomás de Learmouth.

—Bueno —dijo Burnell, poniéndose en pie—, lo habéis hecho bien, Hugo. El asunto ahora está en mis manos. Debéis regresar de inmediato a Londres y reanudar vuestros deberes. Os veré antes de que marchéis.

El anciano obispo, murmurando para sí, salió de la estancia arrastrando los pies. Corbett permaneció donde estaba, mirando por la ventana. El sol había desaparecido y se había levantado un fuerte viento. Miró al otro lado del Tweed y vio las oscuras nubes de tormenta que se acumulaban sobre Escocia. Pasaron por su mente algunas imágenes. Alejandro III, rey de Escocia, negro sobre el cielo nocturno mientras caía hacia su solitaria muerte. Wishart, ojos astutos; el poder y la furia de lord Bruce.

Luego, una vez más, cruzaron por su mente los versos de Tomás de Learmouth y Corbett comprendió que la profecía era cierta. Correrían ríos de sangre por aquellas verdes colinas antes de que el asesinato de Alejandro III, la muerte del ungido por Dios, fuera purgado en la faz de la tierra. Su muerte tendría que ser expiada antes de que su corona saliera de la creciente oscuridad.

Capítulo XIX

Sn el castillo de Edimburgo, John Benstede, escribano y emisario especial de Eduardo de Inglaterra, también daba fin sus asuntos. Aaron había bajado el equipaje de mano y los baúles con compartimientos secretos para cartas, memorandos, facturas y objetos de trabajo y los había atado sobre bestias de carga que esperaban en el patio. Benstede recorrió con la vista la estancia de paredes de piedra. No se dejaba nada y en secreto se alegraba de marcharse. Ya había visitado al obispo Wishart para agradecerle su hospitalidad y le había sorprendido la efusiva calidez con que le había recibido. Se había mostrado demasiado amistoso, pensó Benstede, y se preguntó si el obispo sabría alguna cosa de las revelaciones de Corbett.

Benstede se dejó caer pesadamente sobre el colchón relleno de paja y, no por primera vez, maldijo en voz baja a aquel inquisitivo escribano inglés. Había oído hablar de Corbett, un hombre hermético, ambicioso e implacable aunque, concluyó Benstede, con conciencia. No debería permitirse que un hombre así participara en los asuntos públicos. Había tiempo para la conciencia, pero esta no era aplicable a los asuntos importantes entre reyes y países. Sin duda, pensó Benstede, ¿tendría alguna importancia que unos cuantos hombres murieran para que pudiera mantenerse la paz? ¿Y para que el buen orden que Eduardo había establecido en Inglaterra se difundiera como en los tiempos de los romanos por todo el mundo?

Benstede adoraba a Eduardo. Veía al rey inglés como la reencarnación viva de todo lo que era bueno y adecuado en un caballero y en un rey. Benstede había leído los romances artúricos difundidos por los trovadores y juglares de Francia e Inglaterra y consideraba que si eran ciertos, Eduardo era el nuevo Arturo. El rey inglés había llevado la paz y el buen orden a Gales, construido carreteras, estimulado el comercio, curado las heridas de la guerra civil y, mediante su empleo de Parlamentos, llevó a todo el reino y a la comunidad entera a una organización coherente. Benstede amaba el orden y detestaba el caos. Todo tenía su lugar, todo debía estar en orden. Benstede era médico y había visto los estragos que la enfermedad causaba en el cuerpo humano. Como dijo san Agustín: «El reino era el cuerpo y había enfermedades siempre dispuestas a estallar, el pus y los malos humores que se dispersan por todos los miembros causando infecciones y convirtiéndolo todo en nada».

Escocia bajo el rey indebido podía ser un bubón o una protuberancia en Inglaterra. Una y otra vez Eduardo había confiado a Benstede sus sueños, no solo de restaurar el imperio de Enrique de la casa de Anjou, sino de expandirlo. Había que conquistar el norte de Francia, anexionarse Gales e Irlanda y subyugar Escocia. El imperio del misterioso Arturo tenía que ser restablecido en armoniosa unión bajo un solo gobernante. Eduardo prestaba particular atención a Escocia, señalando que el reino del norte era la mayor amenaza a sus dominios. Una Escocia hostil podría

provocar la guerra y la devastación en los condados del norte de Inglaterra, con sus largas fronteras expuestas y vulnerables líneas costeras. En 1278, Eduardo trató de forzar a Alejandro a acceder a que el rey inglés fuera su amo. Aquel se negó e insultó públicamente a Eduardo, quien jamás perdonó ni olvidó semejante gesto. No obstante, el rey inglés fue paciente. Había trabajado demasiado para perder Escocia, sacrificando a su propia hermana solo para ver a sus sobrinos, los hijos de Alejandro, morir en circunstancias misteriosas. Eduardo se había preguntado con frecuencia, en compañía de Benstede, si los muchachos realmente no habían sido asesinados por los franceses o por facciones hostiles a Inglaterra. No obstante, a Eduardo le complacía que el rey escocés no tuviera hijos, pues si moría sin heredero Eduardo presentaría sus reivindicaciones concertando el matrimonio de su hijo, aún pequeño, y Margarita, la Doncella de Noruega, y así el mandato del rey inglés se extendería desde Cornualles hasta el extremo más norteño de Escocia. No habría más incursiones, no habría más guerras en la zona fronteriza del norte, no habría peligro de que un rey o príncipe extranjero utilizara Escocia como puerta trasera para penetrar en Inglaterra.

Eduardo esperaba que esto sucediera, pero Alejandro y el rey Felipe de Francia, entrometido y maquinador, demostraron que querían cambiar todo esto. Los espías ingleses en Escocia informaron del aumento del número de enviados de París y los ingleses se horrorizaron al saber que Felipe había logrado persuadir a Alejandro de que se casara con la zorra malcriada de Yolanda. Eduardo, temiendo lo peor, envió de inmediato a Benstede a Escocia para que viera qué podía suceder. Al principio, Benstede creyó que no podría hacer nada más que observar e informar a su amo: había pensado en una alianza secreta entre Eduardo y la facción de los Bruce pero comprendió que, con lo ambiciosos que eran los Bruce, jamás conspirarían contra el rey escocés solo para entregar la corona a Eduardo. En consecuencia, Benstede desvió su atención a Alejandro III y su nueva reina, y apenas podía creer en su buena fortuna cuando descubrió que las relaciones entre el rey y su nueva esposa no eran ni mucho menos armoniosas. Benstede habría dejado las cosas como estaban, o incluso alentado en secreto a que el rey escocés se separara de su esposa, ayudándole a obtener una sentencia de divorcio del Papa basándose en la no consumación del matrimonio. Eso habría llevado años. El Papa se hallaba en manos de los franceses y no permitiría fácilmente una anulación que sin duda sería un insulto a la corte francesa. Sin embargo, una vez más, Alejandro se había movido deprisa y en secreto. Animado por el taimado y siniestro De Craon, Alejandro, descubrió Benstede, no solo pretendía divorciarse de Yolanda sino casarse de inmediato con Margarita, la hermana de Felipe IV, y con ello poner a Escocia completamente bajo influencia francesa. El papado, lejos de retrasar la anulación, bajo presión de los franceses lo aceleraría realmente y lo resolvería en cuestión de meses. Por supuesto, Benstede estaba enojado, y el tempestuoso Alejandro a menudo se había burlado del enviado de Eduardo con malicioso placer, acosándole y provocándole con la idea de que una princesa francesa se sentara en el antiguo trono de Escocia. «¿Y entonces qué? —

había preguntado en una ocasión a Benstede—. ¿Cómo encaja esto en el gran plan de vuestro amo? Nunca más, maese Benstede —gritó—, un rey inglés pedirá a un monarca escocés fidelidad por su propio reino. ¿Lo comprendéis? Si es así, decídselo a vuestro amo. Nunca más, repito, ¡nunca más!». Después de esa entrevista fue cuando Benstede decidió que Alejandro debía morir, pues lo que el rey escocés pretendía sumiría a la mayor parte de Europa en una amarga guerra y Eduardo vería desvanecerse sus sueños. No, se dijo Benstede, Alejandro merecía morir. El enviado inglés sonrió. Había sido muy fácil. La humilde propuesta a un oído atento, la cuidadosa elaboración del plan. Una visita a Kinghorn, luego regreso a Edimburgo para informar al rey de que su orgullosa y siempre enfurruñada esposa ardía de pasión por él. Efectuó otros preparativos. Había empleado a aquel barquero, Taggart, para transportar suministros hasta unas cuevas que había en el otro lado del golfo mientras Aaron se había adentrado más en el campo y comprado caballos que guardaron allí.

Después de eso, todo había ido según el plan e incluso la tormenta había jugado en su favor. Una vez Alejandro estuvo en la reunión del Consejo, Benstede le entregó el falso mensaje de su esposa y partió sin demora para cruzar el golfo y reunirse con Aaron, quien a su vez había entregado una carta en Kinghorn en la que se decía que el rey iba a llegar aquella noche y ordenaba al proveedor que llevara el caballo favorito del rey al embarcadero. Juntos, él y Aaron habían colocado finas cuerdas cruzando el camino de la cima del acantilado y el rey montado en su caballo blanco resultó claramente distinguible en la oscuridad de la noche. La artimaña había resultado de lo más efectiva. Benstede había visto a las tropas inglesas utilizar métodos similares en los estrechos valles galeses para derribar a los jinetes enemigos o hacer caer al mensajero incauto. Por supuesto, los dos escuderos habían planteado problemas. Los aguzados ojos de Seton debían de haber observado o visto algo. Qué era, Benstede jamás lo supo. Por eso también él tuvo que morir y Erceldoun con él. Todo estaba en orden, es decir, hasta que llegó Corbett. Benstede apretó los dientes: el hábil y astuto Corbett con su rostro enjuto y sosegado y sus preguntas inocentes. Benstede apenas podía creer que aquel tipo hubiera tenido la tenacidad e inteligencia necesarias para descubrir sus planes.

Al principio, las revelaciones de Corbett le habían causado pánico, pero luego su mente fría y lógica empezó a analizar los acontecimientos. ¿A quién podría contárselo Corbett? ¿A Burnell? Él era el ministro del rey y haría lo que el rey pidiera. ¿A los escoceses? Pero ¿a quién desagradaría el fallecimiento del rey? ¿A Bruce, que ansiaba el trono, o a Wishart, a quien jamás había gustado el difunto rey y en quien jamás había confiado? ¿Y cómo podría demostrarlo Corbett? «No tiene nada —murmuró Benstede para sí—. Nada en absoluto. Nada más que sombras y ningún fundamento. Un poco de humo sin fuego».

Benstede frunció los labios satisfecho y se puso de pie al oír el clamor que venía del patio. Miró por la estrecha ventana y vio a Aaron que, paciente, esperaba,

sujetando las riendas de las dos bestias de carga y caballos que les llevarían de regreso a Carlisle, donde utilizaría sus autorizaciones para requisar un barco rápido a Francia. Contaría a Eduardo todo lo que había sucedido. Sabía que el rey comprendería. Benstede se percató de que el ruido que le había perturbado procedía de dos chiquillos que jugaban con espadas de madera frente a los establos. Uno, un golfillo de pelo negro, y el otro, lo reconoció como el nieto del conde de Carrick, el joven Roberto Bruce. Observó al muchacho, despeinado y pelirrojo, fintar y rechazar como un bailarín mientras blandía su espada de madera y, con gritos y abucheos, llevaba a su pobre oponente hacia un alto montón de excrementos de caballo apilado en el rincón del patio. Benstede, feliz y contento con el mundo, exclamó:

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho, muchacho! —Revolvió en su bolsa de dinero y lanzó una moneda de plata, que cayó con un tintineo en el patio.

El muchacho se echó el pelo hacia atrás, levantó la vista con los ojos entornados hacia la ventana del castillo y con paso lento se acercó a donde había caído la moneda de plata, la recogió y se la arrojó a su compañero derrotado. Ni siquiera dio las gracias por el obsequio de Benstede sino que se alejó de allí con porte arrogante.

—¡Vaya gallito orgulloso! —exclamó Benstede para sí—. ¡Él y su familia, con sus aspiraciones y sueños respecto a la corona y la realeza!

Benstede sonrió, satisfecho porque los sueños de los Bruce jamás se verían cumplidos, y, tras echar una última mirada a la estancia, descendió con cuidado la tortuosa escalera de piedra.

Los caballos estaban ensillados y él y el silencioso Aaron pronto cruzaron con estrépito el puente levadizo. Un solitario caballero les esperaba y Benstede reconoció a *sir* Jacobo Selkirk, el hombre de confianza de Wishart y capitán de la casa de ese prelado.

—Vaya, *sir* James —saludó Benstede—. ¿Habéis venido para vernos partir? ¿O traéis algún mensaje de vuestro amo?

Selkirk hizo lentamente un gesto de negación.

—No, maese Juan. Simplemente me dirijo de nuevo al castillo, aunque me he enterado por su ilustrísima el obispo Wishart de que hoy abandonáis Escocia.

—Bueno, hoy no —respondió Benstede con jovialidad—. Tardaremos al menos tres días en llegar a la frontera. Vos debéis de alegraros de que nos marchemos.

—Los visitantes que vienen de Inglaterra —replicó Selkirk con tranquilidad— siempre son bienvenidos. Vuestro compatriota, maese Hugo Corbett, ya está en camino. ¡Adiós!

Benstede hizo una leve inclinación de cabeza, clavó las espuelas en su caballo y prosiguió su viaje.

Rodearon Edimburgo y pronto se hallaron en el campo rumbo al sudoeste, hacia la frontera y la seguridad que les proporcionaría el castillo de Carlisle. Era un hermoso día de verano; los fuertes rayos del sol se filtraban a través de la bóveda formada por los árboles mientras el campo dormitaba en la calima del verano. Hacia

el atardecer se hallaban aún en campo abierto, de modo que Benstede decidió que debían acampar y señaló un grupo de árboles situado a lo lejos.

—Nos quedaremos aquí —dijo a su callado compañero—. Comeremos, dormiremos y proseguiremos nuestro viaje mañana.

Benstede repitió lo que había dicho con diestros gestos efectuados con los dedos y Aaron asintió. Se acercaron al bosquecillo y siguieron el camino, que se estrechaba en una hondonada, y cruzaron un riachuelo poco profundo poblado de juncos, perturbando a las libélulas azules que colgaban allí disfrutando del calor del sol agonizante. Benstede siguió un poco más, se detuvo y miró alrededor buscando un lugar adecuado para acampar.

Satisfecho con el viaje del día, Benstede cogió el odre de vino de la silla, quitó el tapón y lo alzó para que su dulce contenido cayera en su reseca boca. Una flecha de ballesta se clavó en su pecho con un ruido sordo. Benstede bajó el odre lentamente y tosió a causa de la sorpresa mientras vino y sangre se le derramaban por la boca. Se volvió y buscó a Aaron, pero su silencioso compañero ya estaba muerto y una segunda flecha se le clavó en la garganta. Benstede se desplomó de la silla como un borracho presa del sueño, el odre se le cayó de la mano y el rojo vino se derramó en el suelo mezclándose con la sangre que brotaba de la boca y el pecho de Benstede. Un pájaro gorjeó en lo alto y el hombre moribundo casi le respondió con el sonido de las burbujas que se formaban en su garganta. El olor a hierba aplastada le hizo cosquillas en la nariz y Benstede se preguntó qué le estaba sucediendo. «¡Corbett! —pensó—. ¡Corbett es el responsable!». Había cometido, reflexionó Benstede mientras agonizaba, el error más grave de su vida. Había confiado en Corbett. Creía que Corbett conocía las reglas. No obstante, Benstede se consoló pensando que él había hecho lo que tenía que hacer. Sus agentes en la corte noruega de Oslo ya habían recibido instrucciones. Al final todo saldría bien. Sintió que la sangre fluía a su garganta y la oscuridad poco a poco le fue envolviendo.

En las sombras de los árboles, *sir* Jacobo Selkirk dejó con cuidado la enorme ballesta que llevaba y, desenvainando su espada, se acercó sin hacer ruido a las figuras que yacían en el suelo. Aaron estaba muerto, caído como un niño dormido boca abajo. Benstede se hallaba de espaldas al suelo, con las manos extendidas, los labios moviéndose en silencio mientras sus ojos vidriosos permanecían fijos en el vacío. Selkirk se levantó y le observó morir.

—Como veis, maese Benstede —murmuró con voz suave—, yo tenía razón. ¡Hoy abandonáis Escocia!

Selkirk miró alrededor. Había seguido a los dos jinetes desde que habían salido del castillo de Edimburgo. Había sido fácil. Ellos no sospechaban nada y por tanto nada esperaban. El caballero creía que tendría que esperar más tiempo, pero cuando vio que su presa tenía intención de dormir al raso en un solitario bosque escocés, comprendió que no podía dejar pasar semejante oportunidad. Selkirk regresó en silencio hasta que llegó a un pequeño claro oculto por una bóveda de árboles. El

terreno estaba empapado y resultaba fácil remover la tierra; Selkirk cavó una tumba poco profunda y metió en ella los cuerpos de los dos hombres. También cavó un pequeño agujero para las sillas de montar y demás equipaje después de haberlo registrado por si encontraba algo de valor para él o su amo. Arreó entonces a los caballos desensillados y las bestias de carga, que partieron a medio galope en la creciente oscuridad. Selkirk confiaba en que sabrían encontrar el camino hacia alguna granja o aldea donde los campesinos no podrían creer en su buena fortuna. Satisfecho con todo lo que había realizado, Selkirk montó en su caballo y se dirigió de nuevo a Edimburgo. Ya sabía que su amo estaría preparando el borrador de la carta a Eduardo de Inglaterra en respuesta a la esperada petición de este de noticias sobre «el paradero de su enviado». Al fin y al cabo, semejantes accidentes, como Wishart comentaría cáusticamente, eran sucesos comunes en Escocia.

Nota del autor

La muerte de Alejandro III se produjo tal como se describe en estas páginas. El rey y la reina Yolanda a menudo permanecían separados y, la noche del 18 de marzo de 1286, el rey anunció, para sorpresa de todo su Consejo, que, a pesar de la tempestad que se había desatado, tenía intención de cruzar el peligroso golfo de Forth para reunirse con la reina Yolanda en Kinghorn Manor. El Consejo, reunido para discutir el encarcelamiento de un barón escocés, puso objeciones y protestó vivamente aduciendo que la inclemencia del tiempo desaconsejaba semejante viaje. Sin embargo, Alejandro insistió y sus consejeros no se opusieron pues sus descabellados viajes por Escocia eran un hecho aceptado. El rey salió de Edimburgo con dos escuderos y cruzó el golfo en Queensferry. El barquero y el proveedor que esperaba, Alejandro, trataron de disuadir al rey, pero sus protestas fueron inútiles. El rey inició su travesía a caballo bajo la fuerte tormenta y cayó desde el promontorio de Kinghorn y murió.

Si la caída del rey fue un accidente o un asesinato es motivo de especulación. Muchos eran los que obtenían algún beneficio con su muerte. Los Bruce y los Comyn hicieron caso omiso del obispo Wishart y por fin se vieron arrastrados a una salvaje rivalidad entre clanes. Eduardo de Inglaterra siguió actuando como mediador, aunque es interesante que en la época de la muerte de Alejandro tramitó enormes préstamos al rey noruego y había enviado mensajeros al Papa con el fin de pedirle permiso para que su joven hijo se casara con la Doncella de Noruega. Felipe IV de Francia también se interesaba por los asuntos escoceses y siguió siendo así durante todo su reinado. Al fin, Eduardo de Inglaterra mostró su mano. Al principio actuó como un honrado intermediario entre las reivindicaciones escocesas de alcanzar el trono, pero luego solo quiso apoyar al candidato que estuviera dispuesto a aceptar su vasallaje. La Doncella de Noruega jamás llegó a Escocia sino que murió de forma misteriosa durante la travesía hacia allí. Esta fue la señal para que la facción de los Bruce presentara sus reclamaciones y entre Inglaterra y Escocia estallara una guerra salvaje que duró décadas y costó incontables vidas.

Muchas personas creen que los poderes políticos entre las grandes naciones nacieron a finales del siglo XIX y principios del XX. No es así. Eduardo I tenía ideas muy claras sobre el imperio y las conquistas y Felipe IV de Francia no era distinto. Este último también acariciaba el sueño de conseguir un imperio en Europa mayor que el de Carlomagno. Contemplaba al Papa, que había huido a Aviñón, en el sur de Francia, como una simple extensión de su propia influencia. Casó a sus hijos e hijas con los mayores nobles de Europa y posteriormente estableció una alianza formal con Escocia contra Inglaterra. La filosofía política de Felipe era expresada por uno de sus abogados, Pierre du Bois, cuyos escritos aún existen y resultan una lectura fascinante. Este constante conflicto entre los Plantagenet de Inglaterra y los Capeto de Francia no

solo avivó la guerra en Escocia sino que fue una de las principales causas de la posterior guerra de los Cien Años, que se extendió desde los Países Bajos hasta España.

Tomás de Learmouth, o Tomás el Poeta, es una figura histórica. Parte de su poesía todavía existe. Profetizó la muerte de Alejandro III y la consiguiente confusión que se produjo. Sus profecías resultaron demasiado exactas. Eduardo murió cerca de Carlisle en 1307, instando aún a su heredero, el príncipe Eduardo, y a sus barones que continuaran la guerra hasta que hubieran alcanzado la victoria última, pero su sucesor y primogénito, el rey Eduardo II, no estaba capacitado para la tarea. En 1314, uno de los mayores ejércitos ingleses jamás reunidos durante el período medieval se topó con Robert Bruce en Bannockburn. El ejército inglés fue derrotado de forma desastrosa y el rey de Inglaterra apenas salvó la vida. Según palabras de Tomás el Poeta: «Corrió sangre por Bannockburn».